



Concédeme
OTRA NOCHE
Contigo

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Concédeme
OTRA NOCHE
Contigo

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Concédeme
OTRA NOCHE
Contigo

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Concédeme otra noche contigo

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©febrero, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Concédeme otra noche contigo

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©febrero, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



La vida se componía de instantes, de momentos buenos y maravillosos, y había que disfrutar de ellos y atesorarlos en el recuerdo.

Pero desde el día en el que llegábamos al mundo, en nuestro destino estaban escritas todas esas vivencias y experiencias, buenas y malas, por las que tendríamos que pasar.

Toda mi vida había escuchado eso de que, de los errores se aprendía, que de ellos sacábamos las cosas buenas y las malas para no volver a cometerlos de nuevo, y aun así había uno que seguía cometiendo una, y otra vez.

Quizás no era un error mío, sino mala suerte, como decía mi madre.

Fuera como fuese, estaba claro que yo, Tania, a mis veintisiete años, aún no había tenido suerte en el amor.

De los amores de adolescencia mejor ni hablaba, esos quedaban enterrados en el pasado y, para dos que habían sido, mejor no desenterrarlos.

El amor que conocí en mi carrera de Turismo, en la universidad, ese llegó con fuerza y en forma de hermano mayor de una de mis compañeras.

Él estaba en su último año de carrera de periodismo, yo en el primero, y después de una fiesta en la que la música y la bebida hicieron que dejara la vergüenza a un lado, nos hicimos inseparables el resto del año.

Creí que estábamos hechos el uno para el otro, que lo nuestro no acabaría nunca, pero acabó, como se le podía acabar una tableta de chocolate justo cuando más nos apetecía.

Le ofrecieron un puesto como redactor en un canal de televisión donde trabajaba su padre, presentador de las noticias de los fines de semana y según dijo, no quería defraudarlos a él y tampoco al jefe, quien le dio la oportunidad. Como si el hecho de tener novia supusiera no dar la talla en el puesto de trabajo.

Al año siguiente supe por su hermana que estaba saliendo con una compañera de trabajo, a día de hoy, los dos siguen siendo periodistas, se casaron y se divorciaron al año siguiente porque a ambos les habían hecho las ofertas

de sus vidas, y dejaron todo atrás para instalarse en Londres, ella, y en New York, él.

El resto de la carrera lo pasé estudiando y sin distracciones en lo que a hombre se refería, tan solo uno permanecía en mi vida, además de mi padre, y ese era Raúl, mi mejor amigo desde el instituto, un año mayor que yo.

Tras cuatro años de carrera, acabé la universidad, y fue en la noche de graduación cuando conocí a mi siguiente pareja, esa con la que estuve un año y medio.

Tenía cuatro años más que yo, trabajaba como cajero en un banco y durante el tiempo que estuvimos juntos, volví a pensar, ilusamente, que era el hombre de mi vida.

^s Pero no lo pensaba yo sola, sino la camarera de la cafetería que había junto a la sucursal, así como una de las empleadas de la inmobiliaria que se encontraba cerca de su casa, también lo pensaban.

Tenía veinticuatro años cuando conocí al definitivo, así lo pensé al menos.

Nico, tres años mayor que yo, abogado y empleado en el bufete de mis padres.

Él sí tenía las cosas claras, yo me mantenía al margen mientras era él quien planeaba nuestro futuro, enamorado de mí como estaba.

Y aunque no quisiera pensar en ello y no hacerme ilusiones, cuando seis meses atrás me regaló un anillo de compromiso, vi luz al final de ese túnel en el que el amor parecía huir de mí como si tuviera la peste.

Encantador, caballeroso, atento, cariñoso... Lo tenía todo, además, se había ganado a mis padres no solo como abogado, sino como yerno.

Hasta hacía una semana, a las puertas de nuestra boda, cuando dijo que se había dado cuenta de que aún era demasiado joven para casarse, formar una familia y permanecer unido a una mujer el resto de su vida, cuando a sus treinta años podía experimentar con otras mujeres antes de prometerme fidelidad eterna.

Eso llevó a que acabara descubriendo que durante el tiempo que estuvimos juntos, se acostó con otras mujeres para experimentar, como decía él.

Mis padres optaron por prescindir de sus servicios como abogado en el bufete, le dieron una buena carta de recomendación y le desearon suerte en la vida y en esa época de experimentos que quería vivir.

Yo me quedé, literalmente, compuesta y sin novio a tres semanas de mi boda, esa que sería preciosa, en compañía de nuestros familiares y amigos, donde nos declararíamos amor hasta que la muerte nos separase.

Tenía el vestido, la iglesia, el salón, el catering, a Raúl como fotógrafo, pues era freelance y trabajaba para quien le contratara, y hasta la luna de miel, esa que mi jefa, Alba, nos había conseguido en la agencia en la que yo

trabajaba a muy buen precio.

Nos íbamos a París, Roma, Londres y New York, dos semanas viviendo el amor intensamente, y ahora tenía que cancelarlo y pagar algunas penalizaciones.

Por suerte me aseguró que él correría con la mitad de esas penalizaciones, hicimos los cálculos y me mandó una transferencia a mi cuenta para poder pagarlo todo.

A veces me preguntaba por qué no podía tener un amor como el de mis padres.

A sus cincuenta y cuatro años, llevaban treinta y cinco juntos.

Empezaron a salir cuando ambos tenían diecinueve años y cursaban la carrera de Derecho, decidieron irse a vivir juntos y pagar un único alquiler un año después, se casaron a los veintitrés y siguieron de alquiler, trabajando y ahorrando para comprar su primera casa, con hipoteca, eso sí, a los veinticinco, y dos años después llegué a sus vidas.

Ambos eran abogados matrimonialistas, y habían separado a más matrimonios de los que había casado el cura de su antiguo barrio.

Cuando yo tenía siete años completamos la familia con Carolina, mi hermana pequeña, esa que a sus veinte años era una estudiante de Derecho, responsable, centrada y una niña de lo más buena. Nunca dio problemas en casa y lo que se le decía, lo acataba todo sin protestas.

A veces Raúl, ese rubio de ojos marrones que me mimaba como a una reina, decía que al final tendría que hacer el esfuerzo de casarse conmigo, porque parecía ser que no había hombre en la Tierra que me quisiera aguantar.

Lo decía en broma, pero es que yo tenía un San Benito de lo más malo, que no me duraban los novios para ese, “felices para siempre”.

Esa mañana de viernes estaba en la agencia de viajes, pagando algunas de las penalizaciones de la boda, cuando entró una pareja de lo más feliz y sonriente.

A punto de casarse, sin lugar a dudas, por el modo tan meloso en el que se miraban y se cogían de la mano.

Dos años les daba, si no menos.

—Buenos días —saludé con la mejor de mis sonrisas—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Queríamos informarnos sobre los paquetes que tenéis para lunas de miel —contestó ella, y suspiré como una enamorada.

—Pues estáis de suerte, porque nos han llegado unas estupendas ofertas esta misma semana. Cruceros, tours por Europa o Asia, y en todos se incluye alojamiento en *suite* con pulserita de todo incluido.

—Menos mal que el viaje lo pagan nuestros padres —rio él a ver algunos precios.

—Oh, no te preocupes, que podemos ajustar vuestro paquete. A veces incluyen excursiones que no gustan y se pueden quitar del paquete, o cambiar por algunas más económicas. Porque, por ejemplo, si os vais a un lugar con un océano inmenso en el que podéis nadar con tiburones, y esos bichitos os dan miedo, no querréis la excursión —sonreí.

—No, no, por favor, descarta los tiburones —dijo ella—. Tengo trauma por culpa de esa película antigua que a mi hermano mayor le encantaba.

—¿Veis? Nos amoldamos a la feliz pareja —les hice un guiño sonriendo—. Nada de tiburones.

Pasé con la pareja una hora y media organizando todo, pero quedó un viaje de esos de ensueño que recordarían el resto de sus vidas.

Eso sí, aun habiendo ajustado todo al máximo, los padres de uno y otro iban a pagar una pasta por la luna de miel de sus retoños.

Ni qué decir que mi comisión era del diez por ciento en cada viaje que cerraba, y con este tenía otro medio sueldo para mi hucha de ahorros.

1

—Hola, preciosa —dijo Alba, mi jefa, cuando entró a media mañana por la puerta—. ¿Qué tal la mañana?

Como siempre lucía impecable, con una falda lápiz gris, blusa blanca de tirantes y sus tacones de doce centímetros, el cabello rojo fuego, liso hasta media espalda, y aquellos ojos azules como el mismísimo cielo.

Había avisado la tarde anterior de que tenía que ir a la gestoría a solucionar unos papeles, de ahí que preguntara cómo había ido todo.

—Genial, he cerrado tres viajes, y he cancelado varias de mis penalizaciones —suspiré—. Solo me falta la del viaje.

—¿Y por qué quieres cancelarlo, cielo? —preguntó acercándose a mi mesa, donde se apoyó con los brazos en jarras.

—Porque no me voy a ir de viaje a recorrer esos lugares románticos que quería ver con ese...

—Gilipollas, llamémoslo por su nombre —acabó Alba, y ambas sonreímos—. Vete con tu hermana, el viaje es dentro de dos semanas y ella ya habrá acabado las clases.

Esa era otra, decidimos casarnos a finales de junio para disfrutar del buen tiempo de cada lugar al que iríamos, y así mi hermana estaría tranquila y relajada tras los exámenes finales.

—Si te soy sincera, no estoy para viajes.

—Pues deberías irte, Tania. Te vendrá bien despejarte y... Creo que tengo el destino adecuado para eso —sonrió al tiempo que se incorporaba y movía el dedo índice en señal de que la siguiera—. Por cierto, ¿dónde está Eva? —preguntó por mi compañera.

i

—Ha tenido que llevar a su Luisa a urgencias, otra recaída —contesté refiriéndome a la madre de Eva.

—Pobre mujer, lo que está sufriendo.

—Eva no sabe qué más hacer, los calmantes tampoco le ayudan tanto.

Cuando una enfermedad se instalaba en el cuerpo de una persona y la consumía poco a poco y sin detenerse, el final todos lo sabíamos, pero al menos había que albergar la esperanza de que un milagro ocurriera.

Alba me hizo coger una silla de las que había frente al escritorio de su despacho, me senté a su lado y comenzó a teclear en su portátil hasta dar con lo que estaba buscando.

—Aquí lo tienes, Tania, el viaje de tu vida —sonrió señalando la pantalla—. Y por precio no te preocupes que te sale igual que la luna de miel, de eso me encargo yo. Ajustamos aquí y allá, y listo —hizo un guiño.

—¿Y qué hago yo allí, Alba?

—¿Cómo que qué haces, chiquilla? Disfrutar del viaje, conocer aquellos preciosos paisajes, recargar las pilas, dejar que te mimen, degustar su gastronomía y olvidarte de tu ex, que más tonto y el espermatozoide que fue, se habría perdido en el camino —volteó los ojos—. Después de lo que te ha hecho y con lo que te querían sus padres ahora sí que piensan que su hijo es tonto.

—No sé, Alba, dos semanas allí...

—Pues igual que una semana por Europa, ¿qué problema hay? Ninguno. Ya sabes que aquí entre Eva y yo nos las arreglamos bien, y después de ese palo que te has llevado, créeme, cielo, que ese viaje te sentará genial.

—¿Qué comisión te llevas de esto? —arqueé la ceja mientras sonreía.

—Huy, lo que me ha dicho —se llevó la mano al pecho de lo más ofendida—. No me llevo nada, pero sí te voy a pedir un favor. Es un viaje nuevo que no hemos vendido aún, y si lo pruebas, podremos venderlo como una gran experiencia. Y te doy una pequeña comisión a la vuelta por el material que traigas para hacer el folleto —hizo un guiño—. ¿Qué me dices?

—¿Dónde te firmo? —reí.

—Esa es mi chica —me dio un abrazo—. Estoy segura de que va a ser un viaje realmente inolvidable, cielo.

-Eso esperaba, porque en el fondo sí que necesitaba olvidarme de mi ex y de esa jugarreta tan fea que me había hecho.

b,

;

—Huy, lo que me ha dicho —se llevó la mano al pecho de lo más ofendida—. No me llevo nada, pero sí te voy a pedir un favor. Es un viaje nuevo que no hemos vendido aún, y si lo pruebas, podremos venderlo como una gran experiencia. Y te doy una pequeña comisión a la vuelta por el material que traigas para hacer el folleto —hizo un guiño—. ¿Qué me dices?

—¿Dónde te firmo? —reí.

—Esa es mi chica —me dio un abrazo—. Estoy segura de que va a ser un viaje realmente inolvidable, cielo.

Eso esperaba, porque en el fondo sí que necesitaba olvidarme de mi ex y de esa jugarreta tan fea que me había hecho.

Capítulo 2



Había aceptado aquel viaje que me ofrecía Alba, y tenía que contárselo a todos.

Mis padres no podían la tarde anterior pues estuvieron reunidos con unos clientes y los abogados de sus futuras exparejas para ultimar el acuerdo de divorcio, y como yo trabajaba los sábados por la mañana, quedé en ir a comer a casa con ellos el domingo.

A quien se lo iba a decir esa misma noche era a mi hermana y a Raúl, con quienes había quedado para tomar algo como cada sábado.

Llegué al bar donde empezábamos la noche cenando unas tapitas y alguna que otra cerveza, y es que allí, con cada cerveza, ponían una tapa que entraba en el precio y podíamos compartir los tres, de modo que, con tres cervezas, salíamos cenados.

No los vi en ninguna de las mesas, así que sabía que me tocaba esperar al menos diez minutos a que llegaran, con lo puntual que yo era.

Me senté en una de las mesas y pedí una cerveza, esa que trajeron con una patatas bravas que estaban de vicio.

—Tú no esperes, que es malo —protestó mi hermana, sentándose a mi lado tras darme un par de besos.

—Siempre os tengo que esperar, no sé de qué te quejas.

—Nos esperas porque quieres, que llegas cinco minutos antes.

—Y como vosotros llegáis cinco minutos después de la hora, son diez minutos aquí sola, que los aprovecho con mi cervecita y mis bravitas —dije llevándome una patata a la boca.

—Ya estoy aquí, reinas —Raúl nos dio un par de besos a cada una y, tras sentarse, llamó al camarero para pedirle dos cervezas—. Y bien, ¿qué me contáis?

—Yo, que ya se acaban las clases en unos días y que está todo más que aprobado —contestó mi hermana.

—Pues yo que me voy de viaje —sonreí al tiempo que acercaba la cerveza a mis labios para dar un sorbo.

—¿Cómo qué te vas de viaje?

—Pues eso, Carolina, que me voy de viaje. La luna de miel.

—Espera, espera —me cortó Raúl—. ¿Al final hay boda? Porque mira que, si es así después de todo lo que te dije es para darte una buena tunda de azotes.

—Más vale que no sea eso, porque me das el disgusto de mi vida, hermana.

—No, no hay boda. Se canceló y bien cancelada está. Me voy sola de viaje. He pagado muchas penalizaciones entre unas cosas y otras y lo del viaje iba a ser una putada, porque era lo único que me quedaba. Tengo que darle a Nico ese dinero y ya está.

—No se lo devuelvas, que se joda por mala gente —dijo Carolina.

—Eso, gástatelo en lo que te salga del moño, Tania, que ya se ha encargado él de pagar a las mejores chicas de compañía cuando salía de copas con sus amigos.

—Raúl, por Dios —le riñó mi hermana.

—No he dicho ninguna mentira, ese hombre es un putero reconocido, y de alto standing, encima. Quédate el dinero del viaje y, cuando vuelvas, te buscas un chulazo en Internet que dan amor a las mujeres que se sienten solas, ya me entiendes... —Raúl hizo un guiño y me eché a reír.

—No voy a buscarme un chico de compañía para tener sexo —resoplé.

—Ok, ok, ya te lo buscamos nosotros. Carolina, saca tu móvil.

—Raúl, eres consciente de que tengo veinte años y estás hablando de cosas que yo debería no saber, ¿cierto? —Mi hermana lo miró con la ceja arqueada.

—Si me dices que quieres que a tus años me crea que eres virgen todavía, vas lista, pequeña. Que todos los aquí presentes conocemos la historia de Juanito.

—Por Dios, ya se me había olvidado ese trauma —resopló.

—Para eso estoy yo, para recordártelo. Juanito y la primera vez más desastrosa de la historia.

Nos echamos a reír pues sí, los tres conocíamos aquella historia que era mejor olvidar.

Mi hermana tenía diecisiete años y tardó dos más en volver a conocer a un chico que mereciera la pena y con el que tener una relación, pero esta solo duró seis meses y desde entonces, decía que no tenía pareja ni tampoco la buscaba, que si llegaba, pues había llegado.

Yo también me había hecho con ese mantra hasta que conocí a Nico, y ahora que todo se había ido al traste, volví a adoptarlo en mi vida.

—Bueno y, ¿dónde te vas? —curioseó mi hermana, y no pude contestar porque el camarero apareció con sus cervezas, una tapa de alitas de pollo y otra de calamares.

—A Sri Lanka —sonreí al decirlo cuando nos quedamos solos.

a

—¿No haces el tour que teníais contratado? —preguntó Raúl cogiendo un calamar.

—No, Alba me ha propuesto hacer este viaje para promocionarlo en la agencia, la verdad es que lo he visto y tiene buena pinta. Me alojo en un hotel de cinco estrellas donde la habitación cuesta menos de cien euros por noche, tiene playas de arena blanca, aguas cristalinas, servicio de todo incluido en el precio, y hemos escogido algunas excursiones que nos parecían interesantes para poder ofrecer con el paquete del viaje.

—Vamos, que te vas a pegar unas señoras vacaciones en una isla en mitad del Océano Índico —sonrió Raúl—. ¿Y me puedes llevar? Te hago un reportaje fotográfico para la agencia, que vais a tener mogollón de ventas.

—No, me voy sola.

—Algo así como un retiro espiritual —dijo mi hermana.

—Algo así, sí —sonreí.

—Pues que disfrutes de tu viaje, hermana —levantó su cerveza y tanto Raúl, como yo, lo hicimos para brindar.

ii

La verdad que, como les había dicho, lo que vi en las imágenes que me mostró Alba era una auténtica maravilla, un lugar idílico y de ensueño del que esperaba traer bonitos momentos y recuerdos que atesorar.

Después de las tres cervezas de rigor con sus respectivas tapitas, salimos del bar para ir a tomar una copa a un local donde la bachata era la estrella, y muchos latinos demostraban el arte que tenían y desprendían por cada poro de su piel al bailarla.

—Buenas noches, mi *ciela* —me saludó Adela, la camarera, con su habitual sonrisa.

Era una preciosa mujer de cabello negro, ojos verdes y piel tostada que quitaba el hipo, levantaba pasiones y envidias.

Su madre era española, y su padre un cubano al que conoció durante un verano en el que ella estuvo allí visitando a una amiga, que falleció un año después.

a Cuando descubrió que estaba embarazada quiso buscar al padre de Adela, pero lo único que descubrió fue que se fue de Cuba en busca de una mejor vida con una novia que se había echado poco después de que ella lo conociera

No quiso romper una pareja, así que fue madre soltera hasta que se casó con el dueño de una panadería que crió a Adela como si fuera su hija.

—Hola, preciosa. Tres mojitos, por favor —le pedí.

—Ahora mismo.

e Fue a prepararlos y mientras esperábamos, eché un vistazo a la zona de baile, donde vi a las parejas habituales derrochando todo el arte y la sensualidad que mostraban en cada baile.

El que bailaba bien de los tres era Raúl, el muy jodido se movía como si tuviera la bachata recorriendo por sus venas.

7

Yo era un poquito patosa, así que solía coger a mi hermana como compañera de baile mientras me limitaba a mover las caderas junto a la barra.

Adela regresó con nuestras bebidas, las cogimos y brindamos una vez más por mí, no boda.

—Porque te has librado de ese idiota —dijo Carolina.

—Con lo bien que le caía a tus padres —comentó Raúl.

—Prácticamente era el hijo que nunca tuvieron —rió mi hermana.

—Pues con hijos así, prefiero no tenerlos —él se encogió de hombros.

Empezó a sonar una canción de Prince Royce que tanto a mi hermana como a mí nos encantaba, empezamos a cantarla y a mover las caderas allí en la barra, ella me cogió la mano y me hizo dar algún giro, pero nada, que yo para eso tenía dos pies izquierdos, así que le dije a Raúl que bailara con ella, y yo canté, que eso sí se me daba algo mejor.

“Si te digo que te amo, que tu amor me tiene enfermo...”

Raúl llevaba a mi hermana con una facilidad que era una maravilla verlos. La hacía girar, la pegaba a su pecho mientras mantenía una de sus manos entrelazada con la de ella y la otra en la cadera.

“Es que me enamoró, con su carita de inocente, ella me enamoró...”

No tenían nada que envidiar a las parejas que veíamos cada fin de semana, ellos derrochaban esa misma sensualidad y complicidad que era casi hipnotizante.

Porque sabía que se querían como hermanos, pero bien podrían ser un par de enamorados dejándose llevar por la melodía sensual que los rodeaba antes de caer en los brazos de la pasión.

Me reí ante aquel pensamiento y di un sorbo a mi copa. Cuando acabó la canción los dos volvieron a la barra conmigo y continuamos con nuestra noche, esa que, aunque ninguno de nosotros lo dijera, deberíamos estar celebrando mi despedida de soltera...

“Si te digo que te amo, que tu amor me tiene enfermo...”

Raúl llevaba a mi hermana con una facilidad que era una maravilla verlos. La hacía girar, la pegaba a su pecho mientras mantenía una de sus manos entrelazada con la de ella y la otra en la cadera.

“Es que me enamoró, con su carita de inocente, ella me enamoró...”

No tenían nada que envidiar a las parejas que veíamos cada fin de semana, ellos derrochaban esa misma sensualidad y complicidad que era casi hipnotizante.

Porque sabía que se querían como hermanos, pero bien podrían ser un par de enamorados dejándose llevar por la melodía sensual que los rodeaba antes de caer en los brazos de la pasión.

Me reí ante aquel pensamiento y di un sorbo a mi copa. Cuando acabó la canción los dos volvieron a la barra conmigo y continuamos con nuestra noche, esa que, aunque ninguno de nosotros lo dijera, deberíamos estar celebrando mi despedida de soltera...

Capítulo 3



Me levanté con un poco de dolor de cabeza, culpa de los mojitos y los chupitos que tomamos la noche anterior, así que me preparé un café y un par de pastillas para quitarme aquel martilleo que se había instalado en mi cabeza.

Disfruté de mi primera ración de cafeína diaria en la terraza de mi piso, esa que me tenía loca por la vida que me daba.

Mis padres tenían una casa con jardín y un bonito porche que hacían las delicias de los desayunos, tanto en verano como en invierno, y aunque yo no quería comprarme una casa grande para mí sola, sí tenía claro que quería una terraza, aunque fuera pequeña, donde poner una mesa con dos sillas y algunas plantas como decoración.

La suerte que tuve es que cuando vi el piso, la terraza ya tenía cerramiento de aluminio y podía desayunar allí también en invierno, viendo la lluvia caer.

Mi piso era coqueto y un capricho que compré con la ayuda de mis padres, ellos decían que mientras pudieran, a sus hijas no iba a faltarles de nada.

Tenía dos dormitorios, el de invitados lo usaba mi hermana, si salíamos y se nos hacía tarde, salvo cuando Raúl se ofrecía a llevarla a casa si no había bebido mucho.

La noche anterior se fue a casa de nuestros padres, pues aún vivía con ellos.

El piso contaba con un cuarto de baño en la habitación principal, o sea, la mía, y un aseo en el pasillo. Una cocina con muebles y electrodomésticos de diseño, y un amplio salón.

Me encantaba sentarme en esa terraza, con las piernas estiradas en la otra silla, y cerrar los ojos mientras los rayos del sol me alimentaban de vitamina D.

Estaba en ese momento de paz y tranquilidad cuando me llegó un mensaje al móvil. Lo cogí y vi que era mi ex, por lo que volví a dejarlo en la mesa, ignorando lo que fuera que tuviera que decirme.

Di un sorbo al café y me quedé mirando un pajarillo que se había posado en el quicio de la ventana, donde cantaba.

tranquilamente.

El móvil volvió a sonar y resoplé, cogiéndolo y rezando para que no fuera Nico, pero era él.

Nico: *Buenos días, Tania. Me ha llegado la confirmación de la cancelación de varias reservas, pero la del viaje aún no. ¿Ha habido algún problema?*

Nico: *Si te piden más de lo que habíamos calculado, dímelo y te paso mi parte. Por cierto, ¿cómo estás?*

Desde luego, tenía que tener mucho morro, poca vergüenza o ser gilipollas, para hacer esa pregunta.

¿Quería saber cómo estaba? ¿En serio preguntaba eso? ¿Cómo se suponía que debía estar, si me había dejado a unas pocas semanas de casarnos?

Tania: *No, no hay ningún problema. He cambiado el viaje así que mañana te hago la transferencia de tu parte de la cancelación, pues no lo he cancelado. Estoy divinamente.*

Notó mi tono irónico en esa última frase y no volvió a escribir, cosa que agradecí.

Me terminé el café y regresé dentro para organizar un poco la casa antes de darme una ducha y vestirme para ir a casa de mis padres.

Llegué al hogar en el que había pasado toda mi infancia, la adolescencia y esos primeros años de mi vida adulta hasta que me independicé a los veinticuatro años, y sonreí al recordar esos momentos buenos que allí había creado.

Abrí con la llave que aún conservaba y el olor de la famosa paella que hacía mi padre, me llegó desde la cocina.

—¡Acaba de llegar la hija preferida! —grité yendo hacia allí.

—Qué mentira, esa ya estaba en casa —contestó mi hermana.

—Te recuerdo que soy la mayor, y me quieren desde hace más tiempo —le dije haciéndole burla.

—¿No has escuchado eso de que a los hijos pequeños siempre se les quiere más? —Arqueó la ceja— Por eso no tuvieron otro después de mí.

—Os queremos mucho a las dos, así que, dejad ya de pelear —ordenó mi madre.

—Habla por ti, sé que soy la favorita de papá porque estudio Derecho.

—Carolina, te quiero muchísimo, pero a tu hermana, también —le aseguró él—. ¿Cómo estás, mi niña? —sonrió acercándose para darme un beso en la frente.

—Mejor, se va pasando la decepción.

—Si no te lo hubiéramos presentado... —dijo mamá, con la cara apenada.

—Vosotros no tenéis la culpa, mamá.

—Lo sé, pero no dejo de pensar en ello.

—Pues no lo pienses —sonreí dándole un abrazo—. ¿Pongo la mesa?

—Hombre pues claro —contestó mi hermana—. No pretenderás llegar aquí a mesa puesta, encima.

?

—Te estás ganando una colleja —reí.

—No se te ocurra agredir a una futura abogada.

Cogí los platos y los cubiertos y fui al salón, donde el mantel ya estaba puesto.

Coloqué todo y cuando regresaba a la cocina, vi que Carolina traía las copas.

—Papá acaba de abrir el vino —dijo.

Asentí y fui a trocear ese pan de leña que me resultaba terriblemente irresistible, muestra de ello fue que le di un pellizco y me llevé el trozo a la boca.

—Te he visto —susurró mi padre en mi oído.

—¡Ostras, papá! Qué susto —se echó a reír y me pellizcó la mejilla.

Ese hombre era de un sigiloso, que cuando se acercaba te llevabas la sorpresa.

Mi madre llevó la botella de vino blanco y mi padre se encargó de la paella, esa que olía que alimentaba.

Sirvió los platos y con el primer bocado, se me hizo la boca agua.

—¿Qué tal en el trabajo, cariño? —preguntó mi madre.

—Muy bien. He cerrado varios viajes. Y, hablando de viajes... Me voy a Sri Lanka —les informé.

—¿A dónde? —preguntaron ambos al unísono.

—A Sri Lanka —sonreí, y les conté lo que mi hermana ya sabía sobre ese viaje.

—¿Y te vas a ir sola?

—Sí, papá, lo necesito —suspiré—. Además, es casi un viaje de trabajo, para poder promocionarlo bien en la agencia y vender esos paquetes.

—Pero, tú sola, en un país desconocido...

—No te preocupes, mamá, que no me va a pasar nada. Y os haré videollamadas cada día, me han dicho que en el hotel hay wifi.

—Lo mismo es una videollamada, que verte aquí de cuerpo presente.

—Mamá, por Dios, que no se ha muerto —rio Carolina.

—Tu hermana me ha entendido, hija —le quitó importancia con la mano.

—Sí, sí —reí.

—Más te vale tenernos informados en todo momento, o me presento allí en la Conchinchina a buscarte.

—Capaz eres, Carmela —dijo mi padre, muerto de risa.

Cuando terminamos de comer, Carolina y yo recogimos la mesa y preparamos el café, mi madre había hecho un bizcocho de limón para acompañarlo y también lo cogimos, así como los platos, para llevarlo.

—Tania.

—Dime.

—¿De verdad estarás bien en ese viaje tú sola? Mira que, en un país que no conoces...

—Pues para eso voy, hermanita, para conocerlo. Nico me ha escrito esta mañana.

—¿Y qué quería el novio del año? —preguntó con ironía volteando los ojos.

—Saber si había algún problema con la cancelación del viaje, ya le he dicho que no y que le devolvería su parte porque me iba a otro sitio, y preguntó cómo estaba.

—¿Ha tenido los huevazos de preguntar eso? —gritó.

—No grites, no quiero que mamá se preocupe más. Y sí, ha preguntado eso.

—¿Qué le has contestado?

—Que, divinamente.

—Ironía, obvio —sonrió.

—Obvio. No ha vuelto a escribir.

—Mejor, no queremos tener más noticias de don, “quiero experimentar con otras mujeres”. Joder, ni que buscara vivir experiencias como las de Christian Grey. Que, oye, si es lo que quiere, que me deje un látigo que yo le dejo el culo de tal modo que no se va a poder sentar bien en un mes.

—Es mejor ignorarlo.

—Y es lo que vas a hacer —sonrió mientras me frotaba la espalda—. Y, una cosita. Si conoces a alguien... deja que fluya —me hizo un guiño—. Tú también mereces la oportunidad de experimentar con otros hombres antes de casarte.

—Mira que eres bruta —reí.

—Soy realista, a ver si es que solo va a poder hacer lo que le dé la gana ese idiota.

—Y tú qué, ¿algún amor a la vista? —curioseé.

—Ya sabes que cuando llegue, llegó —se encogió de hombros.

Regresamos al salón con el café y el bizcocho, y después de tomarlo alargamos aquella sobremesa mientras les enseñaba los lugares que iba a visitar en mi viaje, ese que estaba cada vez más cerca y que tenía unas ganas increíbles de hacer.

Sola, con una maleta, y muchas ilusiones.

Capítulo 4



Tenía por delante un viaje de dieciséis horas, entre el vuelo y el trayecto al hotel, así que me había pasado el fin de semana en casa durmiendo todo lo posible para poder soportar las quince horas y media que duraba el vuelo.

Estaba pasando los controles de equipaje y vi una pareja que no dejaba de hacerse carantoñas, recién casados seguramente, yendo a su luna de miel.

Pensé en mi vestido de novia, ese que vendí sin siquiera haberlo estrenado. Ojalá a la chica que lo compró le fuera mejor en la vida amorosa junto a su pareja, de lo que me había ido a mí.

Cogí mi maleta de cabina y la mochila, y fui directa a una cafetería por una dosis de cafeína. Esto lo arrastraba desde la universidad, donde era lo que me mantenía despierta hasta las tantas estudiando para los exámenes.

Se me hizo la boca agua al ver una napolitana rellena de crema con almendras y azúcar glas por encima, no dudé en cogerme una como acompañante para el café.

Eran las seis de la tarde del lunes y el vuelo salía a las ocho, si todo iba bien llegaríamos al aeropuerto *Koggala Air Force Base* a las once y media de la mañana del martes, y estaría en el hotel en la playa de *Mirissa* a las doce del mediodía.

Me senté en una mesa libre y tiré una foto a mi café y el bollo, junto con el billete de avión, tapando mis datos, obviamente, y lo subí a mis redes.

Al trabajar en la agencia de Alba las llevaba muy al día, igual que las de la agencia, donde subíamos esas fotos que los clientes nos enviaban para poderlas compartir.

Nada más subir la foto ya tenía likes de mi hermana y Raúl, así como un mensaje de cada uno en el chat que teníamos los tres juntos.

Raúl: *Me podías haber llevado contigo, esas fotos que iba a hacerte serían un reclamo para la agencia, la hostia de bueno.*

Me tuve que reír, porque cuando quería era un loco, adorable, pero un loco a fin de cuentas.

Carolina: *No me ha llevado a mí, que soy sangre de su sangre, te va a llevar a ti, que te encontró perdido en un pasillo del instituto.*

Aun sin que ella estuviera delante, podía imaginarla volteando los ojos.

Raúl: *Te recuerdo que soy como de la familia. No me ha llevado porque no le ha salido del mismísimo moño.*

Tania: *No he traído a nadie porque es un viaje en soledad, de esos para meditar, pensar, conocer lugares y llenar un cuaderno con notas de los sitios para la agencia.*

Carolina: *Te olvidas de lo importante, querida hermana. Experimentar con otros hombres, como va a hacer tu ex.*

Raúl: *Carol, corazón, dudo mucho que tu hermana vaya a Sri Lanka para hacer turismo sexual.*

¹
Carolina: *Pues debería, seguro que encuentra por allí algún turista como ella que le dé un buen repaso a su cuerpo serrano.*

Tania: *Vale, vamos a hacer como que no hemos tenido esta conversación sobre mi posibilidad, nula e inexistente de tener sexo a casi nueve mil kilómetros de mi casa. Es que sería de chiste que allí donde Cristo perdió las sandalias encontrara al hombre de mi vida, vamos.*

En ese momento la que volteó los ojos fui yo, porque las posibilidades de que eso ocurriera, eran de cero sobre diez.

Seguí charlando con ellos mientras me tomaba el café y la napolitana, me desearon un buen vuelo y no dejaron de pedirme que les avisara en cuanto llegara al hotel.

Recogí la bandeja que me habían dado, tiré el vasito del café y el envase del bollo, y regresé por la maleta y la mochila.

—¡Joder! —escuché un grito a mi espalda y al mirar, vi un hombre sentado en una de las sillas llevándose la mano al pie.

Miré hacia el suelo y la que gritó en ese momento fui yo, le había pasado por encima con la rueda de mi maleta.

—¡Ay, Dios mío! —Me acerqué a él— ¿Está bien?

—¿De qué están hechas esas ruedas? Dios, me has aplastado los dedos.

—Lo siento, lo siento, de verdad. No me he dado cuenta...

—Hombre, estaría bueno que lo hubieras hecho a propósito.

Lo miré de nuevo a la cara y el pobre estaba rojo como un tomate, así debía de dolerle, pero claro, la maleta pesaba lo suyo y por muy duras que fueran las deportivas blancas que llevaba, le había hecho daño.

Era bastante guapo, tenía el cabello castaño y unos bonitos ojos verdes. Llevaba un pantalón vaquero y un polo azul claro que resaltaba el color de sus ojos.

—Lo siento muchísimo, de verdad.

—Ten cuidado y mira por dónde vas, o acabarás dejando varios lesionados por todo el aeropuerto.

—Dios no lo quiera —sonreí.

Me incorporé y, tras volver a disculparme, cogí mi maleta y continué hacia la puerta de embarque desde la que salía mi vuelo hacia Sri Lanka.

Los nervios y la emoción se mezclaban en mi cuerpo, y estaba deseando llegar a aquel lugar donde esperaba vivir la mejor de las experiencias, como decía Alba que podríamos utilizar como eslogan en los folletos.

Esa mujer estaba un poco loca también, pero era una buena amiga y se había mostrado muy comprensiva a darme los días del viaje libres, a pesar de que no me iba de luna de miel.

Fuimos avanzando en la fila y cuando el chico cogió mi billete, sonrió deseándome un buen vuelo con su compañía.

Caminé por la pasarela hacia la entrada del avión y una vez allí, siendo recibida por una azafata, busqué mi asiento en ventanilla. Guardé la maleta en el compartimento, me acomodé en el asiento dejando mi mochila en el suelo, y saqué el móvil del bolso para hacerme un selfi que quedó de lo más chulo.

Estaba mirando por la ventana, tenía las gafas de sol puestas y me tapaba el rostro con la melena, esa de cabello negro que había heredado de mi padre, mientras que los ojos eran del mismo tono verde que el de mi madre.

Me puse las gafas a modo de diadema y subí la foto a mis redes antes de poner el móvil en modo avión.

Una única frase que lo decía todo, acompañaba esa instantánea.

“Volando hacia lo desconocido, dispuesta a olvidar a quien no me merece”

Sabía que Nico, o alguna de sus amistades, acabaría viendo esa foto, si le iban con el cuento de lo que había puesto me daba igual, no estaba diciendo ninguna mentira, solo acababa de poner esas palabras que él mismo me dijo: *“No te merezco, Tania, me has apoyado en todo y has estado ahí, sin saber que yo me acostaba con otras”*.

Esas habían sido sus palabras exactas cuando, entre lágrimas, le pedí que se fuera de mi casa y le tiré el anillo a la cabeza, dándole de lleno en la frente y haciéndole un arañazo con el pequeño brillante que tenía.

Carolina reaccionó a la foto y dijo que no se podía tener una hermana más guapa y más bonita, tanto por dentro como por fuera.

Sonreí, y tras poner el móvil en modo avión, lo guardé de nuevo en el bolso y me puse el cinturón, dispuesta a pasar aquellas horas de vuelo lo mejor que pudiera.

Sabía que iba a dormir en algún momento, pero para esas horas en las que me mantuviera despierta, llevaba un libro que Raúl me había prestado, era una novela policíaca de esas que a él tanto le gustaban.

Los pasajeros fueron ocupando sus asientos, yo estaba en las filas de en medio y veía a muchos ir hacia el fondo, hasta que una mujer de unos cincuenta años se sentó en el asiento que daba al pasillo.

—Buenas tardes —sonrió.

—Hola —le devolví el gesto.

—¿Negocios o placer? —preguntó.

—Ambas —reí—. En realidad, es un viaje de placer, pero mi jefa me ha pedido el favor de hacer un poquito de investigación sobre el lugar, trabajo en una agencia de viajes y este destino puede ser un buen reclamo para algunos paquetes de viajes.

—Vaya, pues estoy segura de que te va a gustar el lugar.

—Eso espero.

—Mi hija vive allí desde cinco años, trabaja en un hotel en una de las playas. Fue por viaje de placer, como tú, y se quedó por amor —sonrió.

—¿En serio?

—Oh, sí —sonrió—. El gerente del hotel es español, se enamoraron y después de un año en una relación a distancia, ella se fue allí. Acaba de nacer mi primera nieta y voy a conocerla.

—Felicidades.

—Muchas gracias.

—Yo debería estar cogiendo un vuelo completamente distinto —suspiré—. Me debería haber casado el sábado, y ahora estaríamos rumbo a París, después a Italia, luego Londres y, por último, New York.

—¿Y por qué estás aquí sola camino de una isla en el Océano Índico?

—Me dejó tres semanas antes de la boda —me encogí de hombros.

—Vaya.

—Lo estoy superando —sonreí—. Y mi hermana me ha dicho que haga como él, que me dejó para experimentar con otras mujeres.

—Sí, lo que viene siendo: “no me quiero atar todavía que hay mucho que me puedo tirar antes” —volteó los ojos—. El que iba a casarse con una de mis mejores amigas de la universidad, hizo lo mismo. Hombres...

—Me llamo Tania, por cierto —le tendí la mano.

—Mireia —la estrechó y sonrió.

Las azafatas fueron pasando por todas las filas para comprobar que llevábamos los cinturones abrochados y, poco después, el comandante nos dio la bienvenida al vuelo y seguidamente despegamos.

Una vez en el aire me acomodé y cogí el libro para empezar a leer un poco, Mireia había sacado su portátil y estaba trabajando, tecleando y apuntando en un cuaderno.

No llevábamos más de una hora volando cuando las azafatas pasaron preguntando qué deseábamos cenar. Yo me pedí una hamburguesa completa con patatas y refresco, en ese momento el cuerpo me pedía comida grasienta y se lo iba a dar.

Mireia se decantó por una ensalada Cesar y unos flamenquines de jamón y queso.

Mientras cenábamos me dijo que era directora de una revista digital y tenían un apartado sobre viajes, de modo que aprovecharía ese para hacer un artículo sobre algunos lugares que aún no había descubierto.

Estuvo en la boda de su hija tres años atrás, pero solo se quedó tres días y dado que estaba ayudando a la novia y a las organizadoras de la boda, no hizo demasiado turismo.

Tras la cena cada una volvió a lo suyo, ella a teclear y yo a leer, hasta que a la una empezó a darme un poco de sueño, dejé el libro en la mochila y cogí mi MP4 para escuchar música un ratito, algo que solía hacer antes de dormir y que me relajaba.

Solo que en esa ocasión lo que hice fue llorar al escuchar una canción en concreto, una con la que me sentía muy identificada por lo que me había pasado con Nico.

“Tú y yo, pasamos de ser todo a nada, de comernos con la mirada...”

Parecía que cuando esa canción fue escrita, estuviese pensando en mi historia, y que Pablo Alborán y Camilo la cantaran para mí.

Me sequé las lágrimas y pasé a la siguiente canción, una un poco más marchosa con la que se me fueron quitando un poquito las penas.

No, un amor como el que había vivido con Nico no se olvidaba de la noche a la mañana, aunque en esas tres semanas lo estaba olvidando de a poquito.

Solo había algo que estaría más tiempo ahí, latente, y era el dolor que me había causado, sin que le importara nada.

Tras la cena cada una volvió a lo suyo, ella a teclear y yo a leer, hasta que a la una empezó a darme un poco de sueño, dejé el libro en la mochila y cogí mi MP4 para escuchar música un ratito, algo que solía hacer antes de dormir y que me relajaba.

Solo que en esa ocasión lo que hice fue llorar al escuchar una canción en concreto, una con la que me sentía muy identificada por lo que me había pasado con Nico.

“Tú y yo, pasamos de ser todo a nada, de comernos con la mirada...”

Parecía que cuando esa canción fue escrita, estuviese pensando en mi historia, y que Pablo Alborán y Camilo la cantaran para mí.

Me sequé las lágrimas y pasé a la siguiente canción, una un poco más marchosa con la que se me fueron quitando un poquito las penas.

No, un amor como el que había vivido con Nico no se olvidaba de la noche a la mañana, aunque en esas tres semanas lo estaba olvidando de a poquito.

Solo había algo que estaría más tiempo ahí, latente, y era el dolor que me había causado, sin que le importara nada.

Capítulo 5



Tras quince horas y media de vuelo, de las que había pasado unas seis dormida, finalmente llegábamos al aeropuerto *Koggala Air Force Base* en Sri Lanka.

Me hice foto contemplando las vistas desde la ventanilla, esa que enviaría a mi familia y a Raúl, cuando tuviera conectados los datos de la tarjeta que iba a comprar.

Mireia y yo bajamos juntas del avión, me acompañó hasta una de las tiendas donde podía comprar la tarjeta, y nos despedimos deseándonos una feliz estancia, ya que a ella la esperaban su hija y su yerno fuera para llevarla al hotel.

A mí también me recogían. Alba había hablado con el encargado del hotel donde iba a alojarme y le comentó que, en los paquetes vacacionales o de luna de miel, ponían a disposición de los clientes un coche para que los recogieran y los volvieran a llevar al aeropuerto.

Fui hacia la salida arrastrando mi maleta, con el bolso en bandolera y la mochila en la espalda, y cuando llegué a la calle me puse las gafas de sol buscando el cartel con el nombre del hotel.

No tardé en verlo y me acerqué sonriendo. El conductor no debía ser mucho mayor que yo, se le veía simpático y de lo más hospitalario.

Los idiomas predominantes en Sri Lanka eran el cingalés y el tamil, pero una pequeña parte de la población hablaba en inglés, por lo que no sería demasiado difícil comunicarme con ellos.

Mi conductor hablaba inglés, cosa que agradecí, puesto que fue hablándome un poco sobre el lugar al que acababa de llegar.

Le pregunté si era cierto lo que había leído acerca de la traducción al español de Sri Lanka, pues en sánscrito significaba “tierra resplandeciente”.

—Sí, es así —sonrió—. Tenemos hermosas selvas, parques naturales, se pueden ver tigres, leopardos o elefantes en su hábitat natural, y las playas también son muy bonitas. De ahí que lo llamen tierra resplandeciente.

—Se dice *ayubowan* para saludar con un hola, ¿lo he pronunciado bien?

—Muy bien —respondió.

Fui haciendo algunas fotos a aquellos hermosos paisajes que había en el camino hacia la playa *Mirissa*, donde me alojaría durante las dos próximas semanas.

Era un traslado de apenas media hora, así que aproveché para instalar la tarjeta que había comprado para tener datos de Internet cuando no estuviera en el hotel, y mandé un mensaje a mis padres y otro a Carolina y Raúl.

Había una diferencia horaria con España de cuatro horas y media, por lo que allí eran casi las cuatro y media de la tarde.

No tardaron en responder todos diciendo lo guapa que estaba y deseando que les llamara al día siguiente, ese día me dejaban instalarme y descansar después de un vuelo tan largo.

Y llegamos a la playa, esa que me dejó sin palabras.

Podía verme en ella paseando por la orilla, disfrutando de la brisa marina y de la paz que se respiraba allí.

Bajamos del coche y, tras sacar mi maleta, me despedí de él con una sonrisa dándole las gracias, y fui hacia la entrada de aquel hotel.

No podía estar en un mejor enclave, rodeado de palmeras, con zonas de césped y algunas flores dándole ese toque de color que contrastaba con la fachada color beige y los tejados negros.

—*Ayubowan* —saludé a la chica de recepción.

—*Ayubowan* —sonrió—. Bienvenida a playa *Mirissa* —dijo en un perfecto inglés, vamos que a mí se me notaba la cara de guiri.

—Gracias. Tengo una reserva.

—¿Me permite su pasaporte?

—Claro.

Lo saqué del bolso y se lo entregué. Tras comprobar que la reserva estaba correcta, me entregó una llave y llamó : uno de los chicos que trabajaban allí llevando el equipaje.

—Esperamos que disfrute de su estancia en nuestro hotel, señorita Tania —me dijo la recepcionista con una amplia sonrisa.

—Y yo, y yo —reí.

El chico cogió mi maleta y me acompañó por el exterior hasta la zona donde se encontraba mi habitación.

El hotel estaba compuesto de algunas pequeñas villas, coquetas cabañas y seis edificios de cuatro plantas con veinte habitaciones en total.

Las puertas estaban en pasillos que daban a la calle, de modo que podía verse a la gente entrar y salir de sus habitaciones, cada edificio ofrecía desde la habitación unas preciosas vistas de la playa.

Me habían reservado la última habitación de la cuarta planta, esa en la que el chico dejó mi maleta antes de despedirse con una sonrisa.

Abrí la puerta y vi que era una estancia de lo más coqueta.

Contaba con un pequeño salón con terraza mirando a la playa, un cuarto de baño y la habitación, con un bonito armario vestidor de dos cuerpos.

Paredes blancas, suelos de azulejos marrón claro, muebles blancos, al igual que las sábanas, y la colcha de un tono marrón chocolate muy bonito.

En la mesa del salón había un jarrón con flores como centro, y en las paredes podían verse varios cuadros que no eran más que trazos y pinceladas sin sentido para gente que, como yo, no entendiera mucho del arte abstracto.

Coloqué la ropa en el armario y los cajones de la cómoda, así como mis productos de belleza en el cuarto de baño y me preparé ropa para cambiarme y darme una ducha, necesitaba quitarme un poco el cansancio del viaje.

Me puse un vestido de lino blanco de lo más veraniego, mis cuñas de esparto que tanto me gustaban y tras darme un poquito de maquillaje y recogerme el pelo en una coleta alta, cogí el móvil y la llave de la habitación que metí en el pequeño bolsito que llevaba colgado, y salí para inspeccionar un poco aquel lugar.

Decir que era precioso era quedarse muy, pero que muy corto.

Aquello era un auténtico paraíso.

Me hice varias fotos y fui hacia el restaurante de buffet para comer.

Serví un poco de ensalada en un plato, puse algo de marisco en otro y como plato fuerte, me decanté por un poco

de carne asada que tenía muy buena pinta.

Para el postre cogí un cuenco con varias frutas troceadas.

Mientras comía subí algunas fotos previamente seleccionadas a mis redes y nombré a la agencia para que supieran dónde podrían encontrar los diferentes paquetes de viajes que tendríamos promocionando la isla.

Carolina: *¿Qué haces, hermana?*

Me eché a reír, porque cuando Carolina empezaba así un mensaje, acabaría pidiéndome algo.

Tania: *Ahora mismo estoy comiendo, después me acercaré un poquito a ver la playa y regresaré a la habitación, quiero descansar un poco para no parecer una zombi por el jet lag. ¿Y tú?*

Carolina: *Aquí, más aburrida que todas las cosas.*

Tania: *Lo tienes fácil, sal con tus amigas y amigos. Mamá y papá tienen guardia esta noche, ¿verdad?*

Carolina: *Sí, me pasaré la noche viendo alguna serie y comiendo helado.*

Tania: *A ver cuál escoges, que sabes que hay varias de Netflix que quiero ver contigo.*

Carolina: *Sí, sí, pero eso lo dices solo porque eres una miedica y no quieres verlas sola.*

Tania: *No es por eso, sino porque me gusta pasar tiempo con mi hermana pequeña.*

Carolina: *Qué bonito. Espero que sea verdad.*

Tania: *Por supuesto que sí. Bueno te dejo que voy a terminar de comer para pasear por la playa.*

Carolina: *Disfruta, hermana, y no te olvides de todo lo importante en este viaje. Reír, comer, y follar.*

Me eché a reír, porque sin duda mi hermana vivía en un mundo distinto al mío.

Nos despedimos y seguí disfrutando de la comida, que estaba buenísima, y cuando acabé volví a salir y llegué hasta la orilla de la playa.

Paseé sintiendo el agua entre los dedos y esa emoción al conocer un lugar así, tan lleno de paz que se transmitía en cada rincón.

No tardé en volver a la habitación y, tras tomarme un café que me preparé en la cafetera de cápsulas que había

allí, me metí en la cama para descansar un rato.

Lo que no imaginaba era que me acabaría quedando dormida hasta el día siguiente.

allí, me metí en la cama para descansar un rato.

Lo que no imaginaba era que me acabaría quedando dormida hasta el día siguiente.

Capítulo 6



Desperté aquella primera mañana en *Mirissa* después de varias horas de sueño a pesar de que había dormido durante el vuelo, eso demostraba que no solo estaba cansada por un largo viaje, sino que mi cuerpo y mi mente, estaban agotados por todo lo ocurrido desde que Nico me dejara.

Aquella primera semana la pasé llorando y sin apenas dormir, preguntándome una y otra vez por qué me había pasado eso a mí.

Que no tenía suerte en lo que al amor se refería ya había quedado claro basándonos en mi historial amoroso, pero que me dejara plantada a tres semanas de casarme, eso no habría mujer que lo entendiera ni lo soportara.

Salí de la cama y contemplé la playa desde la ventana, estaba deseando ir a dar un paseo por ella y perderme entre las palmeras, donde me haría más de una foto que sabía que a Raúl le encantaría haber hecho.

Hoy tenía esa primera excursión contratada en el paquete y la verdad es que me hacía especial ilusión por lo que iba a ver.

Cogí un pantalón corto, una camiseta de tirante ancho y las deportivas, y tras darme una ducha que me sentó de maravilla, me vestí.

En esa ocasión me recogí el pelo en una trenza, la temperatura en Sri Lanka era húmeda y caliente, por lo que quien había viajado antes hasta aquí recomendaba usar ropa fresca y transpirable, de ahí que todo lo que había metido en la maleta fueran prendas de lino y algodón. Para las noches había traído un par de chaquetillas de manga larga evitando picaduras de mosquito, aunque el repelente no podía faltarme tampoco.

Cogí mi bolso bandolera donde llevaba lo necesario para una excursión y donde guardaría una botella de agua, y salí de la habitación dispuesta a disfrutar de ese primer día.

Llegué a la cafetería donde se daban los desayunos, que al igual que el restaurante donde comí el día anterior era un buffet, y llené una bandeja con varios platitos de los que ofrecían.

Zumo de frutas tropical, pan tostado con un poco de mermelada, té con leche, un bol con piña, mango, manzana y

papaya troceada, y un par de *hopper* para probar.

Según me dijo una de las camareras, los *hopper* eran crepes hechos con harina de arroz que rellenaban de huevo frito con especias, en ese caso era pimienta negra, y al que se le podía añadir un plátano en el interior, como los dos que yo había cogido.

Sonaba un poquito raro, no iba a mentir, pero tras dar el primer bocado, podía asegurar que estaba buenísimo.

Desayuné viendo a algunas parejas llegar cogidos de la mano, grupos de gente que se veía que venían entre amigos a disfrutar de una experiencia diferente y, para mi sorpresa, vi entrar a Mireia, la mujer con la que compartí el vuelo.

Ella también me vio y sonrió mientras se acercaba a mi mesa.

—Pero bueno, ¡qué sorpresa! —dijo cuando me levanté, y nos abrazamos— No sabía que este era el hotel donde te alojarías.

—Ni yo que era donde vivía tu hija.

—Desde luego, qué pequeño puede llegar a ser el mundo. Pero dime, ¿qué tal tus primeras horas en la isla?

—He pasado la mitad de ellas durmiendo.

—Ya somos dos.

—Ayer solo di un paseo por la playa después de comer, y hoy tengo la primera excursión.

—Tienes que comer con nosotros, quiero que conozcas a mi nieta, es una muñequita —sonrió.

—Se te ha puesto cara de abuela enamorada —reí.

—Es que esa niña me ha conquistado. Me va a costar volver a casa y dejarla aquí. Pero tengo claro que al menos una vez cada dos o tres meses, vendré a pasar una semana con mis niñas. Desde que me divorcié cuando mi hija tenía veinte años, es la única familia que me queda.

—Menos mal que hoy en día tenemos las videollamadas.

—Es lo que me ha salvado de no volverme loca desde que me dijo que se venía aquí a vivir con su novio —suspiró—. Bueno, no te entretengo más que la excursión, por lo que sé, está a punto de salir. Todas tienen los mismos horarios, las de mañana y las de tarde —sonrió—. Disfruta de la que hayas elegido y me cuentas qué tal. Igual puedo incluirla en mi artículo.

—Eso está hecho, y además se me ocurre algo que podemos hacer.

—Si es una colaboración con la agencia de viajes para la que trabajas, no lo dudes, estuve pensando en ello anoche.

—Veo que estamos en la misma sintonía.

—Sí, en radio viaje —nos echamos a reír y, tras un abrazo, ella fue a desayunar y yo salí para empezar aquella primera excursión.

Había dos autobuses esperando y los guías tenían un letrero con el nombre de aquellos dos lugares que íbamos a visitar.

Subí en el primero y ya había algunos huéspedes del hotel sentados, al igual que en el otro.

A la hora prevista emprendimos la marcha y durante el camino hice varias fotos a esos paisajes que nos encontrábamos.

El guía nos fue hablando sobre lo que íbamos a ver, nos dio algunas pautas a tener en cuenta dado que podía ser un poquito peligroso, y cuando menos lo esperábamos ya estábamos en nuestra primera parada, Yala.

—Ahí están —dijo el guía unos minutos después señalando hacia la izquierda, y los vimos.

Yala era territorio de leopardos, y aunque dijo que no era fácil verlos, ellos tenían suficiente experiencia y los conocían bien para saber dónde encontrarlos.

Ver aquellos felinos de gran tamaño en su hábitat natural, tumbados bajo la sombra de un árbol, algunos durmiendo, otros vigilando a los cachorros que jugaban entre ellos, y un par subidos a las ramas observando todo como si fueran vigías en busca del peligro, era impresionante.

Al escuchar los motores de los autobuses todos miraron hacia donde estábamos, y el guía nos dijo que no atacarían si no se veían amenazados.

Escuchamos el grito de sorpresa de una mujer al fondo y al mirar, vimos que se había acercado uno de los leopardos a curiosear, según el guía estaba comprobando que aquí no había ninguna amenaza para ellos y sus crías.

Se paseaba con ese modo de caminar elegante y majestuoso mirando hacia las ventanas, esas que no tenían cristal que todo había que decirlo, y yo no perdí la oportunidad de grabarlo con el móvil.

Cuando llegó a mi ventana me miró, y si era sincera sentí un poco de miedo pues no sabía cómo actuaría el animal.

—No se ponga nerviosa, señorita —me dijo el guía en tono bajo, quien se había colocado a unos pocos pasos de mí—. Ellos perciben el miedo y pueden interpretarlo como un intento de atacar.

—¡Ay, Dios! —grité bajito y sin soltar el móvil mientras grababa a aquel animal que se había levantado, quedando a dos patas sobre el suelo, y con las otras dos apoyadas en el autobús.

Le tenía a unos pocos metros y por mucho que el guía me dijera que no tuviera miedo, yo me iba a cagar por la patilla.

—Solo la olfatea —comentó el guía.

—Claro, a ver si le parezco un bocado apetecible —murmuré, y muchos de los otros huéspedes rieron flojito.

Para mi sorpresa, el animal apoyó la barbilla en el hueco de la ventana y se quedó tranquilo mirándome.

—Algunos hombres vienen a cuidarlos, los alimentan y los veterinarios curan a sus crías. Están acostumbrados a estar con humanos. Creo que le está permitiendo que lo acaricie.

—¿Qué? No, no, a ver si es una trampa y me arranca la mano.

—Pruebe, señorita, no tema.

—Si me arranca la mano, te tiro con la otra que me queda por la ventana para que te coma a ti —dije, y él sonrió.

Suspiré, le di mi móvil a una chica que estaba sentada detrás de mí, y ella siguió grabando mientras yo, armándome de valor y procurando que no me notara el miedo en el cuerpo, fui acercando la mano a su cabeza.

—Hola, gatito —le dije—. Por tu madre, no me muerdas que, si no vuelvo entera del viaje, mi madre me manda de vuelta.

Aquel animal me observaba tranquilo, no mostraba los dientes ni las garras, no parecía temer a los humanos y el guía me dijo que probablemente fuera uno de esos cachorros a los que los veterinarios atendió en su momento.

Sentí su suave pelaje en la palma de la mano y le acaricié despacio, él cerró los ojos poco después y hasta le escuché ronronear como lo haría un gato.

,

—Esta es la experiencia más increíble que he vivido en toda mi vida —sonreí, mirando a aquel animal que parecía la mar de relajado.

Poco después apareció otro que parecía querer comprobar que su amigo estaba bien, y este, que sintió su presencia, abrió los ojos y se apartó de mí para mirar al recién llegado.

Sin duda los animales tenían su modo de comunicarse y ellos lo hacían, poco después el segundo leopardo se fue corriendo y el que había permitido que le acariciara, me miró durante unos segundos como si de ese modo se estuviera despidiendo de mí, y también se fue corriendo.

La chica me devolvió el móvil, sonreí cogiéndolo y el guía dijo unas últimas palabras antes de emprender la marcha a la segunda parada.

—Los animales perciben el alma de las personas, su espíritu, y no solo saben quién es bueno o de quién no se pueden fiar, sino que intuyen si esa persona necesita de su energía para sanar su alma herida. Ese leopardo le ha permitido tocarle porque ha visto algo, señorita —sonrió.

En ese momento se me hizo un nudo en la garganta, sentí los ojos humedecerse y miré hacia aquellos felinos que seguían tranquilos junto a su árbol, mientras el que se había acercado a nosotros nos observaba.

Sabía que los gatos y los perros tenían esa capacidad para con sus humanos, que percibían sus emociones y se acercaban a ellos para darles consuelo, pero no que todos pudieran.

Aunque, a fin de cuentas, los leopardos no dejaban de ser gatos grandes, ¿verdad?

Continuamos con la excursión y por fin avistamos Minneriya, la zona donde, nada más llegar, vimos varios elefantes.

Fue precioso ver a esas pequeñas crías sujetando las colas de su madre con la trompa mientras las seguían para no quedarse atrás en ese paseo matutino, así como otras corrían jugando entre ellas y sus madres, como haría cualquier mujer con sus retoños, los regañaban a gritos y ellos corrían hacia ellas para hacer como sus amigos, agarrarse a la cola y caminar todos en grupo.

En cuanto fueron conscientes de nuestra presencia, caminaron hacia los autobuses y nos rodearon, observándonos a todos.

El guía nos dijo que no temiéramos nada puesto que no atacarían, tan solo tenían curiosidad por quienes habían ido a conocerles.

—Es algo que hacen siempre —dijo con una sonrisa.

Debía reconocer que de esa excursión me llevaba unas imágenes preciosas, no solo en el móvil, sino también en la memoria.

Momentos buenos de esos que recordar el resto de mi vida.

Regresamos al hotel y antes de ir a comer decidí dar un paseo por la playa, me senté en una roca a la sombra de una palmera y saqué el móvil para enviarles un mensaje a mi hermana y a Raúl, en el grupo que teníamos los tres.

Tania: *Hoy he vivido una de esas experiencias que jamás olvidaré.*

Carolina: *Hermana, no me digas que te has acostado con alguien en tu primer día en la isla, porque me hago far tuya.*

Raúl: *Mira que eres burra, niña.*

Me tuve que reír, pero a carcajadas.

Adjunté el vídeo que había grabado con el leopardo y los dos respondieron con varios emojis de sorpresa y alguno que otro como si se hubieran desmayado, pero les pareció una experiencia alucinante.

Me despedí quedando en llamarlos por la tarde, la noche allí, y fui al restaurante a comer donde Mireia me vio y llamó para que fuera a su mesa.

Allí me presentó a Julia, su hija, que se parecía mucho a ella, Miguel, su yerno, que era guapísimo, y la pequeña Sofía, esa niña que, como había dicho la feliz abuela, parecía una muñequita.

Comí con ellos y resultó que Julia era quien había estado hablando con Alba para esos paquetes de viajes hasta la isla.

Me dio su número de teléfono por si necesitaba algo, y quedamos en vernos a menudo por allí para contarle cómo me estaba yendo el viaje.

Les hablé de esa primera excursión y quedaron fascinados, diciendo que sería una buena publicidad para el hotel el vídeo que había grabado.

Después de comer y tomar un café con ellos, me fui a la habitación a descansar un poco hasta la cena.

Momentos buenos de esos que recordar el resto de mi vida.

Regresamos al hotel y antes de ir a comer decidí dar un paseo por la playa, me senté en una roca a la sombra de una palmera y saqué el móvil para enviarles un mensaje a mi hermana y a Raúl, en el grupo que teníamos los tres.

Tania: *Hoy he vivido una de esas experiencias que jamás olvidaré.*

Carolina: *Hermana, no me digas que te has acostado con alguien en tu primer día en la isla, porque me hago fan tuya.*

Raúl: *Mira que eres burra, niña.*

Me tuve que reír, pero a carcajadas.

Adjunté el vídeo que había grabado con el leopardo y los dos respondieron con varios emojis de sorpresa y alguno que otro como si se hubieran desmayado, pero les pareció una experiencia alucinante.

Me despedí quedando en llamarlos por la tarde, la noche allí, y fui al restaurante a comer donde Mireia me vio y llamó para que fuera a su mesa.

Allí me presentó a Julia, su hija, que se parecía mucho a ella, Miguel, su yerno, que era guapísimo, y la pequeña Sofía, esa niña que, como había dicho la feliz abuela, parecía una muñequita.

Comí con ellos y resultó que Julia era quien había estado hablando con Alba para esos paquetes de viajes hasta la isla.

Me dio su número de teléfono por si necesitaba algo, y quedamos en vernos a menudo por allí para contarle cómo me estaba yendo el viaje.

Les hablé de esa primera excursión y quedaron fascinados, diciendo que sería una buena publicidad para el hotel el vídeo que había grabado.

Después de comer y tomar un café con ellos, me fui a la habitación a descansar un poco hasta la cena.

Capítulo 7



Me había llenado con la cena, debía admitirlo, pero es que la ensalada y el pescado estaban deliciosos, por no hablar del postre, un crujiente de hojaldre con frutas tropicales y crema pastelera.

Mientras cenaba decidí ir a tomar una copa al bar de la piscina, cuando pasé por allí vi que tenía algunas mesas y tumbonas donde podría disfrutar de un cóctel mirando al mar.

Iba hacia allí cuando me detuve a hacerme una foto junto a una palmera, llevaba un vestido blanco ibicenco con mis cuñas de tacón y quería que mi hermana y Raúl vieran que estaba disfrutando del viaje.

Llegué al bar, le pedí a la camarera un cóctel con muy poco alcohol, y cuando me lo dio sonreí.

Era de un bonito color azul turquesa, tenía una cereza flotando y el borde de la copa estaba cubierto de azúcar de color rosa con una fresa clavada.

Encontré una mesita libre junto a dos tumbonas y me acomodé en una, no tardé en hacerme un selfi con la copa en la mano y tras el primer sorbo, les envié las dos fotos. Era tarde en España, pero cuando las vieran por la mañana, me escribirían.

Subí la foto con el cóctel a mis redes y di otro sorbo mientras contemplaba el océano que tenía ante mí.

—No me lo puedo creer —escuché una voz masculina en un perfecto castellano, miré a mi derecha y ahí estaba el chico del aeropuerto, con unos pantalones de lino beige y una camisa azul que le sentaba muy bien.

—¿Tú? —preguntamos al unísono.

Volteó los ojos y sonreí al tiempo que negaba.

—Esto sí que es una casualidad. Pero, te lo advierto, mantén lejos de mis pies tus tacones, no sea que me vayas a machacar otra vez los dedos —dijo.

—Tranquilo, no te pisaré —reí.

—Así que cogiste el vuelo hacia aquí —se acercó un poco más, con las manos en los bolsillos.

—¿Venías en el vuelo de ese día a las ocho?

—Sí.

—Lo raro es que no nos viéramos allí.

—Nosotros estábamos en las primeras filas —contestó.

—¿Has venido con tu pareja?

—Que no te oiga decir eso, porque mi hermano no es gay —me señaló.

—Vale —reí—. Soy Tania, por cierto.

—Héctor, un placer —dijo cogiendo la mano que le ofrecía, y se inclinó para besarme el dorso.

—Héctor —miré hacia su espalda y podía jurar que acababa de quedarme sin aliento.

Un hombre alto, solo unos centímetros más que Héctor, rubio con los ojos azules, con un pantalón de lino beige y una camisa blanca con los primeros botones desabotonados.

¹

Sentí un leve estremecimiento por el modo en el que sus ojos se paseaban por mi cuerpo.

—Hermano, mira qué casualidad —dijo Héctor con una sonrisa—. ¿Recuerdas la chica que me aplastó el pie con su maleta?

—Ni que te hubiera pasado por encima con un tanque —reí.

—Con lo que pesaba esa cosa, lo parecía, te lo aseguro —contestó—. Pues es ella. Tania, él es Gabriel, mi hermano mayor.

—Encantada.

—Un placer.

—Para ser hermanos, debo deciros que no os parecéis —entrecerré los ojos—. Tengo una hermana pequeña y nos parecemos mucho.

—Yo soy adoptado —contestó Héctor—. Por eso nos parecemos lo mismo que un huevo a una castaña —sonrió.

—¿Solo tú?

—Sí, sus padres me adoptaron cuando tenía dos años.

—Sus padres y los míos eran amigos —dijo Gabriel y, sin ellos preguntar ni yo ofrecer, se sentaron en la tumbona junto a la mía—. Ellos, al igual que los míos, eran médicos. Fueron a una conferencia, en el camino de vuelta empezó a llover con intensidad, el conductor que venía de frente se pasó al carril por el que iban ellos, chocaron, y murieron todos. Este de aquí no tenía más familia y sus padres habían nombrado a los míos como tutores, así que así fue como me convertí en su hermano mayor con cuatro años.

—Vaya, lo siento.

—Gracias —Héctor sonrió con un leve brillo en los ojos—. Tenía dos años y apenas los recuerdo, veo viejas fotos tuyas para no olvidarme de sus caras. Llámame sentimental.

—Oh, no, para nada, sin duda es algo que yo haría. Entonces, os lleváis dos años.

—Así es, yo soy el pequeño, y el consentido de los papis —Héctor hizo un guiño y me eché a reír, tenía el mismo descaró que mi hermana.

—Consentido con treinta y cinco años, qué valor tienes, hermano —Gabriel volteó los ojos y mi risa fue aún mayor.

—Oye, que nos hemos acoplado aquí los dos, y no hemos preguntado —dijo Héctor—. A ver si va a aparecer tu novio y nos da una somanta de palos.

—Tranquilo, no hay novio a la vista —di un sorbo a mi cóctel.

—¿Has venido sola?

—Ajá. Un viaje en plan espiritual y eso, como dijo mi jefa. Debía estar en París, a punto de irme a Italia en unos días, pero en cambio, estoy en esta maravillosa isla.

—¿Y por qué cambiaste un viaje por Europa, por esta isla? —curioseó Gabriel.

—Ese viaje iba a ser mi luna de miel.

—¿Ibas a casarte? —preguntó Héctor.

—Sí. Pero él se dio cuenta de que no era eso lo que quería, y me dejó a tres semanas de la boda —me encogí de hombros.

—No me jodas —Héctor comenzó a reír y yo lo miré con la ceja arqueada.

—Vaya, me alegro de que te divierta esa parte triste y tormentosa de mi vida.

—No, no, por Dios —dijo recobrando el aliento—. Es que mi prometida me dejó una semana antes de la boda.

—¿Qué dices? —Abrí los ojos, sorprendida.

—Lo que oyes. Con todo pagado, los invitados y demás, y me dejó por otro. Se ve que un cirujano cardiovascular no es suficiente para ella.

—Mi ex es abogado, podríamos presentarlos. Él me dijo que antes de atarse a una persona para siempre, quería experimentar con otras mujeres, pero lo había estado haciendo durante un tiempo mientras estábamos juntos, y yo sin saberlo. Pero es agua pasada, lo estoy olvidando. ¿Este viaje era tu luna de miel?

—Ah, no, qué va. La llevaba a las Islas Cíes, ella quería conocerlas y era una sorpresa.

—Menos mal que no se lo dijo, porque posiblemente se habría casado solo para irse de luna de miel, y lo habría dejado a la vuelta —comentó Gabriel.

—No creo que hubiera hecho eso.

—Créeme, con lo materialista que era, y sigue siendo, si hubiera sabido cuál era el destino, lo habría hecho.

Miré a Héctor y el pobre se encogió de hombros al tiempo que asentía.

—Me ha dejado por su jefe, un político con buen sueldo y muchos contactos.

—Materialista —dijo Gabriel.

—Ya veo —sonreí.

—Estamos aquí como podríamos haber estado en cualquier otra parte, porque después de una noche de borrachera, la noche en la que me dejó, le dije a Gabriel que tenía que cambiar el viaje porque me quería ir unos días y despejarme. Si te digo que Sri Lanka es donde puso él el dedo para parar la bola del mundo que tengo en mi casa?

—Vamos, que literalmente este viaje fue elegido a dedo —reí.

—Absolutamente —contestó Gabriel de lo más serio.

—Pero nos está gustando, es un lugar bonito, y esta playa es muy tranquila.

—Sí —miré hacia el océano—. A mí me encanta todo lo que nos rodea.

—Qué fuerte —dijo Héctor mientras sonreía y negaba—. Estamos aquí por el mismo motivo.

—Españoles plantados antes de la boda en Sri Lanka, esto da para un programa de la televisión —reí.

Y desde ese momento así pasamos los tres la noche, hablando, riendo y conociéndonos más.

Ambos habían seguido los pasos de sus padres, estudiaron medicina y trabajaban en una de las mejores clínicas, a igual que ellos.

Los dos eran cirujanos, y mientras Héctor se especializó en cirugía cardiovascular, Gabriel lo hizo en cirugía pediátrica.

Cuando les conté que yo trabajaba en una agencia de viajes, Héctor dijo que ya sabían a quién acudir para futuros paquetes vacacionales.

La noche se nos hizo demasiado corta charlando, y mientras me acompañaban hasta mi habitación descubrimos que al día siguiente haríamos la misma excursión, por lo que quedamos en vernos en la cafetería para desayunar.

Algo me decía que, finalmente, aquel viaje sí iba a acabar siendo una experiencia única e inolvidable, porque ese par de hermanos eran de lo más simpáticos y me transmitían muy buenas vibras.

—Vamos, que literalmente este viaje fue elegido a dedo —reí.

—Absolutamente —contestó Gabriel de lo más serio.

—Pero nos está gustando, es un lugar bonito, y esta playa es muy tranquila.

—Sí —miré hacia el océano—. A mí me encanta todo lo que nos rodea.

—Qué fuerte —dijo Héctor mientras sonreía y negaba—. Estamos aquí por el mismo motivo.

—Españoles plantados antes de la boda en Sri Lanka, esto da para un programa de la televisión —reí.

Y desde ese momento así pasamos los tres la noche, hablando, riendo y conociéndonos más.

Ambos habían seguido los pasos de sus padres, estudiaron medicina y trabajaban en una de las mejores clínicas, al igual que ellos.

Los dos eran cirujanos, y mientras Héctor se especializó en cirugía cardiovascular, Gabriel lo hizo en cirugía pediátrica.

Cuando les conté que yo trabajaba en una agencia de viajes, Héctor dijo que ya sabían a quién acudir para futuros paquetes vacacionales.

La noche se nos hizo demasiado corta charlando, y mientras me acompañaban hasta mi habitación descubrimos que al día siguiente haríamos la misma excursión, por lo que quedamos en vernos en la cafetería para desayunar.

Algo me decía que, finalmente, aquel viaje sí iba a acabar siendo una experiencia única e inolvidable, porque ese par de hermanos eran de lo más simpáticos y me transmitían muy buenas vibras.

Capítulo 8



Llegué a la cafetería y cuando Héctor me vio entrar, sonrió al tiempo que agitaba la mano desde la mesa en la que él y Gabriel estaban sentados.

Cogí una bandeja con mi desayuno y fui con ellos.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días, guapísima —Héctor se puso en pie y me dio un beso en la mejilla de esos sonoros.

—Qué beso de abuela me acabas de dar —reí.

—Genial, primero mi novia me deja antes de casarnos, y ahora tú me cambias de sexo. Esto no es serio —suspiró.

—Gabriel —lo saludé mientras me sentaba.

—Buenos días, preciosa.

Me preguntaron qué tal había dormido después de tanto cóctel, y les dije que bien puesto que no tenía demasiado alcohol, quería disfrutar de ese viaje con todas mis facultades mentales intactas.

Tras el desayuno fuimos hacia la entrada del hotel donde nos esperaban dos autobuses para llevarnos a visitar Kandy, una ciudad rodeada de montañas y conocida por ser la más grande del país, por no hablar que era el corazón del budismo y donde se guardaba una reliquia de Buda.

Durante el camino fuimos haciendo fotos a los paisajes que nos ofrecía la isla, así como entre nosotros para subir nuestras redes.

Héctor quiso subir una conmigo y hasta me etiquetó, yo me reí lo más grande cuando vi el texto que había puesto acompañando la foto.

“*Que nos tuvieran que plantar en el altar para conocernos...*”

Porque sí, resultó que ellos, al igual que yo, vivían en Madrid y nunca nos habíamos visto.

Después de un viaje en autobús de lo más entretenido, llegamos a Kandy y nos llevaron hasta el Templo del Diente de Buda, lugar en el que se encontraba la reliquia de Buda.

—Dios mío, esto es precioso —dije al entrar y ser recibida por la majestuosidad del interior del templo.

Diversas estatuas de figuras budistas a un lado y otro del templo, que transmitían una paz increíble, y al frente de todas ellas, la reliquia de Buda.

Me sobrecogía estar ahí dentro, el olor del incienso que llenaba el aire, era de esos que relajaban e invitaban a la meditación.

—Y pensar que cuando puse el dedo en esta isla, creí que me iba a arrepentir de hacer el viaje —murmuró Héctor a mi lado.

—Yo creí que mi jefa quería deshacerse de mí unos días, y por eso me mandaba tan lejos —reí.

Tras la visita al templo los guías nos llevaron a conocer la ciudad, tomamos té e incluso paramos en algunos puestos y tiendas para comprar recuerdos que llevarnos.

Me habían gustado el aroma de algunos de los inciensos que tenían, y compré varias cajitas, a mi hermana también le gustaba encenderlos en la habitación mientras estudiaba, así que le llevé también.

Por no hablar de que acabé enamorada de varias figuras de Buda y compré una de cada para mí, una para mi madre, otra para mi hermana y otra para Raúl.

Paramos en un bar a comer y los guías nos recomendaron pedir unas *samosas*, que eran empanadillas fritas rellenas de verduras y especias, y el *fish ambul thiyal*, un curry de pescado agrio a base de atún especiado con cúrcuma, canela, pimienta, y acompañado de arroz.

Decir que lo de agrio no era ninguna mentira, porque sí que lo estaba y más para nosotros, los occidentales, pues no estábamos acostumbrados a ese sabor tan peculiar.

a

Acabamos bebiéndonos una botella de dos litros de agua cada uno, solo con el pescado.

La nota dulce la pusimos con el postre, un sencillo yogur que acompañamos con frutas troceadas y que estaba buenísimo.

Tras tomarnos un té, los guías nos llevaron a una de las zonas altas de una montaña desde donde pudimos contemplar la ciudad entera. Aquella imagen que tenía ante mí era digna de ser immortalizada y poner en el folleto que haríamos para promocionar ese viaje en la agencia.

Héctor estaba empeñado en hacerse un montón de fotos conmigo, y yo encantada, me partía de la risa con muchas de las cosas que decía, tenía un arte y una guasa que no podía con ella.

Gabriel era un poco más serio, más comedido en cuanto a las bromas, pero también nos hicimos algunas fotos.

Lo que noté fue que, a diferencia de con Héctor, con él mi cuerpo reaccionaba con un escalofrío que me subía por la espalda.

Me había apartado un poco de ellos, cerré los ojos y miré al cielo para respirar aquel aire puro que ofrecía un lugar tan privilegiado como ese.

—¡Ay, Dios! —grité cuando abrí los ojos y vi a Gabriel a mi lado.

—En esta foto sales muy bien —dijo mostrándome su móvil.

Me había hecho un retrato de perfil mientras tomaba esa bocanada de aire, y se me veía una leve sonrisa en los labios.

Allí arriba corría una suave brisa y se me veían algunos mechones de cabello revoloteando alrededor.

Era una foto preciosa que bien podría haber hecho mi amigo Raúl.

—Es muy bonita —sonreí—. ¿Me la pasas? Esta va a mis redes.

Le di mi número de teléfono y me la envió por WhatsApp. En cuanto la tuve en mi móvil entré en las redes y la subí acompañada de una frase.

“Dicen que para encontrarse, primero hay que perderse. Yo me estoy encontrando.”

Vi que tenía un mensaje de mi hermana y de Raúl, preguntando quién era el chico de la foto que me había etiquetado y con la frase de que nos habían plantado a los dos.

Sonreí, pero no les respondí, ya lo haría después, a la vuelta, o cuando regresara a la habitación después de cenar.

Los guías nos avisaron para volver a los autobuses y cuando Gabriel y yo nos giramos, vi a Héctor con una sonrisilla de lo más pícara, por no hablar de que miraba a su hermano de un modo un tanto raro, al menos así me lo parecía a mí.

Regresamos a los autobuses y aproveché para responder a mi hermana y Raúl, les conté lo del chico del aeropuerto al que había pasado por encima con la rueda de la maleta y que estaba en el mismo hotel que yo. Ambos se alegraron de que al menos no fuera a estar completamente sola durante ese viaje.

;

Cuando llegamos al hotel nos fuimos los tres a cenar, optamos por una ensalada y un poco de arroz con brochetas de carne, no queríamos más pescado que bastante agrio nos había resultado el atún de la comida.

Estaba cansada, así que los chicos me acompañaron a la habitación y quedamos en vernos por la mañana para desayunar y disfrutar de la siguiente excursión que habíamos escogido en el viaje, donde nos llevarían a visitar dos de los lugares que decían eran parada obligatoria cuando se viajaba a Sri Lanka.

Me di una ducha nada más entrar en la habitación, le mandé un mensaje a mis padres para decirles que me encontraba bien y que estaba disfrutando del viaje, y me metí en la cama pensando en la suerte que había tenido de encontrarme con el chico del aeropuerto.

Regresamos a los autobuses y aproveché para responder a mi hermana y Raúl, les conté lo del chico del aeropuerto al que había pasado por encima con la rueda de la maleta y que estaba en el mismo hotel que yo. Ambos se alegraron de que al menos no fuera a estar completamente sola durante ese viaje.

Cuando llegamos al hotel nos fuimos los tres a cenar, optamos por una ensalada y un poco de arroz con brochetas de carne, no queríamos más pescado que bastante agrio nos había resultado el atún de la comida.

Estaba cansada, así que los chicos me acompañaron a la habitación y quedamos en vernos por la mañana para desayunar y disfrutar de la siguiente excursión que habíamos escogido en el viaje, donde nos llevarían a visitar dos de los lugares que decían eran parada obligatoria cuando se viajaba a Sri Lanka.

Me di una ducha nada más entrar en la habitación, le mandé un mensaje a mis padres para decirles que me encontraba bien y que estaba disfrutando del viaje, y me metí en la cama pensando en la suerte que había tenido de encontrarme con el chico del aeropuerto.

Capítulo 9



Después del desayuno, al igual que la mañana anterior, fuimos hacia la entrada para subirnos a uno de los autobuses que nos llevaría a visitar esos dos lugares que no debíamos perdernos.

Y acabábamos de llegar a la primera parada de la excursión.

—Bienvenidos a Sigiriya —dijo el guía, extendiendo un brazo para señalar la gran roca que tenía a su espalda—. Se la conoce como la Roca del León, y aquí visitarán las ruinas de un antiguo palacio, un monasterio, y algunas otras ruinas que son, como dicen por aquí, parada obligatoria. ¿Ven la roca? Pues la cima les está esperando.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a Gabriel, pues, aunque mi inglés y el del guía eran bastante buenos, creía haberlo entendido mal.

—Que vamos a subir hasta la cima —contestó con una sonrisa.

—¿Qué incienso tiene el guía en su casa? Porque subir eso debe ser una tortura.

—Es un ascenso complicado, pero seguro que puedes —me hizo un guiño y lo vi alejarse un poco, al igual que otros huéspedes de nuestro hotel, y comprobé que iba a comprar agua.

Yo miré de nuevo la roca, esa que tenía delante, y por Dios que debía ser una broma eso de que íbamos a subir dando un paseíto hasta la cima, ni que me hubiera preparado yo para llegar a la cima del Annapurna o el Everest, y esto fuera a ser coser y cantar.

Héctor había estado haciendo algunas fotos, y antes de que tuviéramos que subir la roca, hice lo mismo, incluso me tiré un selfi con ella a mi espalda y la subí a las redes diciendo que me iba de paseíto hasta la cima.

Gabriel regresó con varias botellas de agua, seguimos a los guías y comenzamos a subir aquella roca que se iba a convertir en mi peor pesadilla, de eso no tenía la menor duda.

Al menos durante el ascenso, que a mí me llevaba un poquito asfixiada, pudimos hacer varias paradas y aprovechar para beber agua.

—Tengo que ir más al gimnasio —dije, casi con la lengua fuera—. Bueno, tengo que ir directamente, porque no estoy ni apuntada.

Héctor y Gabriel se rieron a carcajadas, incluso se atrevieron a darme un pellizco en la mejilla. Había que joderse con estos dos.

—Venga, ánimo preciosa, que la bajada es más fácil —me dijo Gabriel.

—Y si me bajas a caballito, ¿cómo lo ves? —dejé caer con descaro mientras volvíamos a emprender camino hacia lo alto de la jodida roca.

—¿Qué me das a cambio?

—Te invito a cenar esta noche.

—Paquete con todo incluido, ¿recuerdas?

—Vaya por Dios —volteé los ojos y él sonrió.

En la siguiente parada contemplamos las *Damas de Sigiriya*, unos frescos pintados en una cueva en los que se mostraban varias mujeres semidesnudas, rincón que el guía nos dijo que era uno de los más famosos del lugar.

Y cuando al fin coronamos la cima, a punto estuve de arrodillarme y besar el suelo, pero no lo hice, me limité a posar para una foto con ambos brazos extendidos y aquellas vistas del impresionante follaje verde a mis pies.

Nos quedamos allí unos minutos para recobrar el aliento, cosa que agradecí, y me bebí una botella de agua antes de hacer el camino de regreso.

Sin duda aquel ascenso había sido el más duro de toda mi vida, y podía asegurar que en otra como esa no me veían a mí.

Nos llevaron a un puesto ambulante donde compramos té y unos snacks para picar.

Se trataba de *Uluu Vadai*, unas rosquillas saladas hechas con masa de harina de lentejas y un relleno picante de verduras como chile, cebolla, curry o jengibre.

A pesar de que nos cercioramos de que el picante era ligeramente suave, yo podía acabar echando fuego por la boca. Jesusito de mi vida, cómo picaban las jodidas rosquillas.

5

Regresamos a los autobuses y fuimos a la siguiente parada de ese día, el Buda de Aukana.

Una gran estatua de Buda de algo más de doce metros de altura que cuando la vi, me dejó completamente impactada.

Era impresionante de ver y te hacía sentir tan pequeña, como una hormiga junto a nuestros pies.

Aquella majestuosa escultura estaba tallada en una roca de granito y se podía ver, de una manera perfecta, como se ceñía el manto al cuerpo de Buda.

—Hay una leyenda sobre este Buda —dijo el guía—. Se dice que surgió tras la competición entre un maestro y su discípulo para ver quién de los dos hacía la mejor talla de Buda.

Sonreí al escucharlo porque si era cierto, sentía curiosidad por saber quién de los dos había ganado. Pero quizás no importaba, puesto que tener aquella enorme y majestuosa talla mejor esculpida del mundo delante de la vista, era impresionante.

—Quiero una foto —dije levantando el móvil delante de los chicos, con mi mejor sonrisa, y fue Gabriel quien lo cogió—. Saca el Buda, que este va para mis redes.

Él sonrió y supe que no solo iba a hacer una buena foto, sino que me iba a encantar.

Y no me equivoqué, Gabriel hizo varias tomas, incluso una a modo de retrato desde media altura mía de tal modo que se veía el Buda de fondo.

—¿Tú eres fotógrafo además de cirujano? —reí.

—No, solo me gusta, es un hobby.

—Pues a mi mejor amigo le encanta la foto que me tomaste ayer, dice que se ve muy profesional, y él entiende, que se dedica a la fotografía —sonreí.

—¿A ti te gustan las fotos que te hago? —me preguntó, muy cerca de mí, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Sí, son muy bonitas —sonreí, y noté que me sonrojaba.

—Tú sí que eres bonita —dijo, y me quedé a cuadros.

Tras la visita al Buda de Aukana, nos llevaron a comer a uno de los bares de la zona, donde pedimos *kukul mas curry*, un curry de pollo que también tenía picante, pero al pedirlo con menos picante nos lo sirvieron, gracias a Dios, o yo acabaría siendo la próxima madre de dragones de Juego de Tronos.

El *kukul* llevaba cardamomo, chili, curry, clavo, hinojo, lima y leche de coco, acompañado de arroz y roti, el pan típico en Sri Lanka.

Agradecí de nuevo el poder comer algo dulce como era el yogur con fruta troceada, y tras tomarnos un café regresamos a los autobuses y pusimos rumbo de vuelta al hotel.

Aquella noche sí fuimos a tomar una copa después de cenar, además de que bailamos algunas canciones que iban sonando en el bar de la piscina, todas ellas salsa o bachata, y es que el camarero que estaba esa noche era español.

Después de un par de horas disfrutando de la brisa marina, las tumbonas y unas cuantas risas por las locuras de Héctor, nos despedimos como las dos noches anteriores, en la puerta de mi habitación.

o

Al día siguiente salíamos para ir a pasar unos días fuera del hotel en uno de los pueblos de la isla, algo que Julia, la chica del hotel con la que Alba había estado hablando, le dijo que querían incluir en el viaje puesto que era uno de los lugares más bonitos de Sri Lanka para visitar.

El *kukul* llevaba cardamomo, chili, curry, clavo, hinojo, lima y leche de coco, acompañado de arroz y roti, el pan típico en Sri Lanka.

Agradecí de nuevo el poder comer algo dulce como era el yogur con fruta troceada, y tras tomarnos un café regresamos a los autobuses y pusimos rumbo de vuelta al hotel.

Aquella noche sí fuimos a tomar una copa después de cenar, además de que bailamos algunas canciones que iban sonando en el bar de la piscina, todas ellas salsa o bachata, y es que el camarero que estaba esa noche era español.

Después de un par de horas disfrutando de la brisa marina, las tumbonas y unas cuantas risas por las locuras de Héctor, nos despedimos como las dos noches anteriores, en la puerta de mi habitación.

Al día siguiente salíamos para ir a pasar unos días fuera del hotel en uno de los pueblos de la isla, algo que Julia, la chica del hotel con la que Alba había estado hablando, le dijo que querían incluir en el viaje puesto que era uno de los lugares más bonitos de Sri Lanka para visitar.

Capítulo 10



Éramos varios huéspedes del hotel los que habíamos reservado una visita a Ella, uno de los pueblos más bonitos de la isla, a tres horas en coche del hotel en el que nos alojábamos, por lo que nos llevaban en un autobús hasta el hotel concertado con el nuestro, donde nos recogerían cuatro días después.

Durante el camino aproveché para dormir un poco, pues la noche anterior me había acostado tarde, y para hablar con mi hermana.

Le estaban encantando las fotos que subía de mi viaje y me comentó que había visto que Nico reaccionó en algunas de ellas, cosa que yo no me había dado cuenta.

—¿Y cómo están papá y mamá? —le pregunté, dejando el tema de mi ex a un lado, pues no quería hablar de él y que me estropeará el viaje tan bonito que estaba teniendo.

—Preparando sus vacaciones de verano. ¿Sabes dónde han decidido irse?

—¿Dónde?

—No te lo vas a creer.

—Miedo me da —reí.

—A pasar frío a Noruega, que quieren ver los fiordos, dicen.

—Bueno, es verano, no creo que haga mucho frío.

—Tania, por Dios, que se podían ir al Caribe. Pero vamos, ya sé de dónde te viene a ti la rareza por los viajes.

—Oye, que te querías haber venido conmigo.

—No quisiste llevarme, te lo recuerdo por si se te había olvidado. Pero dime, ¿qué hay de ese chico de la foto? Es

muy mono.

—Sí que lo es, pero te aseguro que vamos a acabar siendo buenos amigos, como nos pasa con Raúl.

En ese momento mi hermana empezó a toser, sabía que acababa de dar un sorbo a una bebida, lo que no entendía era por qué reaccionaba así.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, se me fue por mal sitio. Entonces, con ese chico, ¿nada?

—No.

—¿Y con el hermano?

—Otro buen amigo —sonreí, pero noté que me sonrojaba, por suerte mi hermana no podía verlo.

—Pues deberías liarte con alguno, que eso es lo que está haciendo Nico. La otra noche lo vimos con una chica, y se le veía que iba a acabar en la cama con ella. Qué manera de comerle la boca.

—Que haga lo que quiera por eso me dejó.

—Ya, ya, pero...

—Estamos llegando a Ella —dijo el guía.

—Cariño, tengo que dejarte que estamos llegando al pueblo donde vamos a estar unos días.

—Vale, pásalo bien y haz muchas fotos, y sube alguna más con ese chico que seguro que Nico estará rabiando. O con el hermano, que con ese no has subido ninguna. Que vea qué tú también experimentas con otros hombres.

—Adiós, hermanita —dije riendo.

—Adiós, te quiero.

—Y yo.

Colgué justo cuando entrábamos en el pueblo, un lugar pequeño, pero precioso rodeado de campos de té.

Bajamos del autobús y tras coger nuestras maletas, el guía nos llevó hasta la recepción del hotel donde nos entregaron las llaves de las habitaciones, se despidió de todos nosotros hasta que él y el conductor del autobús

regresaran a recogernos.

Tuve la suerte de que la mía estaba contigua a la de Héctor y Gabriel, así que nos despediríamos cada noche en ese mismo pasillo.

Entramos a dejar las cosas y nos encontramos en la recepción diez minutos después para salir a conocer el pueblo.

Eran casi las dos por lo que decidimos comer primero y después perdernos en un paseo por las montañas.

Echamos un vistazo a los platos y pedimos varios para compartir que aún no habíamos probado.

Como entrante nos decantamos por un plato de *pakora*, que era un buñuelo relleno de espinacas, tomate o berenjena, con cebolla, curry y otras especias picantes, lo pedimos variado para probarlos todos, pero con poco picante.

La *pennywort salad*, que era como una ensalada mixta para nosotros, hizo las delicias de nuestros paladares después de tanto picante. Llevaba diferentes tipos de brotes verdes típicos de Sri Lanka muy picados, cebolla y coco rallado.

Y como plato final, el *lamprais*, una mezcla de verduras, pasta de gambas, curry, arroz y carne, servido en una hoja de plátano al vapor que estaba buenísimo.

—Chicos, he visto crepes con chocolate —dije al ver pasar al camarero con un plato en la mano, y cogí la carta— Yo me voy a pedir esto de postre —señalé donde ponía, en inglés también, roti con chocolate y plátano.

El roti ya sabíamos que era el pan típico de allí, y parecían crepes, por lo que me iba a tomar un par de ellos y les iba a tirar una foto para subir a mis redes.

Que vieran que hasta en el pueblecito más recóndito de Sri Lanka se podía disfrutar de unas crepes.

Héctor y Gabriel se partían de risa cuando el camarero me trajo mi postre y yo me relamí los labios a conciencia. Vaya, que me iba a poner las botas.

—Por favor, está buenísimo —dije tras el primer bocado.

—¿Podemos probarlo? —preguntó Héctor.

—¿Y por qué no os habéis pedido vosotros?

—Por si no estaba bueno —se encogió de hombros.

—Qué morro tienes. Vigila tus pies no vaya a pasarte sin querer con la rueda de mi maleta por encima.

—Eso ya sería con premeditación y alevosía, no sin querer —arqueó la ceja.

—Llámallo como quieras —me llevé otro bocado a la boca, y hasta gemí.

—Hermano, que no nos va a dejar probarlo —le dijo a Gabriel, que me miraba sonriendo.

Suspiré, corté un trocito y le di a Héctor, y después a Gabriel. Este último se lo llevó a la boca sin apartar los ojos de los míos, y tragué con fuerza al verlo pasarse la lengua por los labios.

—Sí que está bueno, sí —Gabriel seguía mirándome y noté que me ardían las mejillas, por lo que aparté la mirada y seguí comiendo aquel postre que habíamos acompañado con unos cafés.

Después de comer fuimos hacia el *Little Adam's Peak*, un paseo de cinco kilómetros entre hermosas plantaciones de té hasta llegar a la cima.

—Desde luego, en el folleto del viaje puedo poner que no se preocupen si comen en exceso, porque con las caminatas y las subidas, lo queman rápido —suspiré.

—Toma —Gabriel sonrió y me dio una botellita de agua.

—¿Cuándo la has comprado? —pregunté con el ceño fruncido.

—Antes de salir del bar.

—Cómo me mimáis —sonreí, antes de darle un sorbo.

—A mi chica que no le falte de nada —hizo un guiño de esos que, si mi hermana lo viera, diría que era porque estaba ligando conmigo. Por mi bien esperaba que no fuera el caso.

Aquel paseo costaba porque hacía un poco de calor, menos mal que me había puesto la gorra nada más salir del bar, pero debía reconocer que era un recorrido precioso.

Durante todo el camino se apreciaba el aroma de las plantaciones de té y se disfrutaba de esos verdes campos que nos rodeaban.

El punto fuerte, tras dos horas de camino, fue llegar a la cima de *Little Adam's Peak*, donde teníamos unas preciosas vistas del pueblo de Ella.

Hice varias fotos panorámicas, me tiré selfis e incluso algunos con ellos, con los dos y con ambos por separado, y no dudé en subirlas a mis redes con un texto.

“En los lugares más recónditos, se pueden encontrar las personas más maravillosas”

Etiqueté a ambos y cuando les saltó la notificación, sonrieron y Héctor no tardó en darle like y comentar, poniendo que yo era lo más bonito de todo Sri Lanka.

Decidimos que al día siguiente visitaríamos algunos enclaves que podíamos ver desde allí y, tras un breve descanso y bebernos una botella de agua cada uno, regresamos al pueblo y fuimos directos a cenar en el bar donde habíamos comido, que estaba cerca del hotel.

Agua, una ensalada y unas brochetas de carne sin muchas especias ni picante, un café y volvimos al hotel.

1

Nos despedimos en la puerta de mi habitación con un par de besos, esos en los que Gabriel se tomó más tiempo del que se podría considerar normal, y cuando se apartó, me miró con una sonrisa en los labios.

—Descansa, pequeña —dijo acariciándome la mejilla.

Entré en la habitación y respiré hondo, mala idea, puesto que el olor del perfume de Gabriel seguía ahí, rodeándome.

Suspire, me fui desnudando de camino al cuarto de baño y, tras una ducha rápida, me puse el pijama de pantalón corto y camiseta de tirante fino y me metí en la cama, pensando en la mirada que Gabriel me había dedicado esa noche.

“En los lugares más recónditos, se pueden encontrar las personas más maravillosas”

Etiqueté a ambos y cuando les saltó la notificación, sonrieron y Héctor no tardó en darle like y comentar, poniendo que yo era lo más bonito de todo Sri Lanka.

Decidimos que al día siguiente visitaríamos algunos enclaves que podíamos ver desde allí y, tras un breve descanso y bebernos una botella de agua cada uno, regresamos al pueblo y fuimos directos a cenar en el bar donde habíamos comido, que estaba cerca del hotel.

Agua, una ensalada y unas brochetas de carne sin muchas especias ni picante, un café y volvimos al hotel.

Nos despedimos en la puerta de mi habitación con un par de besos, esos en los que Gabriel se tomó más tiempo del que se podría considerar normal, y cuando se apartó, me miró con una sonrisa en los labios.

—Descansa, pequeña —dijo acariciándome la mejilla.

Entré en la habitación y respiré hondo, mala idea, puesto que el olor del perfume de Gabriel seguía ahí, rodeándome.

Suspire, me fui desnudando de camino al cuarto de baño y, tras una ducha rápida, me puse el pijama de pantalón corto y camiseta de tirante fino y me metí en la cama, pensando en la mirada que Gabriel me había dedicado esa noche.

Capítulo 11



Con un par de golpecitos en mi puerta, los chicos me hicieron saber que era hora de salir.

Abrí y me recibieron con sus amplias y seductoras sonrisas, y un par de besos.

—¿Lista para una nueva excursión? —preguntó Héctor, pasándome el brazo por los hombros cuando comenzamos a ir hacia la recepción.

—Sí, pero antes un café o no soy persona —reí.

—Lo que la señorita desee.

Gabriel iba mirando el móvil con el ceño fruncido, escribió algo y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Llegamos a la cafetería del hotel y nos servimos un buen desayuno, el día anterior desde *Little Adam's Peak* intuí que la visita turística de hoy sería de esas en las que necesitaríamos mucha energía, yo al menos, que esos dos se veía que se cuidaban en el gimnasio.

Café, roti, fruta, huevos, zumo, y esas crepes que pedí con chocolate y plátano, que se iban a convertir en una de mis perdiciones en aquel lugar.

Dejamos el hotel y fuimos hacia el centro del pueblo para alquilar un tuk tuk que nos llevara a nuestra primera parada, *Rawana Falls*, la cascada más grande de Ella.

El conductor nos dijo que estaríamos allí en diez minutos, por lo que aprovechamos ese breve paseo en hacernos algunas fotos, esas que Héctor no dudó en subir a sus redes.

—Mi ex ha comentado una foto contigo —me dijo enseñándome el móvil, donde leí que ella decía que qué pronto la había olvidado.

—O sea, te deja ella y te recrimina —reí.

—Es que esa mujer es capaz de hacerle creer que la culpa de que hayan roto, es suya —comentó Gabriel.

—Que rabie todo lo que quiera, estoy de vacaciones. Luego subimos más fotos —me hizo un guiño y me tuve que reír aún más, ese hombre era único.

Justo diez minutos después llegamos a la zona de la cascada, estaba al lado de la carretera, pero aquellas vistas eran impresionantes.

Rawana Falls tenía treinta metros de altura y el conductor del tuk tuk, que nos estaba haciendo de guía, dijo que en época de lluvias el agua bajaba por ella con muchísima potencia.

—Según la mitología hinduista —comenzó a decir aquel joven conductor que no debía tener más de veintitrés años—, Rawana es el rey de los demonios y se le da ese nombre a la cascada por la fuerza de su caída. Se puede subir hasta arriba.

s

—¿Sí? —preguntó Héctor.

—Sí, tienen una buena vista de Ella.

—Pues vamos. ¿Nos esperas aquí para llevarnos después hasta el pueblo?

—Claro —contestó con una sonrisa.

Esa gente vivía del turismo más que de los locales, por lo que hacer una carrera un día como hoy, para ellos era ganarse una gran parte del sustento que llevar a casa.

—¿De verdad me vais a hacer subir hasta ahí arriba? —protesté— En qué hora te pasé con la rueda de mi maleta por encima.

—Eso era como un tanque, reconócelo, preciosa —rio Héctor—. Venga, a la vuelta te bajo a caballito.

—Mira que como te coja la palabra...

Héctor se echó a reír y comenzó a caminar hacia la subida a la cascada, lo seguí con Gabriel pisándome los talones, y emprendimos el camino hasta la cima de *Rawana Falls*.

)

—De este viaje bien podrían convalidarme un año de preparación para ascender el Everest, porque me lo estoy ganando a pulso —dije, causando una sonora carcajada en los chicos.

Yo me estaba quedando casi sin aliento, pero debía reconocer que las vistas desde esa altura, eran preciosas, no

quería ni imaginarme cómo serían al llegar a lo más alto de la cascada.

Gabriel se situó a mi lado y me sobresalté al notar su mano entrelazándose con la mía, lo miré y sonrió con un guiño.

—Este tramo es un poco más difícil —dijo, y asentí.

Notaba mi corazón latiendo con fuerza en el pecho, así como el rubor comenzando a formarse en mis mejillas.

Volví a mirar hacia el frente y continuamos con el ascenso hasta llegar al punto más alto de la cascada, desde donde tal como había dicho nuestro guía improvisado, las vistas eran una auténtica pasada.

Nos hicimos varias fotos y subí una que me hizo Gabriel con los brazos extendidos, los ojos cerrados y mirando hacia el cielo disfrutando de ese momento de conexión con la naturaleza que había quedado preciosa.

“No hay mejor lugar que aquel en el que quieres estar, ni mejor momento como en el que te encuentras”

Acompañé la foto con ese texto y me hice un par de fotos con los chicos tomando las vistas de Ella como fondo.

Tras aquel descanso regresamos hasta el inicio del camino de subida a la cima de la cascada, y volvimos al centro del pueblo en el tuk tuk mientras el conductor nos decía que no podíamos dejar pasar la oportunidad de visitar *Ella Rock*.

—Lo teníamos en mente, ¿se puede ir en tuk tuk? —pregunté.

—No, hasta allí se llega caminando, señorita —contestó—. El camino hacia allí se hace a través de las vías del tren.

—¿Qué? Entonces no vamos, que eso no lo sabía —dije.

—No se preocupe, aunque pasan los trenes, van despacio y no corren peligro alguno. Mi hermana de diez años ha hecho ese camino varias veces y nunca le pasó nada.

—Porque ya se lo conoce, seguro que a mí me arrolla un tren y hacen tortilla de Tania la española.

El chico se echó a reír, y tanto Héctor como Gabriel, me alentaban a hacer ese camino.

No dejaban de decirme que estaban conmigo y no me iba a pasar nada, pero, ¿y si pasaba?

Que no quería darle yo un disgusto a mi familia.

—Pero antes de ir, mejor coman algo, porque es una caminata de unas cuatro o cinco horas —nos informó.

En ese momento Héctor me miró con disimulo mientras silbaba, yo no hacía más que negar con la cabeza, que no, que no iba a hacer ese viajecito hasta lo más alto de *Ella Rock*, él decía que se ofrecía a subirme a caballo y me eché a reír.

Aquello sí que sería para vernos, caminando conmigo a cuestas sobre su espalda por entre las vías del tren, todo muy seguro.

Al final, después de esos diez minutos de trayecto de vuelta al centro del pueblo, ese par de hermanos acabaron convenciéndome.

—Y venga subir y subir a los puntos más altos, que voy a sacar unas piernas en este viaje, que ni los corredores de maratones —resoplé.

Gabriel pagó a nuestro guía particular y le dio una buena propinilla por haberse quedado esperando hasta que ascendimos y descendimos *Rawana Falls*, el chico se fue de lo más contento deseándonos un buen día y que disfrutáramos del resto de nuestro viaje.

Decidimos comer algo ligero dado que iba a ser una larga caminata la que teníamos por delante, así que nos decantamos por una ensalada, las ya conocidas *samosas* y la *pakora*. Compramos varias botellas de agua para el camino y nos dirigimos a nuestra próxima aventura.

El conductor del tuk tuk no mentía, íbamos caminando literalmente por las vías del tren y, cuando pasaba uno, aunque lo hacía despacio, lo teníamos tan cerca que la gente que iba dentro se asomaba a las ventanas para saludarnos.

Cuando dejamos las vías del tren seguimos por el camino por senderos a través de la montaña, y supimos que íbamos en la dirección correcta dado que, por delante de nosotros, había otros turistas, así como gente del pueblo, yendo hacia *Ella Rock*.

Hicimos algunas breves paradas de cinco minutos para beber un poco de agua, los chicos se preocupaban de cómo estaba en todo momento, incluso Héctor seguía ofreciéndose a llevarme hasta la cima a caballo.

Tras la última parada salté sobre él, que se echó a reír, y le pedí a Gabriel que nos hiciera una foto.

La pensaba subir a mis redes con una frase que sabía le iba a arrancar más de una carcajada a Héctor, pero también a mi hermana y a Raúl, pues me conocían bien.

Llegamos a la cima poco después y las vistas eran una auténtica maravilla.

Hice un vídeo para enseñarle a mi familia y tiré algunas fotos panorámicas para incluir en el folleto, aquel viaje sin duda haría las delicias de los más aventureros.

Tras un descanso de quince minutos sentados allí, respirando el aire puro de lo más alto de aquel pequeño y encantador pueblo, retomamos el camino hacia el centro.

Escuchamos a algunos turistas decir que al día siguiente cogerían un tren para ir hasta Nuwara Eliya, donde tenían previsto visitar una fábrica de té.

—Suenan bien, ¿no? —dije mientras hacíamos el camino de vuelta— Digo, ir sentados un ratito en el tren...

Los dos se echaron a reír, y Gabriel le preguntó a ese grupo de amigos por el viaje del que hablaban. Les dijeron que podíamos coger los billetes en la estación de Ella, que el tren salía a las siete y media de la mañana y llegaba a destino tres horas después, y la vuelta ese mismo día podíamos cogerla a las seis de la tarde.

Nada más llegar al centro de Ella, fuimos hacia la estación de tren siguiendo las indicaciones de aquel grupo y compramos tres billetes de ida y vuelta para el día siguiente hasta Nuwara Eliya.

Cenamos algo rápido pues eran poco más de las once de la noche cuando llegamos de la visita a conocer *Ella Rock*, y quedamos en vernos en la recepción del hotel para desayunar en la cafetería a las seis de la mañana.

De nuevo esa noche Gabriel se despidió de mí en la puerta de mi habitación con un beso, esta vez demasiado cerca de la comisura de mis labios, y sentí un escalofrío.

Entré en la habitación, me di una ducha rápida, dejé preparada la ropa para el día siguiente y me metí en la cama. Estaba tan agotada que caía rendida a Morfeo.

Hice un vídeo para enseñarle a mi familia y tiré algunas fotos panorámicas para incluir en el folleto, aquel viaje sin duda haría las delicias de los más aventureros.

Tras un descanso de quince minutos sentados allí, respirando el aire puro de lo más alto de aquel pequeño y encantador pueblo, retomamos el camino hacia el centro.

Escuchamos a algunos turistas decir que al día siguiente cogerían un tren para ir hasta Nuwara Eliya, donde tenían previsto visitar una fábrica de té.

—Suena bien, ¿no? —dije mientras hacíamos el camino de vuelta— Digo, ir sentados un ratito en el tren...

Los dos se echaron a reír, y Gabriel le preguntó a ese grupo de amigos por el viaje del que hablaban. Les dijeron que podíamos coger los billetes en la estación de Ella, que el tren salía a las siete y media de la mañana y llegaba a destino tres horas después, y la vuelta ese mismo día podíamos cogerla a las seis de la tarde.

Nada más llegar al centro de Ella, fuimos hacia la estación de tren siguiendo las indicaciones de aquel grupo y compramos tres billetes de ida y vuelta para el día siguiente hasta Nuwara Eliya.

Cenamos algo rápido pues eran poco más de las once de la noche cuando llegamos de la visita a conocer *Ella Rock*, y quedamos en vernos en la recepción del hotel para desayunar en la cafetería a las seis de la mañana.

De nuevo esa noche Gabriel se despidió de mí en la puerta de mi habitación con un beso, esta vez demasiado cerca de la comisura de mis labios, y sentí un escalofrío.

Entré en la habitación, me di una ducha rápida, dejé preparada la ropa para el día siguiente y me metí en la cama. Estaba tan agotada que caía rendida a Morfeo.

Capítulo 12



A las seis en punto estaba en la recepción, donde los chicos me recibieron con esa sonrisa que los caracterizaba, y Héctor con un abrazo de lo más fraternal.

No, ese hombre no tenía ni un solo gesto sexual hacia mí.

Tomamos el desayuno mientras me contaban que habían hablado con la chica de recepción para ver qué podíamos visitar en Nuwara Eliya, y se habían hecho con una lista de cada rincón al que iríamos desde que llegáramos a las diez y media, hasta que tuviéramos que coger el tren de regreso a las seis.

Fuimos hacia la estación y apenas unos minutos después de llegar, entró nuestro tren, ese que nos llevaría desde Ella a Nuwara Eliya, las conocidas como *Tierras Altas* de Sri Lanka.

Subimos y nos sentamos dispuestos a pasar aquellas tres horas disfrutando del que decían era uno de los trayectos en tren más bonitos del mundo.

Y no, no mentían al hacer tal afirmación, pues parte del recorrido en tren desde Ella hasta Nuwara Eliya se hacía entre campos de té donde se veía a la gente recolectándolo.

Aproveché el trayecto para revisar las fotos que había estado haciendo y creé una carpeta específica para el folleto de la agencia.

Cuando Alba viera aquellas fotos le iban a dar ganas de hacer el viaje, no tenía la menor duda al respecto.

Me di cuenta que en más de una ocasión Gabriel se me quedaba mirando, cosa que me ponía nerviosa, y es que no sabía bien qué tenía ese hombre, pero me imponía, y mucho.

Héctor nos dijo los lugares que veríamos y fue organizándolos para verlos por orden, dedicando a cada sitio un tiempo específico para que nos diera tiempo a todo.

Cuando al fin llegamos a Nuwara Eliya, lo primero que hicimos fue parar en un puesto que había junto a la estación a comer algo rápido y tomarnos un café, que el desayuno del hotel no sabíamos bien dónde estaría ya.

El pueblo resultó ser una única calle alargada que atravesaba Nuwara Eliya de principio a fin, pequeño, pero con mucho encanto y muchas tiendas y comercios.

—Empecemos la excursión —dijo Héctor con la lista que había apuntado en el móvil—. Nuestra primera parada, dama y caballero, es *Victoria Park*.

Y hacia allí fuimos, dispuestos a disfrutar del que decían estaba galardonado como uno de los mejores parques urbanos del sur de Asia.

Pagamos la entrada que nos pedían y nos adentramos en aquel precioso y majestuoso lugar.

Sus caminos y senderos entre árboles y un césped de lo más cuidado en el que además podías ver varias fuentes de agua que invitaban a hacerte una foto, te llevaban como a otro lugar fuera de Sri Lanka.

Estuvimos cerca de una hora recorriendo el parque y haciendo fotos, y cuando salimos fuimos hacia el *Central Market*, que no era otra cosa que el mercado del pueblo donde compramos algo de fruta para tomar durante el paseo.

Nos dirigimos a la estación de autobuses y nos perdimos entre las galerías con pequeñas tiendas que había en ellas, comprando recuerdos de los que debía reconocer me enamoré a primera vista.

Justo en frente teníamos la oficina de correos, un lugar sin duda de lo más turístico dado su estilo colonial construido por los británicos, donde lo más llamativo del edificio era su preciosa torre con reloj.

Allí mismo estaba la estatua de Buda de Nuwara Eliya, donde cientos de turistas posaban para hacerse fotos con ella de fondo o la immortalizaban a ella sola para el recuerdo.

Nosotros tres hicimos ambas cosas.

—Parada para comer, chicos —dijo Héctor tras la sesión de fotos, y fuimos hacia uno de los bares que encontramos por allí.

Nos decantamos por unos *noodles* con gambas, pollo y verduras que estaban buenísimos, y de segundo *biryani*, un plato típico de Sri Lanka, así como de la India, a base de arroz basmati, con verduras y pollo aderezado con salsa de yogur y especias.

—¿En serio subiste la foto con esa frase? —dijo Héctor al ver la que nos habíamos hecho mientras me tenía subida a su espalda.

—Sí —sonreí.

—Cuando encuentras a la persona con tu mismo punto de locura, no tiene precio —leyó, y Gabriel se echó a reír.

—Desde luego ha dado en el clavo, hermano —dijo Gabriel.

—Genial, ahora resulta que estoy loco de psiquiátrico —resopló.

—No, no, yo no he dicho eso. Solo constataba que tienes el mismo tornillo suelto que yo.

—Ah, bueno, si solo es eso... —Volteó los ojos— ¿Tu hermana se llama Carolina?

—Ajá.

e

—Buen comentario ha hecho —carraspeó—. *“Dicen que los locos tienden a encontrarse. Que viva la locura, hermana”*.

—Razón no le falta —me encogí de hombros—. Todo en la vida pasa por algo, y si lo piensas, nosotros estamos aquí por el mismo motivo.

—Os plantaron antes de la boda —comentó Gabriel, y asentí.

—Nos topamos primero en el aeropuerto.

—Corrijo —Héctor me señaló con el dedo—. Atentaste contra mi pie en el aeropuerto.

—Madre mía, no me lo va a perdonar en la vida —le dije a Gabriel.

—Es un poquito rencoroso.

—Estoy aquí, por si os habíais olvidado —volteó los ojos.

Tras unas risas y probar el *kiribath* de postre, que era arroz con leche de coco, pero con la consistencia de una tarta, que estaba buenísimo, continuamos con la visita a Nuwara Eliya.

1

Nuestra siguiente parada era en *Gregory Lake*, algo alejado del centro, pero aquella caminata nos sentó bien para rebajar la comida, y es que a los tres nos gustaba eso de probar la gastronomía allá donde fuéramos.

El lago era considerado uno de los lugares más bonitos que ver en Nuwara Lake, por lo que no íbamos a dejar pasar la ocasión.

Aquel lugar era precioso, como de cuento, con un encanto que invitaba a sentarte tranquilamente y relajarse, como

hacía la gente del pueblo, a quienes vimos no solo disfrutando de la paz que se percibía estando allí sentados, sino que mucho de ellos estaban haciendo un picnic y otros, actividades acuáticas que, por mucho que Héctor insistiera a base de hacer pucheros para que probáramos alguna, me negué rotundamente.

Si había que subir hasta alcanzar las nubes con la yema de los dedos, por muy agotador que fuera, lo haría, pero todo lo que tuviera que ver con la posibilidad de caerme al agua y pasar el resto del día con la ropa empapada, no iba a arriesgarme.

Y como broche final para un día de lo más completo e increíble, fuimos a visitar una de las fábricas de té que había en Nuwara Eliya.

Nos adentramos en ella tras ser recibidos por algunos de los responsables, y un guía de la fábrica nos hizo un recorrido completo por el lugar.

Conocimos de primera mano esas plantaciones de verdes campos donde cultivaban el té, ese conocido en Sri Lanka como *oro negro*, y pudimos ver a las famosas mujeres del té, mujeres que se encargaban de recolectar las hojas verdes del té, ya que, al tener las manos mucho más finas que las del hombre, les permitían recoger las hojas más finas de la planta que se encontraban por encima de las otras y eran las máspreciadas.

Sonreían a nuestro paso, les decíamos lo admirable que era el trabajo que hacían y me sorprendió que llevaran un enorme saco que colgaba de su cabeza donde iban dejando las hojas del té.

Pedí permiso a una de ellas para acercarme y coger un poco aquel saco, y si en mis manos parecía pesado no quería imaginar en la cabeza.

—Puede probar si quiere, señorita —me dijo el guía de la fábrica.

—¿De verdad? —pregunté y, cuando asintió, acepté el reto.

En serio, no sabía cómo aquellas mujeres tenían ese aguante para soportar el peso de un saco lleno de hojas de té en su cabeza, yo solo lo tuve un par de minutos y creí que el dolor de cabeza sería terrible.

—Me declaro fan vuestra, de verdad, sois admirables. ¿Podría tomaros una foto? Es para un folleto de la agencia de viajes y, poner que se puede visitar la fábrica, sería un buen reclamo.

Las cuatro mujeres que había recolectando el té sonrieron al mismo tiempo que asentían, posaron para la foto con la mejor de sus sonrisas, Gabriel me hizo una con ellas y cuando regresaron a su labor, tomé otra con ellas de espaldas a mí, inmortalizando el momento de trabajo.

La visita fue una pasada, y tras conocer las plantaciones nos llevaron a ver el proceso de producción y todo sobre la cultura y las tradiciones del té.

Me fui empapando de todo lo que podía para después anotarlo en el móvil y tener ese material que incluir en el folleto.

Compramos algunas cajitas de té y regresamos a la estación de té para coger el tren de vuelta a Ella, donde llegaríamos justo para cenar, ducharnos y meternos en la cama a descansar.

En cuando nos acomodamos en el tren, Gabriel, que se había sentado a mi lado en esa ocasión para permitirme estirar las piernas en el asiento frente al mío, llevó la mano a mi rodilla, casi en el muslo, dejándome tan pillada que evité mirarlo, me centré en mi móvil y en guardar muchas de las fotos de ese día en la carpeta para el folleto de la agencia.

Cuando noté que me acariciaba con la yema de los dedos sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo, solo esperaba que él no lo notara.

Guardé el móvil en el bolso, me apoyé en la ventana contemplando el paisaje, y entre lo relajante que era ver aquellas zonas montañosas verdes y llenas de vida, y el leve traqueteo del tren, acabé quedándome dormida sintiendo las suaves caricias de Gabriel en la pierna.

Me fui empapando de todo lo que podía para después anotarlo en el móvil y tener ese material que incluir en el folleto.

Compramos algunas cajitas de té y regresamos a la estación de té para coger el tren de vuelta a Ella, donde llegaríamos justo para cenar, ducharnos y meternos en la cama a descansar.

En cuando nos acomodamos en el tren, Gabriel, que se había sentado a mi lado en esa ocasión para permitirme estirar las piernas en el asiento frente al mío, llevó la mano a mi rodilla, casi en el muslo, dejándome tan pillada que evité mirarlo, me centré en mi móvil y en guardar muchas de las fotos de ese día en la carpeta para el folleto de la agencia.

Cuando noté que me acariciaba con la yema de los dedos sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo, solo esperaba que él no lo notara.

Guardé el móvil en el bolso, me apoyé en la ventana contemplando el paisaje, y entre lo relajante que era ver aquellas zonas montañosas verdes y llenas de vida, y el leve traqueteo del tren, acabé quedándome dormida sintiendo las suaves caricias de Gabriel en la pierna.

Capítulo 13



De las tres horas en tren de vuelta a Ella, había pasado dos durmiendo, algo que me sentó de maravilla pues entre el madrugón y las caminatas, estaba agotada.

—¿Cenamos en el bar del hotel? —preguntó Gabriel.

—Sí, así, en cuanto acabemos subimos a darnos una ducha —contesté.

—¿Los tres juntos? No sé si vamos a caber en ese reducido espacio, preciosa —dijo Héctor—. Igual dos, sí, pero los tres... —hizo un chasquido con la lengua— Lo veo complicado.

—Pero, ¿qué dices? Cada uno en su habitación, hombre de Dios —reí.

—Ya decía yo que te veía muy lanzada.

Gabriel sonrió, pero no dijo nada.

Entramos en el hotel y fuimos directos al restaurante, yo me pedí una ensalada y ellos unas brochetas de carne con arroz.

—Y mañana volvemos a playa Mirissa —dijo Héctor tras dar un bocado.

—Sí, pero nos recogen a las cinco, si no recuerdo mal —contesté.

—Eso nos deja unas horas para visitar algo antes de comer.

—Habrá que preguntar a alguien dónde podemos ir y que no sea demasiado complicado llegar —comentó Gabriel.

En ese momento se acercó la chica que servía las mesas para dejarnos otra botella de agua, y aproveché para preguntar qué nos recomendaba ver esa última mañana en Ella.

Sonrió y lo tuvo claro, el Buda de Buduruwagala.

Nos dijo cómo llegar hasta él y los chicos se quedaron con el camino a seguir, ella dijo que era un lugar al que todo el que visitaba el pueblo de Ella, debía ir.

Pedí un yogur con frutas para el postre y eso me supo a gloria, no sabía que pudiera apetecerme tanto dulce, pero claro, con la cantidad de especias y picante que les ponían a las comidas, era normal que el cuerpo pidiera azúcar.

Tras la cena, cuando nos levantamos para ir a las habitaciones, Gabriel me cogió de la mano. Miré hacia abajo y juntas se veían tan bien, era raro, no iba a mentir, pero se veía muy bien.

Eché un vistazo hacia arriba y me encontré con sus bonitos ojos azules, sonrió y me hizo un guiño.

No sabía qué estaba pasando en ese momento, pero no quería soltarlo y aquello, sí que era raro.

Gabriel era un hombre guapo, un poco serio, pero con su punto divertido, atento y tenía algo que me gustaba.

Llegamos al pasillo de nuestras habitaciones, Héctor me dio las buenas noches desde su puerta y cuando nos quedamos solos, Gabriel hizo lo que menos me esperaba en ese momento.

Se colocó frente a mí, sin soltarme de la mano, y mientras me miraba fijamente sostuvo mi barbilla con su mano libre al mismo tiempo que se inclinaba.

—Perdóname Tania —dijo.

—¿Por qué? —susurré.

¹ —Porque voy a besarte.

Y lo hizo. Posó sus labios en los míos en un roce tan suave y delicado, que bien podría ser producto de mi imaginación, pero no lo era.

Gabriel me estaba besando en ese momento, separando mis labios cuidadosamente con el pulgar para que le diera acceso a su lengua al interior de mi boca.

Ese beso hizo que me olvidara del lugar en el que estábamos y de que apenas conocía a ese hombre de unos pocos días.

Cuando se apartó tras aquel beso que me dejó casi sin aliento, sentí que me temblaba todo el cuerpo.

—Buenas noches, pequeña —dijo antes de alejarse y lo vi entrar en su habitación.

Entré en la mía y sin salir del shock por aquel momento, me di una ducha, preparé la ropa del día siguiente y guardé el resto de mis pertenencias en la maleta.

Me metí en la cama dispuesta a descansar pues estaba agotada, solo que el beso que me había dado Gabriel, me impidió conciliar el sueño durante horas.

Y para cuando desperté esa última mañana en Ella, seguía pensando en él y en su beso.

Bajé a la recepción donde ya me esperaban los dos para desayunar allí mismo, en el hotel, y cuando me saludaron Gabriel lo hizo con un beso en la comisura de mis labios.

Lo miré con toda la timidez que en ese momento sentí, sonrió y me llevó de la mano hasta el restaurante.

Si a Héctor aquello le parecía raro o extraño, no dijo nada al respecto.

Después del desayuno fuimos hacia el centro de Ella para coger un tuk tuk y que nos llevara a ver el Buda de Buduruwagala, con la suerte de que vimos al chico que nos llevó hasta *Rawana Falls*.

Se alegró de vernos y preguntó cómo nos estaba yendo el viaje, al decirle que aquella era nuestra última mañana en Ella, dijo que esperaba que hubiéramos disfrutado del pueblo.

—Mucho, cada rincón que hemos visto ha sido maravilloso —le aseguré.

Durante el camino nos fue hablando de algunas cosas que no habíamos podido ver, como la cascada de Diyaluma o el pequeño pueblo tamil de Ballaketuwa.

Anoté cosas de interés de ambos lugares y pensé en que estaría bien mencionarlos en el folleto.

Cuando llegamos a nuestra última parada de visita obligatoria en Ella, nos acompañó hacia el interior para contarnos un poco sobre el lugar.

Tras recorrer un corto sendero rodeado de árboles, apareció antes nosotros una roca de gran tamaño con siete estatuas finamente talladas en ella, y la del gran Buda en el centro.

; —Este buda, con más de mil años de antigüedad y dieciséis metros de altura, es uno de los más altos de Sri Lanka —nos dijo.

El modo en el que estaba tallado en la piedra era increíble, cómo se fusionaba con ella, y estar allí, en ese lugar donde reinaba un silencio y una paz que no tenían precio, era impresionante.

Tras algunas fotos y una breve estancia allí, sentados frente al buda en posición de meditación, con los ojos cerrados y dejando que el silencio nos acompañase, regresamos al tuk tuk para poner camino de vuelta a Ella.

De nuevo los chicos pagaron al conductor, les dieron una generosa propina, y fuimos a comer *samosas* y *lamprais* a uno de los bares del centro, donde tomamos café e hicimos un poco de tiempo antes de regresar al hotel por nuestras cosas.

A las seis estaba el autobús en la puerta del hotel esperando cuando bajamos de la habitación, subimos y Gabriel se sentó a mi lado.

Al igual que había hecho la tarde anterior en el tren de vuelta desde Newark Eliya, dejó la mano en mi rodilla y comenzó a acariciar el interior del muslo despacio.

Cuando lo miré sonrió y se encogió de hombros, sin duda alguna no iba a dejar de hacerlo. Eché un vistazo hacia atrás, donde estaba sentado Héctor, y lo vi con el móvil en la mano, ajeno a lo que su hermano hacía a solo unos pocos metros de él.

Acabé por acomodarme en el asiento y, como pasó el día anterior en el tren, me quedé dormida.

Tras algunas fotos y una breve estancia allí, sentados frente al buda en posición de meditación, con los ojos cerrados y dejando que el silencio nos acompañase, regresamos al tuk tuk para poner camino de vuelta a Ella.

De nuevo los chicos pagaron al conductor, les dieron una generosa propina, y fuimos a comer *samosas* y *lamprais* a uno de los bares del centro, donde tomamos café e hicimos un poco de tiempo antes de regresar al hotel por nuestras cosas.

A las seis estaba el autobús en la puerta del hotel esperando cuando bajamos de la habitación, subimos y Gabriel se sentó a mi lado.

Al igual que había hecho la tarde anterior en el tren de vuelta desde Newark Eliya, dejó la mano en mi rodilla y comenzó a acariciar el interior del muslo despacio.

Cuando lo miré sonrió y se encogió de hombros, sin duda alguna no iba a dejar de hacerlo. Eché un vistazo hacia atrás, donde estaba sentado Héctor, y lo vi con el móvil en la mano, ajeno a lo que su hermano hacía a solo unos pocos metros de él.

Acabé por acomodarme en el asiento y, como pasó el día anterior en el tren, me quedé dormida.

Capítulo 14



En cuanto llegamos al hotel fuimos directos a las habitaciones para darnos una ducha y cambiarnos de ropa, quedamos en vernos en el restaurante para cenar los tres.

Me recogí el pelo en un moño deshecho, me maquillé un poco, escogí un vestido blanco fresquito y la chaqueta para evitar picaduras de mosquitos, las cuñas, y estaba lista para salir.

—Tania —me giré al entrar en restaurante y escuchar a Mireia—. ¿Qué tal está yendo el viaje? —preguntó con una sonrisa tras un abrazo.

—Genial, cada rincón que veo, hace que me enamore más de este país.

—Me alegra escuchar eso. ¿Cenas con nosotros?

—Oh, gracias, pero ya tengo compañía —sonreí mirando hacia la mesa en la que me esperaban Gabriel y Héctor.

—Vaya, muy guapos. ¿Quién está interesado en ti?

—¿Qué? No, no, ninguno. Al de la camisa azul lo plantaron antes de la boda, igual que a mí. El rubio es su hermano mayor, que lo acompaña en este viaje.

—Sabía que le interesabas al rubio —dijo con una sonrisa de lo más pícaro—. No te ha quitado ojo desde que has entrado. No te entretengo más, que disfrutes de la noche.

Se alejó hacia la mesa donde estaba su familia y yo fui junto a los chicos, que me recibieron con un par de besos. Gabriel dejó la mano sobre mi cadera mientras sus labios se quedaban más tiempo del permitido en las comisuras de mis labios.

—Somos la envidia del hotel, hermano —dijo Héctor cuando nos sentamos—. Estamos con la mujer más guapa esta noche.

—Eso qué quiere decir, ¿que las demás veces no he estado guapa? —Arqueé la ceja.

—No, no, tú siempre lo estás, pero hoy mucho más.

—Ah, vale —reí.

Fuimos hacia la zona de comida y nos servimos del buffet cada uno en una bandeja. Esa noche me apetecían las brochetas de pollo con arroz y curry, y como entrante cogí una ensalada.

Regresamos a la mesa y disfrutamos de la cena mientras me preguntaban qué excursiones tenía para los dos días que me quedaban en la isla.

Ellos tenían las mismas y también regresaban el día que yo lo hacía.

—Al final lo de que atentaras contra mi pie, ha sido hasta algo bueno —dijo Héctor mientras terminábamos de cenar.

—¿Eso quiere decir que no me vas a demandar por aplastarte los dedos? —pregunté.

—No le hiciste nada, tiene los dedos perfectamente —contestó Gabriel.

—Ahora, pero en el momento sentí que me los había aplastado por completo.

—Ni caso —me reí al ver a Gabriel voltear los ojos.

—Lo que quiero decir, es que después de este viaje, podemos quedar para tomar algo por Madrid.

—Eso está hecho —sonreí.

—Venga, vamos a brindar —Héctor levantó su copa y tanto Gabriel como yo, lo seguimos—. Porque este sea el comienzo de una gran amistad.

Chocamos las copas de vino y dimos un sorbo.

Seguimos cenando como ya era habitual entre los tres, riendo por cualquier tontería y charlando, y esa noche vi que Gabriel estaba mucho más pendiente de mí en todo momento.

Me miraba cada vez que creía que no me daba cuenta y, aun cuando yo lo miraba a él y le hacía saber que lo había pillado, no apartaba la mirada y me dedicaba una sonrisa de medio lado que emanaba peligro.

Tras la cena decidimos ir a tomar una copa a la zona de la piscina, la noche invitaba a ello y como había dormido en el viaje desde Ella, no estaba tan cansada como pensaba.

Pedí un cóctel con poco alcohol y los chicos un par de gin tonics.

El camarero que atendía la barra esa noche era español, y tenía puesta música de lo más latina.

Entre salsa y bachata nos tomamos las dos primeras copas y fuimos a por la tercera.

Nos habíamos acomodado en una mesa con dos tumbonas y mientras Gabriel fue por las bebidas, Héctor me hizo quitarme las cuñas y me cogió por la cintura para bailar una de las bachatas que sonaba en ese momento.

—Qué bien baila usted, doctor —dije entre risas.

—Me defiendo —sonrió—. El bailarín de los dos es Gabriel. El muy jodido parece que haya nacido en Cuba o en la República Dominicana, por cómo se mueve.

—No puedo juzgar, aún no lo he visto.

—Pues eso tiene fácil solución.

En cuanto Gabriel llegó con las bebidas y las dejó en la mesa, Héctor me llevó hacia su hermano y le entregó mi mano.

—Tu turno de baile, hermano —le dijo.

—Me siento como una moneda, pasando de mano en mano —reí.

—Qué moneda ni moneda, un tesoro es lo que tú eres, preciosa —Héctor me hizo un guiño y se sentó una de las tumbonas.

En ese momento empezó a sonar *Calm Down*, la canción de Rema, y Gabriel me rodeó por la cintura con una mano haciéndome girar para pegar mi espalda a su pecho.

Separó mis piernas ligeramente con la rodilla y la colocó entre ellas. Comenzó a moverse despacio, guiando el movimiento de mis caderas con su otra mano, aferrándose a ella.

El ritmo de la música, el significado de la letra, y el modo en el que ese hombre se movía a mi espalda, me estaba poniendo no solo nerviosa, sino que sentía algo más a lo que no quería poner nombre.

Gabriel era al menos veinticinco centímetros más alto que yo, y encima estaba descalza en la arena, por lo que debía permanecer inclinado y podía sentir el calor de su aliento en mi cuello.

Cuando fueron sus labios lo que noté en esa zona tan sensible, tragué con fuerza porque los nervios iban en aumento.

La mano que tenía en mi cadera abandonó su posición y cogió mi mano, llevándola hacia su cuello y allí, rodeándole, dejó mi brazo.

Deslizó el dorso de sus dedos por mi costado en una lenta caricia hasta llegar a mi vientre, donde se encontró con la mano que nunca había abandonado ese lugar.

Seguía moviéndonos al ritmo de la música y yo cada vez notaba más nervios y calor, mucho calor a pesar de estar al aire libre.

Gabriel dejó un breve beso en mi cuello, lo miré por encima del hombro y cuando nuestros ojos se encontraron, parecían decir lo mismo.

Se acercó un poco más a mí y, al segundo siguiente tenía sus labios sobre los míos en un beso que, debía admitir, sí esperaba que llegase en ese momento.

No se detuvo mientras me besaba, sino que me hizo girar entre sus brazos y siguió meciéndose en ese baile sensual que nos tenía como en otra dimensión.

Todo, absolutamente todo lo que nos rodeaba en ese momento desapareció para mí. Dejé de escuchar hasta la música y tan solo podía oír el latido de mi corazón desbocado dentro del pecho.

Hasta que una voz conocida me hizo aterrizar de nuevo en la tierra, provocando que Gabriel y yo, nos separásemos y empezásemos a reír.

—Por el amor de Dios, iros a un hotel —dijo Héctor—. Ah, no, que ya estáis en uno. Pues venga a la habitación, parejita, que aquí al final vais a echar a arder las palmeras.

Gabriel y yo nos miramos mientras sonreíamos aún por lo que acababa de soltar su hermano por la boca, me acarició la mejilla con la frente pegada a la mía y habló.

—No voy a negar que te deseo ahora mismo, Tania, pero si no estás preparada, lo entenderé.

ⁿ Tragué de nuevo con fuerza para pasar el nudo en la garganta y pensé en lo que me había dicho mi hermana.

Que me dejara llevar, que hiciera lo mismo que iba a hacer mi ex, que viviera experiencias nuevas con otros hombres antes de encontrar al indicado.

Me puse de puntillas y tras darle un breve beso en los labios, respiré hondo antes de poder hablar, a pesar de los

nervios que estaba sintiendo.

—Vamos a mi habitación.

nervios que estaba sintiendo.

—Vamos a mi habitación.

Capítulo 15



En el momento en el que entramos en la habitación, Gabriel se pegó a mi espalda y comenzó a besarme el cuello y mordisquearme el lóbulo de la oreja.

Tenía las manos en mi cintura y me llevaba hacia la cama, deteniéndose frente a ella y haciéndome girar.

Se apoderó de mis labios en un beso casi salvaje, con urgencia, como si aquella fuera la última que pudiera pasar con una mujer.

Llevó la mano a mi espalda y comenzó a desabrochar la cremallera del vestido, deslizó ambos tirantes despacio por mis brazos, bajándolo poco a poco, y cuando la tela estaba prácticamente alrededor de mi cintura, la dejó caer en una masa olvidada a mis pies.

Se apartó y me sonrojé, me sentía intimidada allí, medio desnuda ante él, y acabé cubriéndome con los brazos.

—No hagas eso, pequeña —susurró cogiéndome las manos—. Nunca te cubras ante mí. Eres perfecta —se inclinó y comenzó a besarme en los labios mientras me desabrochaba el sujetador para quitarlo también.

Sentí esa leve brisa que solía notarse cuando los pechos eran liberados de ese confinamiento, y los pezones comenzaron a ponerse ligeramente erectos.

Gabriel comenzó a dejar un camino de breves y suaves besos hasta mi cuello, sentí sus manos albergando ambos pechos en ellas y los masajeó despacio para después jugar con los pulgares sobre los pezones, esos que no tardó en pellizcar para luego tirar de ellos y arrancarme un gemido.

Siguió con suaves besos hacia mi torso, bajando lentamente hasta hacerse con uno de los pezones en la boca.

Lamió y mordisqueó aquel pequeño botón erecto y tiró de él, consiguiendo que volviera a gemir.

Me miraba fijamente mientras lo hacía y eso me excitaba más, porque veía en sus ojos que él estaba disfrutando con aquello que me hacía sentir.

Llevó ambas manos a la cintura de mi tanga, cogió la tela con dos dedos y mientras se iba arrodillando delante de mí, lo bajó hasta quitármelo.

Deslizó la yema de los dedos subiendo por mis piernas, me acercó a él sosteniéndome por las caderas y dejó un beso en mi bajo vientre.

—Separa las piernas, pequeña —susurró, y lo hice.

Lo vi abrir los labios y acercarse despacio, estaba a la altura perfecta para lo que intuí que iba a hacer, y no me equivoqué.

Dio una rápida lamida con la lengua en mi sexo y sentí una punzada de deseo en el clítoris.

No tardó en volver a hacer lo mismo, esta vez un poco más despacio, y después otra vez, y cuando me escuchó gemir tras esa última lamida, llevó una de las manos entre mis piernas y deslizó el dedo por mis pliegues.

Volví a gemir al sentir tocarme de ese modo, deslizando esta vez dos dedos sobre mi excitado clítoris, haciendo que la humedad aumentara y me excitara aún más.

Cuando me penetró con los dedos y dio un leve tirón con ellos hacia él, como si de un gancho se tratara, grité presa de ese placer que me estaba haciendo sentir.

Siguió penetrándome al mismo tiempo que con el pulgar hacía tortuosos y excitantes círculos sobre mi clítoris, es que notaba palpitante e hinchado.

Sumó la punta de su lengua al momento y tuve que agarrarme a sus hombros porque sentía las piernas laxas, en cualquier momento podrían fallarme y acabaría desmadejada en el suelo.

Mis gritos fueron en aumento a la par con sus dedos y su lengua, y cuando sentí que iba a estallar con un grito salvaje al correrme, acabé clavando un poco los dedos en sus hombros.

—Gabriel... —gemí y no hizo falta que le dijera nada, él parecía saber lo que iba a ocurrir.

Llevaba sus dedos dentro y fuera de mi sexo mucho más rápido, lamía con ansia mi clítoris, y cuando consiguió que liberara el clímax, no se detuvo. Continuó lamiendo todo mi sexo sin piedad mientras mis gritos resonaban uno tras otro en aquella habitación.

Se incorporó y en apenas unos segundos se deshizo de su propia ropa, dejándome sin palabras ante aquel cuerpo perfectamente cincelado y esculpido, como si de la obra de un maestro escultor se tratara.

Llevé las manos a su torso, lo toqué despacio y sentí el calor que emanaba de él. Lo recorrí con la mirada y de manera inconsciente me lamí los labios, mordisqueando el de abajo, ese que Gabriel tocó con el pulgar y cuando lo miré se inclinó para besarme.

Quise devolverle al menos una ínfima parte del placer que él me había dado y deslicé la mano por su cuerpo hasta envolver con ella su miembro erecto, ese duro y que me recibió con un leve respingo al notar el tacto de mis dedo alrededor.

Gimió levemente en mi boca mientras seguía acariciándolo, moviendo mi mano alrededor de su masculinidad despacio, desde la punta hasta la base y viceversa, sintiendo el modo en el que aquello parecía gustarle, pues con cada breve respingo que notaba en mi mano, me lo decía.

En un movimiento rápido retiró mi mano de su miembro, me alzó en brazos por la cintura y me recostó en la cama colocándose entre mis piernas.

Se inclinó y comenzó a besarme el cuello mientras tocaba de nuevo mi sexo completamente húmedo y excitado, bajó hasta mis pechos y lamí y mordisqueó ambos pezones, haciéndome gritar mientras arqueaba la espalda y me agarraba a la sábana.

Chillé de puro placer cuando me penetró con los dedos y escuché lo que me pareció un leve gruñido salir de lo más hondo de su pecho.

Volvió a besarme mientras seguía penetrándome con los dedos y me agarré a sus anchos hombros con fuerza, esperando no clavarle las uñas.

Me llevó de nuevo al orgasmo y cuando liberé toda esa tensión que se había acumulado por segunda vez en mi cuerpo, se apartó para mirarme fijamente y noté su erección rozándose con mi vagina.

Comenzó a moverse despacio, haciendo fricción con su miembro sobre mi sexo y prolongando el éxtasis de ese segundo orgasmo que acababa de tener.

Poco a poco empezó a penetrarme, mirándome a los ojos y dejándome ver en los suyos ese deseo que los cubría, así como el placer que le provocaba la conexión entre nuestros cuerpos.

Gemí acogiéndolo en mi interior, llevé ambas manos a su espalda, la acaricié de arriba abajo despacio, mientras él volvía a besarme y cuando quedamos completamente unidos por nuestros sexos, gemí en su boca y clavé los dedos en la carne de sus costados.

Gabriel comenzó a moverse mucho más rápido y fuerte, llegando tan adentro como podía puesto que aquel hombre era algo más grande de lo que me pudiera haber imaginado.

Me rodeó con un brazo por la cintura mientras me penetraba y yo seguía gimiendo en su boca.

Sus besos eran excitantes, sus caricias me llevaban a otro nivel muy diferente al que conocía, y el modo en el que me penetraba, como si quisiera hacerme saber que era suya por el resto de la noche, me excitaba aún más.

Se detuvo y tras retirarse me hizo colocarme de costado, se situó a mi espalda, levantó mi pierna ligeramente flexionada por la parte de la rodilla, y volvió a penetrarme desde atrás en esa posición.

Tenía el otro brazo por encima de mi cabeza y me cogió de la mano.

El sexo entre dos personas era algo muy íntimo, pero cuando además se cogían de las manos, la conexión podía ser mucho mayor.

a

En ese momento de debilidad te entregabas a la otra persona en todos los sentidos, sin reservas ni miedos.

Gabriel me besaba y mordisqueaba el cuello mientras seguía penetrándome con fuerza y yo gritaba cada vez más.

e

Lo miré por encima del hombro y no tardó en apoderarse de mis labios en un beso rudo y salvaje, incluso me dio algún que otro leve mordisco en el labio inferior que me hizo gemir mientras una punzada de deseo y placer hacía palpar mi clítoris.

Llevó la mano del brazo con el que me sostenía la pierna hacia el clítoris y comenzó a hacer fricción con el pulgar en él, lo pellizcaba alternadamente y a mí me llevaba al borde de esa locura placentera por la que estaba segura que podría llegar a desmayarme.

Sentí de nuevo el orgasmo creciendo en mi interior, apreté la mano de Gabriel y él me devolvió el gesto, sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

Comenzó a moverse mucho más rápido y fuerte, llenándome por completo, haciendo que el sonido de nuestros cuerpos chocando llenara la habitación.

Rompió el beso y apoyó su frente en la mía, se movió más y más deprisa, y acabamos los dos gritando al liberar nuestro clímax.

l Cuando todo acabó, y aún unidos por nuestros sexos, permanecimos abrazados en la cama recobrando el aliento.

Podía asegurar sin miedo a equivocarme, que de entre todas las experiencias sexuales que había tenido a lo largo de los años desde que perdí la virginidad, aquella había sido la más intensa, la más excitante y la más placentera que todas las anteriores.

Capítulo 16



Cuando sentí que empezaba a despertarme, cogí aire y lo fui soltando poco a poco mientras abría los ojos. Hasta que lo vi ahí frente a mí y casi me da un infarto.

—¡Joder, qué susto! —dije incorporándome.

—Sabía que el guapo era Héctor, pero no que yo fuera motivo para asustar a una mujer por la mañana.

—No, bobo, que no esperaba que estuvieras aquí.

—¿Y dónde iba a estar? —Arqueó la ceja.

—Eh... ¿en tu habitación? —respondí porque era evidente.

—¿En serio pensabas que me iba a ir en mitad de la noche mientras dormías?

—Sí —murmuré un tanto avergonzada.

—Pequeña, no me conoces en absoluto —dijo al tiempo que me rodeaba por la cintura y me atraía hacia él.

Sus labios se posaron en los míos en un dulce y tierno beso, que pasó a ser un poco más urgente y necesitado, al tiempo que sentí una mano entre mis piernas.

Me tocó el clítoris y poco a poco fue llevándome a ese punto de excitación en el que la humedad comenzaba a ser parte del juego.

Gemí, Gabriel me mordisqueó el labio y fue bajando con besos por todo mi cuerpo hasta alcanzar su objetivo.

Comenzó a lamerme el clítoris al tiempo que me penetraba con el dedo, y apenas unos minutos después me tenía gritando presa del orgasmo.

Salió de la cama, me cogió en brazos y fue hasta el cuarto de baño. Abrió el grifo de la ducha y esperó a que estuviera a la temperatura adecuada para dejarme en el suelo y meterse conmigo.

Cuando lo vi coger el bote de gel fruncí el ceño, ¿es que pensaba limitarse a eso nada más? Que él tenía el mástil en alto, como diría Raúl.

Se puso una buena cantidad de gel en la mano, frotó ambas y comenzó a enjabonarme el cuerpo con sumo cuidado y delicadeza.

Empezó a besarme el cuello mientras sus manos cubrían mis pechos y pellizcaba los pezones, se pegó a mi espalda y noté en la parte baja su miembro duro y erecto dando pequeños saltos por la excitación.

Gemí cuando, tras bajar las manos por mi vientre, llevó ambas a mi sexo y comenzó a frotar el clítoris con sus dedos. Se movía detrás de mí, rozando la erección entre mis nalgas, y eso me estaba encendiendo mucho más.

Cogí el gel y decidí enjabonarlo a él, así que acabamos los dos llevándonos a un estado casi febril con aquellas caricias por todo el cuerpo.

Tras quitarnos el gel, Gabriel me besó antes de hacerme girar de nuevo, apoyar mis manos en la pared y elevarme mis caderas.

Fue así como penetró, con fuerza y de una sola embestida, mientras el agua amortiguaba el sonido de sus jadeos y mis gritos.

Nos corrimos poco después al unísono, me rodeó por la cintura besándome el cuello mientras recobrábamos el aliento, y volvió a ponerse un poco de gel en la mano para limpiarme entre las piernas.

Nunca había compartido un momento de ducha de Nico, y mucho menos había imaginado a mi ex lavándose el pelo como estaba haciendo Gabriel.

Lo hacía con mimo, masajeando la cabeza mientras dejaba suaves besos en mi cuello.

En cuanto acabó conmigo se lavó el pelo en un par de minutos y salimos de la ducha para envolvernos en la toalla y secarnos.

Regresamos a la habitación y escuchamos un par de golpes en la puerta.

—Servicio de tintorería —anunció Héctor desde el pasillo, y acabamos los dos riéndonos.

—Gracias, hermano —dijo Gabriel tras abrir la puerta llevando únicamente la toalla colgando en sus caderas.

—¿La habitación sigue intacta? ¿Tendremos que pagar penalización por haberla echado a arder?

—Mira que eres tonto —reí.

—Ey, no me dirás que esto es normal —se apoyó en el marco de la puerta, y yo a pesar de estar en toalla, no sentía demasiada vergüenza, Héctor para mí era como Raúl, un amigo más—. Me aplastas a mí los dedos, y el que acababa contigo es mi hermano. Es que es un viaje de lo más triste —volteó los ojos.

—Bueno, tu hermano movió ficha primero.

—Eh, eh, eh, que el primero en bailar contigo anoche, y demostrarte mis dotes, fui yo.

—Pero él me besó la noche anterior.

—¿Disculpa? —Héctor abrió los ojos y miró de uno a otro como el juez de silla en un partido de tenis— ¿Y no me lo dijiste? Hermano, ¿qué ha sido de nuestra confianza y la camaradería? Me acabas de partir el corazón.

—Lo siento —dijo Gabriel encogiéndose de hombros—, y ahora, si nos disculpas, vamos a vestimos. Te vemos en la cafetería.

—Encima me echa de una habitación que no es suya. Tania, di algo.

—Estoy en toalla y quiero vestirme —reí.

—Genial, un poco de sexo y te pones de su lado. Me voy dolido —fingió llorar, y volví a reír.

Héctor era un encanto además de un loco adorable, como Raúl.

Nos vestimos y salimos de mi habitación cogidos de la mano, tal como fuimos todo el camino hasta la cafetería, donde vimos a Héctor esperándonos con su desayuno en la mesa.

Al ir a la zona de comida a llenar nuestras bandejas, vi a Mireia que no dudó en sonreír mientras elevaba ambas cejas en un claro signo de quien deseaba decir el famoso: “te lo dije”.

Nos sentamos a la mesa y tomamos aquel desayuno que nos supo a gloria a todos, y cuando terminamos fuimos hacia la entrada del hotel donde esperaban dos autobuses para llevarnos a nuestra próxima excursión.

Tras un camino en el que hice algunas fotos y donde Gabriel me fue acariciando la pierna como en los dos trayectos anteriores, llegamos a las Cuevas de Dambulla.

Aquellas ochenta cuevas estaban declaradas Patrimonio de la Humanidad, y no era de extrañar, pues eran una de

las imágenes para la vista más espirituales de Sri Lanka.

A pesar de que solo se podían visitar cinco de las ochenta cuevas, eso no era impedimento para disfrutar de cada una de ellas.

• Todas diferentes, preciosas y espectaculares, donde además de unos impresionantes frescos, se encontraban diversas esculturas que hacían de aquello uno de los lugares más impresionantes que podían visitarse en todo el mundo.

Hice varias fotos para el folleto de la agencia y otras tantas que me tiré con los chicos, o que ellos me hicieron a mí, más Gabriel que Héctor, que ese parecía querer llevarse un book de fotos más de recuerdo de aquel país.

Tras la visita nos llevaron a comer a un bar cercano donde pedimos otros platos típicos que aún no habíamos probado.

e

Para empezar, nos decantamos por el *dhal curry*, un curry de lentejas con cebolla, tomate, comino, chile y curry en salsa de coco.

Como todos los platos de la gastronomía del lugar, era de sabor muy intenso y también tenía picante. Por suerte pudimos pedir que no le pusieran mucho.

De segundo pedimos *kottu*, un plato hecho mezclando diferentes verduras con carne o pescado, nosotros escogimos el de carne, con huevo y trozos de roti, el pan típico ceilandés. La mezcla la preparaban en una plancha hasta conseguir una textura de la apariencia de una hamburguesa, y como no podía ser de otra manera, era un plato muy especiado.

Y para postre acompañando el té, pedimos *coconut roti*, que no era otra cosa que unas tortitas hechas del pan típico mezcladas con coco rallado y azúcar, una delicia para el paladar después de tanto picante y especias.

Al acabar de comer nos permitieron dar un paseo por la zona y entrar en las tiendas, donde compré más inciensos y figuras de las que me enamoré a primera vista.

Nos llevaron de regreso al hotel y decidimos pasar el resto de la tarde entre la piscina y la playa, disfrutando de unos cuantos baños de lo más relajantes, donde, entre Gabriel y yo, no faltaron ni los besos, ni las caricias.

Fuimos a cenar y después a tomar una copa, esa que dio paso a otra, y a otra, y al final de la noche, Gabriel volvió a acompañarme a mi habitación, lugar en el que nos dejamos llevar nuevamente por la pasión y el deseo, por los besos y las caricias y esas ganas que nos habíamos tenido mutuamente durante todo el día.

Capítulo 17



Esa mañana Gabriel no espero a que me despertara, sino que lo hizo él con una suave caricia con la yema de los dedos en mi espalda.

Estaba tan a gusto en ese momento, tan relajada, que no quería abrir los ojos.

Era el último día de mi viaje, también el de Gabriel, y a pesar de que era poco el tiempo que habíamos pasado juntos, si pudiera detenerlo me quedaría en este instante.

Sentí que me estremecía cuando me besó el cuello y poco a poco su mano fue bajando, haciendo que cada centímetro de piel que tocaba se erizara, hasta adentrarse entre mis piernas.

Deslizó el dedo muy despacio entre mis pliegues y comenzó a tocarme de ese modo que solo él parecía saber y que hacía que mi cuerpo reaccionara.

Gemí bajito cuando me penetró poco después y en unos pocos minutos, moviendo mis caderas al compás que él marcaba con la mano, alcancé el clímax.

Gabriel me separó aún más las piernas y noté que se colocaba entre ellas, puso una almohada bajo mi vientre y así con las caderas elevadas, me penetró de una fuerte y ruda embestida que me arrancó un grito ensordecedor.

Notaba su agarre en mis caderas, presionando con los dedos mientras entraba y salía de mi cuerpo sin parar ni reducir la velocidad, lo hacía rápido y con fuerza, alcanzando lo más hondo de mi ser, con la clara intención de hacerme alcanzar un segundo orgasmo.

Se empleó a conciencia y cuando mi cuerpo le hizo saber que estaba cerca de ese final, aumentó aún más el ritmo y alcanzamos juntos el clímax.

Se dejó caer sobre mi cuerpo tembloroso tras aquel nuevo encuentro, mientras los dos nos recuperábamos entre jadeos y bocanadas de aire.

—Buenos días, pequeña —susurró dejándome un beso en el cuello.

—Buenos días.

Se levantó y lo vi ir al cuarto de baño, escuché al agua de la ducha y poco después llamaron a la puerta.

—¿Estáis decentes? —me reí al oír a Héctor en el pasillo.

Tras coger la camisa que Gabriel llevó la noche anterior, me la puse y abrí la puerta dejando que entrara.

—Está en la ducha —dije.

—¿Y no te ha llevado con él? Voy a tener que enseñarle a mi hermano algunas cosas sobre chicas y sexo. Un poco de sexo antes del desayuno es lo mejor —me sonrojé y abrió la boca—. Oh, vale, que sí habéis... Mejor me callo.

El agua de la ducha se cortó y tras unos minutos, Gabriel salió del baño con una toalla colgando de sus caderas, y secándose el pelo con otra.

—Buenos días, hermano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Gabriel.

—Traerte el móvil, que anoche te lo dejaste en la mesa. Lo puse a cargar.

—Gracias, no me había dado cuenta que no lo tenía.

—Sí, bueno. Oye... tienes algunos mensajes que quizás deberías leer.

¡, Gabriel miró a Héctor con el ceño fruncido y él se encogió de hombros. Cuando echó un vistazo al móvil, su ceño fruncido se pronunció un poco más y volvió a mirar a su hermano.

—No he visto nada, solo que te han llegado —dijo Héctor con ambas manos levantadas, y me pareció todo de lo más intrigante, pero no pregunté qué ocurría.

—Voy a darme una ducha, ¿os veo en la cafetería? —pregunté, y ambos asintieron.

Sonreí pasando junto a Gabriel y, antes de que pudiera dar un paso más, me cogió de la muñeca y se inclinó para besarme. Tras ese beso apoyó la frente en la mía y suspiró con los ojos cerrados antes de dejar que me fuera.

Me di una ducha rápida y cuando regresé a la habitación ya se habían ido, así que me vestí deprisa, me recogí el cabello en una coleta alta y salí de la habitación para ir a desayunar con ellos, antes de que nos llevaran a la última excursión del viaje.

Estaba de camino cuando me entró una llamada de mi hermana.

—Buenos días, hermana —saludó de lo más feliz.

—Buenos días.

—Tu último día en el paraíso, ¿eh?

—Sí —suspiré—. Lo voy a echar de menos.

o—No me extraña, con esas fotos que has subido a tus redes, hasta yo tengo ganas de ir.

—Pues cuando preparemos los paquetes en la agencia, te organizo un viaje.

—No me tientes, demonio —rio—. Pero este verano no va a poder ser, estoy echando una mano en el bufete como becaria.

—¿En serio?

—Ajá. Le he dicho a papá que quiero ir aprendiendo cómo desenvolverme en un juicio. De momento me estoy yendo con Joaquín a los casos de lo civil.

—Eso está bien.

—Bueno, hablemos de lo importante... ¿Eres consciente de las miradas que te dedica el rubio cuando os hacéis una foto? Porque, chica, esa tensión sexual vuestra atraviesa la pantalla.

—Hace unos días que nos estamos acostando —confesé, pues aún no se lo había dicho.

—Espera, ¿qué?

—No me hagas repetirlo —sonreí.

—¡Oh, Dios mío! Alabado sea el Señor que ha escuchado mis plegarias, y ha hecho que mi hermana vea que el mundo no acaba con su maldito ex. Necesito detalles, todos, ¿qué tal la experiencia?

—Religiosa —solté una carcajada recordando una vieja canción que aún a veces sonaba en emisoras de radio con música de todos los tiempos.

a

—Uf, eso merece una charla de hermanas en cuanto estés de vuelta e instalada en casa. No, mejor, te recojo en el

aeropuerto y hablamos tranquilamente. Pero dame un adelanto, porfís, dime que ese hombre no solo es guapo, sino que tiene más cerebro que tu ex. Y que es una máquina en la cama.

—Carolina, tienes veinte años, no puedes hablar de así de sucio —reí de nuevo—. Creo que pasas demasiado tiempo con Raúl.

—¿Eh? No, no, yo... Oye, te dejo que tengo que preparar un informe para un juicio de mañana. Te quiero.

—Vale, y yo. Adiós.

Ni siquiera escuchó mi despedida, y era la segunda vez que reaccionaba de un modo extraño al mencionar a Raúl.

Llegué a la cafetería, eché un vistazo hasta localizar a los chicos, y fui a llenar mi bandeja de comida.

Me senté con ellos y desayunamos mientras Héctor planificaba la última noche de los tres juntos en hotel.

,

Quería cenar y que fuéramos a bailar y beber hasta que no pudiéramos más, como si nos encontraba el amanecer en la playa.

Me eché a reír porque ese hombre no podía estar más loco, de verdad que no.

Cuando acabamos nos dirigimos a la entrada del hotel y subimos a uno de los dos autobuses que esperaban para llevarnos a uno de los lugares imprescindibles que visitar en Sri Lanka.

Gabriel parecía un poco distante, o al menos eso me parecía a mí, tal vez fuera por los mensajes que había recibido, esperaba que no fueran malas noticias y que, si se trataba de algo grave, tuviera solución.

Tras un largo trayecto llegamos a Polonnaruwa, un lugar donde nos dijo el guía que sentiríamos que retrocedíamos en el tiempo, y cuando vi aquella maravilla ante mis ojos, tuve que darle la razón.

—La Unesco declaró Patrimonio de la Humanidad este lugar que fue sede de los reyes cingaleses desde el siglo XI hasta el siglo XIII —nos contó el guía.

Polonnaruwa, con una extensión de ciento doce hectáreas, albergaba numerosos monumentos perfectamente conservados.

El estilo arquitectónico sin duda mostraba una gran influencia india, y la mayor parte de los monumentos que podían verse allí eran religiosos, aunque también había algunos edificios civiles muy bien conservados, como era la cámara real, según nos dijo el guía.

Como si la majestuosidad de las esculturas y monumentos que íbamos encontrando en aquel recorrido no fuera

suficiente, Polonnaruwa se encontraba rodeado por un embalse, el *Prakrama Samudra*, un lago artificial que en el siglo XII fue construido por el rey Prarakamabahu.

El recorrido por el lugar, como nos había advertido el guía, duraba varias horas, pero merecía la pena ver y descubrir cada rincón hasta llegar a lo que, sin lugar a dudas, era la joya de la corona, los Budas de Gal Vihara.

Talladas en una roca de granito, fusionadas por completo en ella, Polonnaruwa nos deleitaba con cuatro impresionantes esculturas de Buda.

Las dos primeras representaban a los budas sentados en posición de meditación; el tercero estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, postura que, según nos dijo el guía, representaba la iluminación.

Y el cuarto, el más grande de todos con quince metros de longitud, se encontraba acostado en lo que denominaban la posición de haber llegado al Nirvana.

Al ver aquella gran estatua tumbada, entendía por qué la consideraban la más perfecta y misteriosa de Sri Lanka.

Las fotos para el folleto de la agencia quedaron impresionantes, así como las que me hizo Héctor, pues Gabriel había estado más tiempo al teléfono que con nosotros.

Tras la visita nos llevaron a comer a un bar de la zona antes de regresar al hotel.

Al igual que al venir hasta Polonnaruwa, a la vuelta Gabriel seguía pensativo, distante, y no hice intento de acercamiento a él, por mucho que me hubiera gustado poder cogerle la mano.

Cuando llegamos al hotel fuimos directos al restaurante para cenar, y de ahí al bar de la piscina donde entre copas y bailes, aderezadas con ese punto de locura que solo Héctor sabía poner, se nos fueron pasando las horas.

Al igual que las anteriores noches, Gabriel se quedó en mi habitación y, a diferencia del resto, esa última noche en playa Mirissa, sentí una conexión mucho más fuerte mientras me hacía el amor, pues así lo sentí.

Aquello no se trataba solo de sexo, sino de algo más íntimo.

suficiente, Polonnaruwa se encontraba rodeado por un embalse, el *Prakrama Samudra*, un lago artificial que en el siglo XII fue construido por el rey Prarakamabahu.

El recorrido por el lugar, como nos había advertido el guía, duraba varias horas, pero merecía la pena ver y descubrir cada rincón hasta llegar a lo que, sin lugar a dudas, era la joya de la corona, los Budas de Gal Vihara.

Talladas en una roca de granito, fusionadas por completo en ella, Polonnaruwa nos deleitaba con cuatro impresionantes esculturas de Buda.

Las dos primeras representaban a los budas sentados en posición de meditación; el tercero estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, postura que, según nos dijo el guía, representaba la iluminación.

Y el cuarto, el más grande de todos con quince metros de longitud, se encontraba acostado en lo que denominaban la posición de haber llegado al Nirvana.

Al ver aquella gran estatua tumbada, entendía por qué la consideraban la más perfecta y misteriosa de Sri Lanka.

Las fotos para el folleto de la agencia quedaron impresionantes, así como las que me hizo Héctor, pues Gabriel había estado más tiempo al teléfono que con nosotros.

Tras la visita nos llevaron a comer a un bar de la zona antes de regresar al hotel.

Al igual que al venir hasta Polonnaruwa, a la vuelta Gabriel seguía pensativo, distante, y no hice intento de acercamiento a él, por mucho que me hubiera gustado poder cogerle la mano.

Cuando llegamos al hotel fuimos directos al restaurante para cenar, y de ahí al bar de la piscina donde entre copas y bailes, aderezadas con ese punto de locura que solo Héctor sabía poner, se nos fueron pasando las horas.

Al igual que las anteriores noches, Gabriel se quedó en mi habitación y, a diferencia del resto, esa última noche en playa Mirissa, sentí una conexión mucho más fuerte mientras me hacía el amor, pues así lo sentí.

Aquello no se trataba solo de sexo, sino de algo más íntimo.

Capítulo 18



Cuando desperté, Gabriel ya estaba en la ducha.

Me quedé en la cama mirando por la ventana unos minutos más antes de levantarme, y para ese entonces él aún no había salido.

Desnuda, sin pudor ni vergüenza, fui hacia el cuarto de baño y cuando entré, vi a Gabriel apoyado en la pared, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados dejando que el agua cubriera su cuerpo.

Entré con él y pasé las manos por su vientre, subiendo hacia el torso. Me miró por encima del hombro y sonreí, giró y llevó ambos brazos alrededor de mi cintura, estrechándome entre ellos mientras me besaba.

Me perdí en ese beso, en la ternura y el calor que desprendía, era urgente y necesitado, pero de un modo diferente a los que me había dado hasta ahora.

Apoyó la frente en la mía y permanecimos así, abrazado el uno al otro, durante unos minutos.

Gabriel cogió el bote de gel y me enjabonó, no había ni un solo gesto sexual en ese momento, me lavó el pelo y cuando me quitó toda la espuma volvió a besarme.

Salimos de la ducha y tras vestirse fue a su habitación para preparar el equipaje.

Apenas hablamos y eso hizo que me quedara con un dolor en el pecho que me estaba robando el aire.

Era el último día allí, en unas horas subiríamos en un avión con destino a nuestra vida, esa en la que posiblemente yo no tendría cabida en la suya.

Mientras guardaba mis cosas se me cayeron algunas lágrimas, pues aquello que había pasado entre nosotros ocurrió sin que lo esperara, y lo que más me sorprendía a mí misma era que sentía algo por él, a pesar del poco tiempo que habíamos compartido.

Salí de la habitación tirando de mi maleta con la mochila y el bolso en los hombros, fui hasta la cafetería y allí me encontré con Mireia.

—¿Ya regresas? —preguntó.

—Sí —sonreí—. Abandono el paraíso para volver a mi rutina.

—¿Has disfrutado del viaje?

—Muchísimo.

—Eso es lo importante, cielo —me acarició la mejilla—. Que de este viaje te lleves buenos recuerdos. Estamos en contacto, ¿sí? Cuando vuelva a Madrid me paso por la agencia para hablar con tu jefa y hacemos un artículo sobre este precioso lugar.

Nos despedimos con un abrazo y fui a coger algo para desayunar. Cuando me senté en la mesa con los chicos,
1 Héctor sonrió haciéndome un guiño.

—Se acabó lo bueno —dijo.

—Sí.

—Ey, pero que nosotros tenemos muchas noches pendientes por Madrid —me advirtió.

—No lo dudes —sonreí, y miré a Gabriel por el rabillo del ojo.

Estaba de nuevo como ausente, y eso me mataba.

Después de los días que habíamos compartido, de esos últimos momentos donde el amor y la pasión nos acompañaron durante horas, no entendía que estuviera así conmigo.

Tras el desayuno llegó la hora de irnos, compartimos un coche para ir juntos al aeropuerto y una vez allí, hicimos tiempo tomando un café.

Aún teníamos por delante un vuelo de quince horas y media hasta estar de vuelta en casa, y sabía que ellos tenían sus asientos muy por delante del mío, así que mientras tomábamos ese café, y aprovechando que estaba sentada al lado de Gabriel, me atreví a cogerlo de la mano.

Él me miró, sonrió y fue el primero en dar el paso para ese beso que había necesitado, pero que de algún modo sentí como una despedida.

: Volvió a apoyar su frente en la mía y tenía la sensación de que había algo que le preocupaba, pero no sabía qué.

Cogimos nuestras cosas y fuimos hacia la puerta de embarque, una vez allí esperando me despedí de Héctor con un fuerte abrazo y se me hizo un nudo en la garganta.

—Oye, no llores —me pidió cogiendo mis mejillas entre sus manos—. Que esto solo es un hasta luego, ¿vale? Nos vamos a ver, que te quede claro.

—Vale —dije en apenas un hilo de voz—. ¿Gabriel está bien? —pregunté mientras él estaba mirando el móvil.

—No te preocupes —le quitó importancia con un gesto de la mano y me besó la frente—. Eres una chica genial, Tania, una mujer de esas que todo hombre quisiera tener en su vida. Tu ex no te merecía.

;

—Ni a ti la tuya —sonreí y lo abracé de nuevo.

No pude evitarlo y acabé llorando, aquellos días con esos dos hombres a los que no conocía, habían sido los mejores de mi vida en mucho tiempo.

Gabriel se acercó para embarcar y pasamos los tres tras entregar los billetes a la azafata.

—Aquí nos quedamos nosotros —dijo Héctor al llegar a su fila—. Nos vemos en Madrid, preciosa —me hizo un guiño y asentí.

Miré a Gabriel y se inclinó para besarme, un beso rápido en los labios antes de que continuara hasta mi asiento y pasara todo el vuelo sola.

Antes de poner el móvil en modo avión aproveché para enviarle un mensaje a mi hermana, el vuelo salía a las nueve de la mañana hora local, y llegaría a Madrid a las doce y media de la noche, por lo que le dije que llevara ropa para quedarse a dormir en mi casa, dado que sabía que me iba a hacer un interrogatorio al estilo abogada en un juicio.

Esas primeras horas de vuelo tras el despegue las pasé leyendo y escuchando música, no tenía a nadie en los asientos de al lado así que no iba a mantener una conversación como ocurrió en el vuelo anterior cuando conocí a Mireia.

Mentiría si dijera que no miré en más de una ocasión hacia las primeras filas esperando ver a Gabriel venir hacia mí, pero no vino.

Me pedí una ensalada de pasta y unos filetes de pollo para comer y, tras tomarme el café, me puse los *earpods* y acabé quedándome dormida.

Desperté poco antes de que sirvieran la cena, y seguía sin saber nada de Gabriel.

Estuve tentada de ir a verlos, pero no lo hice. Si el hecho de que no habláramos de qué pasaría entre nosotros después de ese viaje no me hubiera hecho pensar que no habría nada más, esto solo me lo confirmaba.

Fui al cuarto de baño pues llevaba demasiadas horas sentada y necesitaba estirar las piernas, y por qué no decirlo, llorar sin que nadie más pudiera verme.

Me encerré en aquel pequeño cubículo durante cinco minutos y me prometí que esas eran las últimas lágrimas que derramaba por Gabriel, por cualquier hombre en realidad.

Regresé a mi asiento, me puse a escuchar música y pasé el resto del vuelo con los ojos cerrados rememorando aquellos rincones de Sri Lanka en lo que había estado.

Me traía muchas fotos, muchos recuerdos para mí y mi familia, incluso algunas de esas bonitas figuras de Buda que tanto me habían gustado, tendrían su lugar en la agencia.

Cuando aterrizamos cogí mis cosas y fui hacia la salida del avión, Héctor y Gabriel no estaban en sus asientos, así que pensé que se habían ido, era tarde y no sería de extrañar, al igual que yo debían estar agotados del viaje y querrían llegar a casa y dormir.

Salí de la pasarela y los vi allí, esperándome tal como había dicho Héctor, sonreí al verle hacerme un guiño.

—¿Qué tal el vuelo, preciosa?

—Tranquilo, he dormido bastante —me rodeó por los hombros con el brazo.

—Nosotros también, se ve que Sri Lanka nos ha dejado sin fuerzas —sonrió.

—Sí, eso debe ser.

Empezamos a caminar hacia la salida y Gabriel me cogió de la mano, lo miré y se inclinó para besarme.

¿Querría decir eso que sí había una posibilidad para nosotros?

Cuando estábamos cerca de la salida, vi a mi hermana y empezó a agitar la mano, no tardó en gritar mi nombre.

—¡Tania!

—¿Amiga tuya? —preguntó Gabriel.

—Mi hermana, ha venido a recogerme.

—Pensábamos llevarte.

—No hace falta, desde el día que volé a Sri Lanka, ella dijo que me recogería —mentí, pero no quería sentirme vulnerable ante él.

—¡Hermana! —volvió a gritar cuando me tenía a solo unos pocos pasos y corrió hacia mí.

—Hola —recibí su abrazo y sentí que me derrumbaba.

—¿Qué tal el viaje?

—Increíble, de principio a fin.

—Tienes mucho que contarme —susurró antes de apartarse de mí—. Hola, soy Carolina, la hermana favorita de Tania.

—¿Favorita? —Elevé ambas cejas— Mi única hermana.

—Oh, sí, eso también —sonrió encogiéndose de hombros.

—Héctor, y este es mi hermano mayor, Gabriel.

—Importante eso de que es el mayor —rio—. Pero no sois tan mayores, ¿o sí?

—Treinta y cinco y treinta y siete —se señaló a sí mismo y después a Gabriel.

—Buena edad. ¿La habéis cuidado en Sri Lanka? Que es mi única hermana.

—Como a una reina la hemos tenido —contestó Héctor, Gabriel solo sonreía.

—Eso está bien, porque no merece menos. Que su ex fuera un gilipollas...

—Carolina —protesté.

—Vale, vale, no se habla del innombrable. ¿Nos vamos? Tengo el coche en un mal sitio, y no querrás pagar una multa o que me lo quite la grúa —arqueó la ceja.

—Dios —volteé los ojos—. Pensé que ibas a dejarlo en el parking.

—Pensaste mal. Así que vamos. Chicos, ha sido un placer conocerlos —les dio un par de besos a cada uno y me quitó la maleta de la mano—. Venga, despídete de tus chicos.

—¿Queréis una hermana pequeña? Os la regalo.

—Tengo bastante con él —rio Gabriel, señalando a Héctor.

—Y no podría vivir sin mí. Preciosa, me alegro de que mi pie tropezara con la rueda de tu maleta —dijo Héctor abrazándome otra vez—. Nos vemos.

—Cuando quieras —sonreí—. Adiós, Gabriel —dije parada frente a él.

—Adiós, Tania —se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Me quedé esperando otro tipo de beso, pero estaba claro que no iba a llegar.

Asentí y me aparté para irme. Cuando mi hermana me vio la cara, negó pues sabía que estaba a punto de llorar.

Pasó el brazo por mis hombros y así me llevó hasta el coche, donde nada más subir vi a Gabriel y Héctor salir y coger un taxi.

—Tania...

—Vamos a casa, Carolina, es tarde —dije mirando por la ventana, con las lágrimas a punto de salir.

—Vale, pero allí hablamos de lo que acaba de pasar, ¿ok?

Tan solo asentí, y retiré esas lágrimas que ya caían como ríos de lava ardiendo por mis mejillas.

Un adiós, tan solo eso me había dicho. Ni siquiera un “te llamo” o “hablamos”, nada, después de lo que había pasado entre nosotros, de lo que habíamos vivido esos últimos días en Sri Lanka, tan solo dijo adiós.

—Pensaste mal. Así que vamos. Chicos, ha sido un placer conocerlos —les dio un par de besos a cada uno y me quitó la maleta de la mano—. Venga, despídete de tus chicos.

—¿Queréis una hermana pequeña? Os la regalo.

—Tengo bastante con él —rio Gabriel, señalando a Héctor.

—Y no podría vivir sin mí. Preciosa, me alegro de que mi pie tropezara con la rueda de tu maleta —dijo Héctor abrazándome otra vez—. Nos vemos.

—Cuando quieras —sonreí—. Adiós, Gabriel —dije parada frente a él.

—Adiós, Tania —se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Me quedé esperando otro tipo de beso, pero estaba claro que no iba a llegar.

Asentí y me aparté para irme. Cuando mi hermana me vio la cara, negó pues sabía que estaba a punto de llorar.

Pasó el brazo por mis hombros y así me llevó hasta el coche, donde nada más subir vi a Gabriel y Héctor salir y coger un taxi.

—Tania...

—Vamos a casa, Carolina, es tarde —dije mirando por la ventana, con las lágrimas a punto de salir.

—Vale, pero allí hablamos de lo que acaba de pasar, ¿ok?

Tan solo asentí, y retiré esas lágrimas que ya caían como ríos de lava ardiendo por mis mejillas.

Un adiós, tan solo eso me había dicho. Ni siquiera un “te llamo” o “hablamos”, nada, después de lo que había pasado entre nosotros, de lo que habíamos vivido esos últimos días en Sri Lanka, tan solo dijo adiós.

Capítulo 19



A parte de mi maleta, Carolina sacó un par de bolsas de compra del maletero cuando aparcó.

—Después de tantos días fuera, pensé que te vendría bien tener algo para desayunar mañana, al menos.

—Gracias, hermanita —la abracé.

—Vamos, estoy deseando ponerme el pijama.

Subimos a mi piso y nada más cruzar la puerta, las dos hicimos lo mismo, quitarnos las deportivas y suspirar de alivio al notar el suelo frío bajo nuestros pies.

—Mamá odia esto, aun cuando lo hago me dice que voy a pillar una pulmonía —dijo volteando los ojos.

—Mamá y el frío —reí.

—Voy guardando la compra, tú deja la maleta en la habitación y ponte cómoda.

—Tienes claro que la hermana mayor soy yo, ¿verdad? —Arqueeé la ceja.

—Ajá.

Me reí mientras iba a mi habitación, arrastrando la maleta como bien podría estar arrastrando mi alma en ese momento.

Cogí un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes de la cómoda y, tras una ducha rápida para quitarme el agotamiento del vuelo, regresé al salón donde ya estaba Carolina esperándome con un tarro de helado de chocolate y su pijama puesto.

Dio un par de palmaditas en el sofá a su lado y sonreí.

—Helado quita penas —dijo dándome una cuchara grande—. Parece que lo necesitas —se llevó una cucharada a la boca—. ¿Qué ha pasado en el aeropuerto?

—¿No deberíamos irnos a dormir? Tú mañana tienes que ir al bufete.

—No, no tengo que ir. Le dije a papá que iba a buscarte y que pasaríamos la noche hablando de tu viaje, así que, habla.

Suspiré y yo también me llevé una buena cucharada de helado a la boca.

Le conté todo, el modo en el que pareció fluir y surgir eso que había tenido con Gabriel aquella noche mientras bailábamos, y ella dijo que venía de antes por cómo le hablé del modo en el que me miraba.

—Todo estaba bien, pero el día antes de regresar recibió unos mensajes y, desde ese momento, estuvo un poco más distante, pero solo durante el día. Esa última noche no fue solo sexo, Carolina, te juro que sentí que había algo más por su parte también. Y esta mañana, antes de ir al aeropuerto, no sé, fue raro. Creí que tendríamos sexo

—El de despedida —sonrió.

—Sí —reí—, pero no ha sido así. Solo nos abrazamos, me dio un par de besos y ya. Y ese adiós...

—Hombre, yo me esperaba que te cogiera en brazos y te diera uno de esos besos de película que te dejan las piernas temblando. ¿Crees que esos mensajes pueden tener algo que ver?

—No lo sé, Carolina, no sé qué pensar, sinceramente.

Suspiré dejándome caer hacia atrás y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá con los ojos cerrados.

No sabía qué podía haber ocurrido para que esa fuera nuestra despedida, de verdad que no.

—Bueno, habrá que esperar a ver qué pasa.

—Pues qué va a pasar, Carolina, que han sido unos días y ya.

—O no, vamos a esperar. No me seas negativa, por Dios.

—Negativa no, realista. ¿Cuándo me ha salido bien algo en cuestión de hombres? —Arqué la ceja.

—Tengo un palpito, esta vez sí, hermana, esta vez ese es el hombre de tu vida.

—Muy segura te veo.

—Lo estoy —sonrió.

Seguimos comiendo helado en silencio, y la notaba inquieta, como cuando era pequeña y quería pedirme o contarme algo, pero no se atrevía.

—¿Qué te pasa? —pregunté finalmente.

—Nada, ¿por qué?

—Pues porque te has rascado el cuello unas seis veces desde que nos quedamos calladas, por no hablar de que no dejas de mover la pierna. Estás inquieta. ¿Qué quieres pedirme?

—Nada, nada —contestó demasiado rápido para mi gusto.

—Carolina, que nos conocemos.

—Te juro que no sé cómo ha pasado...

—¿El qué?

—Él está tan sorprendido como yo, y no queremos que te enfades.

—¿Quién es él?

—Joder, Tania, pareces papá cantando la de Perales.

—Carolina, deja de irte por las ramas.

—Raúl y yo nos acostamos hace unos días y... hemos repetido. Dos veces más.

—Vosotros, ¿qué?

—Que nos hemos...

—Dios, vale, sí, te he escuchado. Pero, ¿cómo?

—No lo sé —suspiró—. Salimos esa noche, cuando vimos a Nico con aquella chica, y no sé, Tania, entre las copas y los bailes, pues...

—Siempre creí que entre vosotros había una química enorme mientras bailábamos, pero no pensé que llegarais a

ese punto.

—Te aseguro que nosotros tampoco. Empezamos con un beso que creímos que había sido por la conexión en el baile, por ese momento sensual, y puede que sí que fuera eso, pero acabamos en su casa y... Lo siento —agachó la mirada.

—¿Por qué lo sientes? —pregunté acariciándole la espalda.

—Es tu mejor amigo, siempre lo había visto como alguien de la familia, pero, ahora...

—Ahora no puedes dejar de pensar en otra cosa que no sea besarlo —sonreí.

—Debes pensar que estoy loca, y no es para menos. ¿Cómo he podido acostarme con él? Siempre fui la niña que os seguía a todas partes.

—Pero esa niña se hizo mujer, Carolina, y mira qué mujer —sonreí.

—¿De verdad no estás enfadada?

—No, lo que estoy es sorprendida por no haberme dado cuenta antes de que entre vosotros podría llegar a haber algo. O sea, las señales estaban ahí. Debéis gustaros desde hace tiempo, si no, ¿por qué cada uno de vosotros incluía al otro en muchos planes conmigo?

—Joder, yo lo hacía porque era tu mejor amigo.

—Y él porque tú eres mi hermana. Que no, cariño —sonreí—, que ahí había gato encerrado y ninguno de los dos lo sabía. Debe ser que el dejaros solos os ha dado alas.

—Ni que hubiéramos bebido Red Bull volteó los ojos.

—Y, ¿en qué habéis quedado? —pregunté cogiendo una nueva cucharada de helado.

—Hablamos todos los días y, bueno... ¿De verdad no lo ves mal? O sea, tiene ocho años más que yo.

—¿Y? Cariño, el amor no sabe de edades ni de tiempos —sonreí—. Me alegro por vosotros —le di un abrazo—. No veo a nadie mejor que él para estar con mi hermanita.

—Pues me quitas un peso de encima.

—¿Por eso las veces que hablé de él durante mi viaje te ponías nerviosa?

—Es desesperante que me conozcas tan bien, ¿lo sabías?

—Para eso están las hermanas mayores, para conocer bien a las pequeñas —le hice un guiño.

—Yo a ti también te conozco, y sé que vas a comerte la cabeza pensando en Gabriel.

—Intentaré que no, ¿de acuerdo?

—Imposible, pero vale, tendré que creerte —volteó los ojos.

—Gracias por venir a buscarme al aeropuerto, necesitaba a mi hermanita.

’ —Ha sido un placer, que ya he soltado el peso de mi mochila.

—Ahora solo me falta tener una charla seria con mi mejor amigo. El tema de los condones y eso...

—¡Tania, por Dios! —protestó.

—Vale, vale, veo que no tengo que darte la charla de las flores y las abejitas...

—Por favor, esa charla me la diste cuando tenía dieciséis años, y me creó trauma. No volví a ver igual a la pobre abeja Maya.

—Yo tampoco cuando me la dio mamá.

Nos echamos a reír, recordando otras muchas cosas de nuestra adolescencia, le enseñé las fotos que había hecho en el viaje y a las dos y media de la madrugada decidimos irnos a dormir unas horas.

—Es desesperante que me conozcas tan bien, ¿lo sabías?

—Para eso están las hermanas mayores, para conocer bien a las pequeñas —le hice un guiño.

—Yo a ti también te conozco, y sé que vas a comerte la cabeza pensando en Gabriel.

—Intentaré que no, ¿de acuerdo?

—Imposible, pero vale, tendré que creerte —volteó los ojos.

—Gracias por venir a buscarme al aeropuerto, necesitaba a mi hermanita.

—Ha sido un placer, que ya he soltado el peso de mi mochila.

—Ahora solo me falta tener una charla seria con mi mejor amigo. El tema de los condones y eso...

—¡Tania, por Dios! —protestó.

—Vale, vale, veo que no tengo que darte la charla de las flores y las abejitas...

—Por favor, esa charla me la diste cuando tenía dieciséis años, y me creó trauma. No volví a ver igual a la pobre abeja Maya.

—Yo tampoco cuando me la dio mamá.

Nos echamos a reír, recordando otras muchas cosas de nuestra adolescencia, le enseñé las fotos que había hecho en el viaje y a las dos y media de la madrugada decidimos irnos a dormir unas horas.

Capítulo 20



Habían pasado varios días desde que regresé del viaje, y en ese tiempo no había tenido noticias de Gabriel.

Al menos hablé con Raúl sobre lo suyo con mi hermana y me asegure de dejarle claro que, si le hacía el más mínimo daño, se las vería conmigo.

Aunque sabía que el cariño que le tenía le impediría hacerle daño, pero eso no quitaba que la cosa no fuera hacia algo más serio y alguno de los dos resultara herido.

Alba estaba encantada con cómo nos estaba quedando la maqueta del catálogo, por no hablar de que Mireia se había pasado por allí hacía un par de días y el artículo en su revista con nuestra colaboración también estaba en marcha.

Eran las once de ese viernes, acababa de vender un paquete de vacaciones a un grupo de amigos que se iban a Londres, y entró un repartidor con un ramo de flores precioso.

—Busco a Tania —dijo.

—Soy yo —fruncí el ceño.

—Son para ti. Si me firmas.

—Claro.

Me despedí del chico cuando se marchó tras dejarme las flores y cogí la tarjeta que las acompañaba.

«¿Me echabas de menos? Gabriel»

La sonrisa tonta que se me dibujó en ese momento, delató la felicidad que sentía.

—Vaya flores más bonitas —dijo Eva, mi compañera—. ¿Tienes un admirador y no nos lo habías dicho? Y no te

atrevas a mentirme, porque mira qué sonrisa de oreja a oreja llevas.

—Es alguien que conocí en el viaje, solo eso.

—¿Y por qué no me habías hablado de él?

—No había mucho que contar.

—Discrepo —señaló las flores—, eso me dice que sí había algo que contar.

Suspiré, y como tenía confianza con ella después de tanto tiempo trabajando juntas, le conté todo.

—Bueno, es cirujano pediátrico, seguro que ha estado ocupado. Pero mira, hoy se acordó de ti.

Olí las flores cerrando los ojos y cuando los abrí, aún seguía sonriendo.

Dejé aquel bonito ramo sobre la mesa y cogí el móvil para enviarle un mensaje.

Tania: *Ni me acordaba de ti.*

Mentí, porque no pensaba admitir que, después de tanto tiempo sin saber nada, había estado pensando en él cada día.

Mi móvil empezó a sonar justo cuando entraba una pareja, Eva dijo que ella se encargaba y al ver que era Gabriel me fui hacia la pequeña salita donde teníamos la cafetera.

—¿Sí?

—¿Cómo es eso de que no te acordabas de mí? —preguntó en un tono serio y sonreí.

—Bueno, es que hasta que no he leído tu nombre en la nota...

—Pequeña, no sabes mentir —se notaba que estaba sonriendo.

—Es verdad, no me acordaba de ti.

—Pues yo me he acordado de ti todos estos días.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero he tenido mucho trabajo. Había varias cirugías programadas para después del viaje.

—Entiendo. ¿Qué tal Héctor?

—¿De verdad me estás preguntando por mi hermano?

—Sí, tampoco he sabido nada de él.

—Muy liado, igual que yo.

—Lo suponía —mentí de nuevo, aunque en lo más hondo de mi mente sí pensé que estarían ocupados con el trabajo.

—¿Te han gustado las flores? No sabía cuáles eran tus favoritas.

—Me han gustado mucho —sonreí—. Y a toda mujer le encanta recibir flores, sean cuales sean. Excepto cardos y cactus, eso no —reí.

—Vale, me lo apunto para la próxima. ¿Qué te parece si te invito a comer?

—Me parece una buena idea, sí.

—¿Vas en coche al trabajo?

—Ajá.

—Entonces te mando ahora la dirección, voy a reservar mesa.

—Vale, yo salgo a la una y media.

—Perfecto, te veo a las dos entonces. Chao, pequeña.

—Chao.

Cuando volví a mi mesa, Eva se quedó mirándome con la ceja arqueada y sonrió, eso mismo que estaba haciendo yo.

Un par de minutos después recibí el mensaje de Gabriel con la dirección del restaurante en el que había reservado una mesa para las dos.

Decir que se me hizo eterno el tiempo que pasé trabajando hasta que salí de la agencia, era quedarme corta. Jamás en mi vida las manecillas del reloj de pared habían ido tan despacio.

Conduje hasta la dirección que me dio, aparqué cerca de la puerta y entré echando un vistazo por si lo veía, pero no lo hice.

Le dije a la chica el nombre de la reserva y me confirmó que aún no había llegado, por lo que me acompañó a la barra para que esperara.

Me senté en uno de los taburetes y pedí una copa de vino mientras esperaba.

Tras dar el primer sorbo escuché el sonido de un mensaje en el móvil, lo saqué y vi que era de mi madre.

Mamá: *Hola, cariño. ¿Vienes a comer el domingo?*

Tania: *Hola. Sí, sí, perdona que ayer se me pasó avisarte. Llegué a casa y después de lavar y guardar ropa, cené y me metí en la cama.*

Mamá: *Vale, no te preocupes. Solo era por confirmar y coger suficiente carne para hacer el asado. Te quiero.*

Tania: *Y yo a ti.*

Guardé el móvil tras comprobar que habían pasado casi diez minutos y que Gabriel aún no había llegado. Tal vez le había surgido una emergencia.

Di otro sorbo al vino y entré en mis redes, me saltó una notificación de Nico, tenía que bloquearlo definitivamente. Vi que había subido una foto con una chica en lo que parecía ser un chiringuito de playa, y sí, al ver el lugar que había etiquetado como destino, vi que se trataba de Ibiza.

Hasta allí se había ido para experimentar con otras mujeres, al parecer.

Suspiré guardando el móvil de nuevo en el bolso y noté unas manos en mi cintura que reconocería en cualquier sitio.

—Siento el retraso —dijo tras besarme el cuello.

—Tranquilo —sonreí mirándolo por encima del hombro y me besó en los labios.

—Estás preciosa, pareces una ejecutiva.

—Bueno, a veces uso falda y blusa con tacones para ir a la agencia —reí.

—¿Vamos a la mesa?

—Claro.

Me ayudó a bajar del taburete y, tras entrelazar nuestras manos, fuimos hacia la mesa siguiendo a la chica de antes.

Pidió vino para él y yo pasé al agua, con una copa mientras lo esperaba había tenido bastante, después tenía que volver al trabajo.

Pedimos una ensalada para compartir, unas brochetas de pollo, tomates cherry y mozzarella como entrante, y pescado de segundo.

—¿Qué tal te ha ido la vuelta a la rutina? —preguntó cuando nos quedamos solos.

—Los dos primeros días me costó, pero ya está superado —me encogí de hombros.

—Yo no tuve más que remedio que hacerme a la idea enseguida, tenía varias operaciones y no podía fallar.

—Imagino, no es lo mismo vender paquetes vacacionales, que tener a un chiquitín en la mesa de operaciones.

—Todas las cirugías son duras, pero cuando se trata de niños...

—Con lo niñera que soy, creo que empatizaría tanto con los padres, que acabaría llorando como una magdalena si perdiera a alguien. ¿Tú alguna vez...?

—Dos —respondió sin que acabara de preguntarle—. Se pasa mal, es duro.

—Lo siento —le cogí la mano por encima de la mesa.

—¿De verdad no has pensado en mí estos días? —Arqueó la ceja.

—No.

—No te creo.

—Pues deberías, no me he acordado de ti ni un poquito.

—Yo cada día —entrelazó nuestras manos y se quedó mirándome fijamente—. ¿Tienes planes para mañana por la noche?

—Pues no lo sé, depende de mi hermana y mi mejor amigo, que resulta que ahora es su chico —sonreí.

—Entonces deja que salgan solos, seguro que querrán hacer manitas y delante de ti les dará corte.

—¿Hablas por experiencia?

—Oh, sí. Héctor me canceló más de una cena porque quería salir con su novia y le daba corte darle un beso delante de mí —volteó los ojos.

—Cosa que, si no recuerdo mal, a ti no te importa lo más mínimo.

—No te besé delante de mi hermano tantas veces —arqueó la ceja.

—Unas poquitas sí, pero, sobre todo, me tuviste en toalla delante de él en mi habitación.

—Y le quise arrancar los ojos, no dejaba de mirarte.

—No lo hizo —fruncí el ceño, porque no recordaba que Héctor me hubiera mirado en ese momento.

—No te diste cuenta, porque no le conoces como yo. Te miró, y mucho.

—La culpa es tuya —me encogí de hombros.

—Te echaba de menos —dijo volviendo a entrelazar nuestras manos.

—Yo también —me sonrojé confesando mientras me concentraba en mi copa de agua.

—Creíste que no te llamaría —no era una pregunta, lo estaba afirmando.

—Te despediste con un beso en la mejilla y un simple adiós —le recordé y volví a mirarlo—. Esa mañana estabas diferente. Me abrazaste, y el beso en la cafetería del aeropuerto, lo tomé como un adiós definitivo. Desde que tu hermano te dijo lo de esos mensajes que habías recibido, estabas algo distante.

—Lo siento — apartó la mirada, y con eso tenía claro que ese tema estaba vetado para mí.

Cuando nos trajeron la comida volvimos a hablar de esos días de vuelta a nuestras vidas, a la rutina. Me dijo que Héctor se había encontrado con su ex una tarde al salir del trabajo y que le preguntó si la chica de las fotos que había subido durante el viaje era su reemplazo.

1

—¿En serio lo preguntó así?

—Tal cual. Héctor le dijo que no eras ningún reemplazo, y que ya quisiera estar a tu altura, que no te llegaba ni a

la suela de los zapatos.

—Joder, qué de flores me tiró —reí.

—No te tiró flores, pequeña, dijo la verdad.

—Bueno, mi ex no parecía pensar así. Hoy he visto que está en Ibiza con otra chica.

—¿Y eso te ha dolido?

—No —sonreí—. Lo de que me dejara, para experimentar con otras, está más que superado. Que se folle a quien quiera —me encogí de hombros—. Lo que aún duele es el modo en el que pasó. Creo que me merecía algo más para dejarme. Me estuvo engañando durante meses, ¿sabes lo idiota que me sentí por no haberme dado cuenta de nada?

Gabriel miró su comida y decidí dejar el tema, no, no era plato de buen gusto para nadie escuchar a su ligue hablando de la expareja.

Y nos centramos en el viaje, en esos días que estuvimos conociendo aquel preciso rincón del mundo y donde los dos queríamos regresar en un futuro.

Lo que no esperaba que fuéramos a ir juntos, no contaba con ello, no iba a soñar con algo tan... imposible de conseguir.

Después del postre y el café, nos despedimos quedando en vernos al día siguiente, me recogería en mi casa, así que le pasé la dirección por mensaje y me acompañó hasta el coche.

Gabriel me rodeó por la cintura con un brazo y sostuvo mi barbilla con la otra mano para besarme.

Aquel beso me llevó de vuelta a Ella, a aquella primera vez que sus labios se posaron en los míos.

No importaba nada más que nosotros en ese instante, nada, ni siquiera el tiempo que había pasado desde que nos despedimos de una manera escueta y dolorosa para mí.

Gabriel apoyó su frente en la mía y suspiró, ambos nos quedamos allí parados sin decir nada, tan solo estando el uno para el otro.

Sí, lo había echado de menos, me moría de ganas de volver a pasar tiempo con él y quería que me abrazara y que se me quitara las dudas de la cabeza.

Pero eso no iba a pasar, porque las dudas las seguiría teniendo ahí, esas que me hacían pensar que, como había

pasado con los demás, con él también acabaría ocurriendo algo.

Si había aprendido algo de todas mis rupturas, era que el amor no estaba hecho para mí.

—Nos vemos mañana —susurró antes de darme un último beso en los labios.

Me abrió la puerta del coche y cuando subí, la cerró de nuevo. Esperó a que lo pusiera en marcha y se fue calle arriba, donde imaginaba que había aparcado.

Regresé al trabajo y lo hice con una sonrisa durante todo el camino, porque a pesar de saber que esa historia también tendría fecha de caducidad, iba a disfrutar de ella el tiempo que estuviera escrito en nuestro destino que debíamos compartir.

Ya me lamentaría después cuando todo acabara, llorando las penas como cantaba Bisbal, y comiendo helado con mi hermana.

pasado con los demás, con él también acabaría ocurriendo algo.

Si había aprendido algo de todas mis rupturas, era que el amor no estaba hecho para mí.

—Nos vemos mañana —susurró antes de darme un último beso en los labios.

Me abrió la puerta del coche y cuando subí, la cerró de nuevo. Esperó a que lo pusiera en marcha y se fue calle arriba, donde imaginaba que había aparcado.

Regresé al trabajo y lo hice con una sonrisa durante todo el camino, porque a pesar de saber que esa historia también tendría fecha de caducidad, iba a disfrutar de ella el tiempo que estuviera escrito en nuestro destino que debíamos compartir.

Ya me lamentaría después cuando todo acabara, llorando las penas como cantaba Bisbal, y comiendo helado con mi hermana.

Capítulo 21



A las ocho y media estaba Gabriel puntual como un reloj suizo en la puerta de mi edificio.

Cuando lo vi no pude evitar comérmelo con los ojos, y es que estaba guapísimo.

Llevaba un pantalón negro con una camisa blanca remangada hasta los codos con algunos botones desabrochados

El cabello lo tenía ligeramente alborotado, dándole un aire de lo más desenfadado, y esa sonrisa... Destilaba peligro.

—Hola —saludé con una sonrisa cuando llegué al coche.

—Hola, preciosa —se inclinó para besarme—. Estás impresionante.

—Gracias.

Me había puesto un vestido rojo entallado a la altura de las rodillas y de tirante fino, no andaba mal de pecho como decía mi hermana, y ese vestido lo realzaba bastante.

Gabriel abrió la puerta del copiloto para que me acomodara y cuando lo hice, cerró para ir hasta su asiento.

Puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico de la calle conduciendo con la mano en mi muslo, acariciándome el interior, haciendo que recordara esos trayectos en Sri Lanka donde había hecho lo mismo.

Llegamos a un restaurante de lo más exclusivo, entró en el aparcamiento subterráneo que tenían y subimos en el ascensor hasta la última planta, esa con las mejores vistas de Madrid.

Nos acompañaron a la mesa y como todo un caballero, retiró mi silla para que me sentara.

—Gracias —sonreí.

—Las que tú tienes, preciosa —se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Un camarero se acercó para preguntar si tomaríamos vino, a lo que ambos dijimos que sí, pero solo una copa, puesto que después él tenía que conducir.

Echamos un vistazo a la carta y me llamó la atención el pastel de salmón y la carne en salsa de manzana con cebolla caramelizada, acabamos los dos pidiendo eso.

—Héctor te manda saludos —dijo.

—Ah, está bien que se acuerde de mí —reí—. Dile que yo también se los mando.

—Quiere llamarte para tomar café contigo la semana que viene.

—Esperaré que así sea, entonces.

—Pero solo un café, no vaya a intentar algo más —arqueó la ceja.

—No veo a Héctor como el tipo de hombre que le quita el ligue a su hermano o a un amigo.

—Eso es cierto, él no es así.

—¿Ves? No tienes de qué preocuparte —sonreí.

Cuando trajeron la cena la tomamos charlando y riendo como habíamos hecho tantas veces durante el viaje.

En el momento en que llegamos al postre, me dolía la barriga de tanto reír, no había dejado de contarme anécdotas de su infancia con Héctor, quien resultó ser el hermano más revoltoso de los dos.

Tomamos café y regresamos al coche para ir a tomar una copa, pero solo una, a un local que había a un par de calles de mi casa.

Pedimos un par de gin tonics y nos dejamos envolver por la música que sonaba en el local.

Cuando escuché la melodía de piano de una canción que conocía bien de Romeo Santos, Gabriel me atrajo hacia él, pegó mi espalda a su torso y comenzó a mecernos despacio.

“Antes que desnude el corazón, te advierto que lo tengo con heridas...”

Me sentía identificada con esa letra, y la hacía mía en versión femenina cuando la cantaba en casa después de que Nico me dejara.

Gabriel me manejaba a su antojo, era un experto bailarín de bachata, y entre eso, y que mi vestido llamaba la atención, estábamos siendo el centro de todas las miradas.

—*Ven, arráncame sus huellas...*

Canté mirándolo cuando me hizo girar y quedamos frente a frente antes de que me atrajera hacia su cuerpo y pusiera una rodilla entre mis piernas, excitándome con ese roce en mi sexo.

Se inclinó y comenzó a besarme sin perder el ritmo del baile, uno en el que bien podríamos acabar arrancándonos la ropa allí mismo.

—No sabes cuánto te deseo ahora mismo, pequeña —susurró en mi oído antes de besarme el cuello.

—Pues sácame de aquí, y vamos a mi casa.

—¿Estás segura? —preguntó mirándome y asentí.

Volvió a besarme y, sin soltar mi mano, me llevó hasta el coche.

Quince minutos después estábamos entrando en mi piso, devorándonos la boca el uno al otro sin piedad, sin dejarnos apenas respirar.

Gabriel me cogió en brazos y acabé notando la pared de la entrada en mi espalda.

En un movimiento rápido llevó la mano entre mis piernas y comenzó a deslizar el dedo sobre mi sexo por encima de la tela del tanga.

Mis gemidos parecían encenderlo más de lo que ya estaba, hizo la tela a un lado, comenzó a llevarlo entre los húmedos pliegues, haciendo presión con el pulgar sobre el clítoris.

Comenzó a penetrarme al mismo tiempo y acabó llevándome al borde del precipicio de ese orgasmo que apenas tardó en llegar.

Me corrí con sus dedos en mi sexo mientras los gritos que salían de lo más profundo de mi ser acababan muriendo en su boca.

Cogió la cintura del tanga y escuché cómo se rasgaba cuando, literalmente, me lo arrancaba.

Volvió a ponerme en el suelo, mirando hacia la pared, sostuvo mis muñecas con una mano pegadas a mi espalda y se arrodilló separándome las piernas.

No tardé en sentir su lengua entre mis pliegues, lamiendo una y otra vez, haciendo que todo mi cuerpo se sacudiera por lo sensible que tenía ese pequeño botón en mi centro del placer.

Me penetraba con la lengua y llevaba la humedad una y otra vez hasta el clítoris mientras lo lamía.

Y volvió a llevar dos dedos al interior de mi vagina, tirando hacia él, haciéndome gritar sin parar. Movía mis caderas en busca de más y volví a correrme, esta vez mientras su lengua torturaba mi clítoris hábilmente.

Colocó mis manos en la pared, pero no me soltó las muñecas, todo lo contrario, las mantuvo bien sujetas mientras con su mano libre desabrochaba su pantalón.

Mi sexo palpitaba y podía sentir la humedad entre las piernas esperando por él, por su miembro duro y erecto.

Elevó ligeramente mis caderas y, con una certera embestida, me penetró con fuerza hasta llenarme por completo.

Chillé al experimentar aquella sensación de placer absoluto, y no dejé de gemir y gritar enloquecida mientras Gabriel me follaba de ese modo tan salvaje.

El sonido de nuestros cuerpos chocando con cada embestida se mezclaba con mis chillidos y sus jadeos, mi cuerpo se estremecía y temblaba, y cada vez que Gabriel salía de mí para volver a entrar mucho más rápido y fuerte que la vez anterior, le pedía más, mucho más de todo eso que él podía darme.

Jamás había sentido el sexo de un modo tan placentero, tan salvaje y rudo, tan fiero, tan urgente y necesitado.

Con Gabriel era como estar en el Nirvana, si es que alguna vez llegaría a saber qué se sentía en ese momento, pero si era como lo que él provocaba en mi cuerpo y me hacía sentir, era sencillamente una puta pasada.

Me sostuvo la barbilla con la mano libre haciendo que lo mirase por encima del hombro y sus labios se apoderaron de los míos en un beso tan rudo como urgente. Su lengua lamía y sus dientes mordían mi labio inferior mientras su lengua, esa que jugaba al gato y al ratón con la mía, hacía que aquel beso fuera un motivo más para excitarme mucho más de lo que ya estaba.

Gabriel comenzó a moverse más rápido, entrando cada vez más fuerte y más hondo, llevó la mano a mi sexo y, mientras me penetraba, sus dedos hicieron que enloqueciera un poco más al frotar mi clítoris, pellizcarlo y tirar de él, arrancándome gemidos y gritos de placer.

Sus jadeos en mi oído y esos leves mordiscos que me daba en el cuello y en el hombro me estaban llevando al límite, al borde del precipicio de nuevo, a ese punto de no retorno en el que el clímax acabaría siendo liberado.

Nuestros cuerpos parecían estar tan compenetrados, tan conectados, que los dos fuimos conscientes de que

estábamos llegando al orgasmo.

Comenzó a moverse mucho más rápido, yo misma moví mis caderas yendo al encuentro de sus embestidas, y tras unas cuantas más, los dos acabamos gritando mientras alcanzábamos el clímax.

No se detuvo mientras el orgasmo me sacudía una y otra vez, y cuando todo acabó, permaneció rodeándome con el brazo por la cintura sin soltarme las muñecas, dejando mis brazos aún levantados contra la pared, y apoyó la frente en mi hombro después de besarme en él.

—Dios —dije entre jadeos—, eso ha sido...

—Eso ha sido solo el principio, pequeña —me cortó, lo miré por encima del hombro, y me besó con urgencia mientras aún seguíamos unidos por nuestros sexos—. La noche no ha hecho más que empezar. ¿Estás lista para lo que viene? —preguntó arqueando la ceja.

—Si es contigo, siempre estaré lista, Gabriel —confesé, y volvió a besarme antes de retirarse y cogerme en brazos para llevarme a la cama, donde cumplió su palabra, puesto que realmente la noche no había hecho más que empezar.

o

o

r

;

estábamos llegando al orgasmo.

Comenzó a moverse mucho más rápido, yo misma moví mis caderas yendo al encuentro de sus embestidas, y tras unas cuantas más, los dos acabamos gritando mientras alcanzábamos el clímax.

No se detuvo mientras el orgasmo me sacudía una y otra vez, y cuando todo acabó, permaneció rodeándome con el brazo por la cintura sin soltarme las muñecas, dejando mis brazos aún levantados contra la pared, y apoyó la frente en mi hombro después de besarme en él.

—Dios —dije entre jadeos—, eso ha sido...

—Eso ha sido solo el principio, pequeña —me cortó, lo miré por encima del hombro, y me besó con urgencia mientras aún seguíamos unidos por nuestros sexos—. La noche no ha hecho más que empezar. ¿Estás lista para lo que viene? —preguntó arqueando la ceja.

—Si es contigo, siempre estaré lista, Gabriel —confesé, y volvió a besarme antes de retirarse y cogerme en brazos para llevarme a la cama, donde cumplió su palabra, puesto que realmente la noche no había hecho más que empezar.

Capítulo 22



Me dolía todo, incluso lugares donde no sabía que hubiera músculos.

Gabriel se pasó la noche haciendo gemir y correrme de todas las maneras posibles, era un hombre insaciable, de eso no tenía la menor duda.

Cuando desperté no estaba en la cama, y supe que estaba en la ducha cuando escuché el agua caer.

Tras desperezarme, cogí una de mis camisetas y unas braguitas del cajón y fui a preparar el desayuno.

Preparé café, zumo y tostadas con jamón y tomate.

No tardó en aparecer Gabriel por la cocina vestido y con el pelo húmedo y alborotado.

—Buenos días —sonreí al verle y de manera inconsciente me mordí el labio.

—No me mires como si fuera tu desayuno —dijo arqueando la ceja.

—Es que estás muy apetecible así, recién duchado, con el pelo húmedo y despeinado —sonreí.

—Me estás provocando con tus sensuales piernas desnudas, que lo sepas —murmuró en mi oído antes de darme un suave mordisquito en el cuello mientras me rodeaba por la cintura, y noté una de sus manos en la cadera, bajando hasta rozar mi piel, la llevó a la nalga, esa que apretó al tiempo que me atraía hacia él y fue cuando me besó.

Seguía preguntándome cómo era posible que ese hombre, con un simple beso y unas pocas caricias, fuera capaz de hacer que mi entrepierna comenzara a humedecerse.

Era como si mi cuerpo no tuviera suficiente de él y quisiera más cuando le tenía cerca.

Nos sentamos a desayunar y no perdió la ocasión de acariciarme el muslo en ningún momento, incluso me dio

algún que otro leve apretón.

Me miraba con esos ojos azules que me excitaban y me ponían nerviosa a partes iguales, y tenía que apartarle la mirada.

—Me encanta cuando te sonrojas —dijo acariciándome la mejilla.

—Es que me pones nerviosa cuando me miras así.

—¿Así cómo?

—Así, con esos ojos.

—Hombre, son los que tengo desde que nací, no tengo otros —se encogió de hombros al tiempo que cogía su café para darle un sorbo.

—Me has entendido.

—Sí, y por eso te miro —sonrió haciéndome un guiño.

—O sea, que te gusta ponerme nerviosa.

—Que te sonrojes —aclaró—. Pero lo que más me gusta, es que te excites.

Me cogió por la cintura y, tras levantarme del taburete, hizo que me colocara entre sus piernas.

Comenzó a besarme y llevó las manos a mis muslos, subiéndolas despacio por ellos en una lenta caricia.

Cuando vine a darme cuenta estaba quitándose la camiseta, sostuvo mis pechos entre sus manos y lamió uno y otro alternadamente.

—Gabriel —protesté con un gemido.

—¿Sí? —no me miró, siguió jugando con mis pezones, lamiéndolos y pellizcándolos.

—¿Qué pretendes?

—Hacer que te corras antes de irme —contestó.

Volvió a besarme mientras me levantaba por la cintura para sentarme en la encimera, y tras quitarme las braguitas me colocó bien al borde y con las piernas separadas, esas que no dudó en poner sobre sus hombros.

Lo siguiente que sentí fue su lengua entre mis pliegues haciendo que me agarrara con todas mis fuerzas a la encimera mientras arqueaba la espalda y dejaba caer la cabeza hacia atrás.

No se detuvo en ningún momento hasta hacerme gritar y conseguir eso que quería, que me corriese antes de irse.

Me sentó sobre su regazo mientras me abrazaba y besaba mi cuello y noté la dureza de su miembro entre las piernas, comencé a moverme e incluso fui a desabrocharle el pantalón, pero me detuvo.

—Tengo que irme —murmuró poniéndose en pie tras dejarme en el suelo—. Nos vemos, pequeña —un último beso y se fue, así, sin más, dejándome desnuda en mi cocina.

Había algo que me decía que con él siempre sería así, que el tiempo que esto durase iba a tener que aceptar lo que ; pudiera darme.

Volví a ponerme la ropa y tras recoger lo del desayuno, le di un repasito a la casa mientras lavaba ropa, me duché después de tener todo organizado y una vez vestida, salí de casa para ir a comer con mis padres.

La sorpresa me la llevé cuando vi el coche de Raúl aparcado en la puerta, aunque bien era cierto que a veces le invitaban a comer.

—Ha llegado lo más bonito de la familia —dije con descaro y escuché las risas de Carolina y Raúl.

—Mira cómo se tira flores la señora —dijo ella cuando entré y los vi allí sentados tomando un vino con mis padres, que estaban terminando de preparar la comida.

—¿Señora? Señora tus muelas, niña. Señorita, que todavía no me he casado y no he cumplido los cuarenta.

—Ah, que a partir de los cuarenta ya somos señoras —mi madre arqueó la ceja.

—No he querido decir eso, pero vamos que no me voy a saber explicar si no queréis entenderme. ¿Qué tal, cuñado? —le pregunté a Raúl dándole una palmada en la espalda, él se puso tenso y mi hermana se atragantó con el sorbo de vino.

—¿Cuñado? —preguntaron mis padres, al unísono.

—¿Eh? —Me hice la tonta, pero mi hermana me miraba con unos ojos de asesina, que daba hasta miedo.

—Lo has llamado cuñado —dijo mi padre.

—Ah, eso, nada —le quité importancia con la mano—. Es una broma entre nosotros. Es que el otro día le dio por

imitar al hombre ese que hace años decía eso de, “cuñaaaaao” —reí—. Y se ha quedado con ese mote —me encogí de hombros.

—Estos chicos se piensan que nacimos ayer, Manuel —dijo mi madre, mirándonos a los tres con la ceja arqueada—. A robar vais a venir vosotros a la cárcel. ¿De verdad creíais que no íbamos a darnos cuenta?

—¿De qué? —preguntó mi hermana, más blanca que las paredes de un hospital.

—Que Raúl y tú estáis saliendo, hija, de eso —suspiró.

—Carmela, habíamos quedado en que esperaríamos a que nos lo contaran ellos —le riñó mi padre.

—Pues si seguimos esperando, nos enteramos cuando nazca nuestro primer nieto.

—¡Hala, mamá! —protestó Carolina— Que no estoy embarazada, por Dios.

—Tú me has entendido, hija. Pero a ver, que yo me entere, ¿no se suponía que os veíais entre vosotros como si fuerais hermanos?

—Eso mismo pensé yo —reí—. Pero se ve que descenden de reyes o sus almas reencarnadas son las de un par de primos enamorados.

—Joder, qué manera de divagar, Tania —rio Raúl.

—¿Tú vas a respetar a mi niña, Raúl? —le preguntó mi madre.

—Carmela, que probarse ya se han probado, mujer.

—Ay, papá —mi hermana se cubrió la cara con ambas manos y de estar blanca había pasado a un tono preocupante de rojo, de esos que podrías pensar que estaba a punto de estallar.

—¿Qué? A ver si nos vas a decir que, con veinte y veintiocho años, solo os habéis dado unos pocos besos.

—¿De verdad estamos teniendo esta conversación? —La pobre estaba muerta de vergüenza, posiblemente pensando en que la tierra se la tragara.

—Sí —respondimos mi padre y yo, al unísono.

—Ahora entiendo la insistencia de que viniera él a comer. Esto es una encerrona —se quejó—. ¿Desde cuándo lo sabéis?

—¿Desde cuándo has salido tú sola con él, sin tu hermana? —Mi madre arqueó la ceja —Que está muy bien porque sois amigos, cariño, pero esa primera noche no dormiste en casa, ni las siguientes tampoco, y cuando te preguntaba con quién te escribías y decías que, con él, tenías una sonrisilla sospechosa.

—En vez de abogados parecéis policías de la Gestapo —reí.

—Me muero, es que me muero.

—Aquí no se muere nadie, hija —dijo mi padre, acercándose a ella—. Mientras tú seas feliz, nosotros lo seremos. Eso sí, como le rompás el corazón a mi niña, prepárate, porque conozco gente que te puede romper a ti las piernas

—Papá, por Dios —lo reprendió Carolina.

—Avisado quedas —señaló al tiempo que se llevaba los dedos a los ojos y después a los de Raúl, en una clara advertencia de que lo estaba vigilando.

—Tranquilo, que antes de hacerle daño a ella, me corto yo las piernas —contestó Raúl.

—¿La Gestapo, he dicho? Olvidadlo, sois de la familia Corleone por lo menos —volví a reír, y ellos, incluida mi hermana, también.

Amaba a mi familia con todas mis fuerzas, ellos eran el motor que me hacía levantarme en mis peores días, quienes siempre habían estado, y estarían, ahí para mí, al igual que yo para ellos.

Comimos y tras una larga sobremesa con café mientras les hablaba del folleto sobre el viaje a Sri Lanka para la agencia y el artículo en la revista de Mireia, me despedí de ellos y regresé a casa.

Pensaba que Gabriel me escribiría, pero no tuve noticias suyas en toda la tarde, y tampoco en la noche.

Después de cenar un sándwich mientras veía una película, preparé la ropa que me pondría al día siguiente para el trabajo y me acosté.

El olor de Gabriel aún permanecía en las sábanas y sonreí mientras apoyaba la mano en la almohada y así fue como acabé quedándome profundamente dormida.

—¿Desde cuándo has salido tú sola con él, sin tu hermana? —Mi madre arqueó la ceja —Que está muy bien porque sois amigos, cariño, pero esa primera noche no dormiste en casa, ni las siguientes tampoco, y cuando te preguntaba con quién te escribías y decías que, con él, tenías una sonrisilla sospechosa.

—En vez de abogados parecéis policías de la Gestapo —reí.

—Me muero, es que me muero.

—Aquí no se muere nadie, hija —dijo mi padre, acercándose a ella—. Mientras tú seas feliz, nosotros lo seremos. Eso sí, como le rompas el corazón a mi niña, prepárate, porque conozco gente que te puede romper a ti las piernas.

—Papá, por Dios —lo reprendió Carolina.

—Avisado quedas —señaló al tiempo que se llevaba los dedos a los ojos y después a los de Raúl, en una clara advertencia de que lo estaba vigilando.

—Tranquilo, que antes de hacerle daño a ella, me corto yo las piernas —contestó Raúl.

—¿La Gestapo, he dicho? Olvidadlo, sois de la familia Corleone por lo menos —volví a reír, y ellos, incluida mi hermana, también.

Amaba a mi familia con todas mis fuerzas, ellos eran el motor que me hacía levantarme en mis peores días, quienes siempre habían estado, y estarían, ahí para mí, al igual que yo para ellos.

Comimos y tras una larga sobremesa con café mientras les hablaba del folleto sobre el viaje a Sri Lanka para la agencia y el artículo en la revista de Mireia, me despedí de ellos y regresé a casa.

Pensaba que Gabriel me escribiría, pero no tuve noticias suyas en toda la tarde, y tampoco en la noche.

Después de cenar un sándwich mientras veía una película, preparé la ropa que me pondría al día siguiente para el trabajo y me acosté.

El olor de Gabriel aún permanecía en las sábanas y sonreí mientras apoyaba la mano en la almohada y así fue como acabé quedándome profundamente dormida.

Capítulo 23



Ese miércoles por la mañana por fin teníamos montado cómo queríamos el folleto del viaje, lo enviamos a la imprenta con la que Alba trabajaba y acababan de hacérselo llegar con un mensajero para que viéramos el resultado final.

Decir que las fotos se veían impresionantes, era quedarse corta.

—Está perfecto —dijo Alba—. Ahora mismo llamo para que nos saquen una tiradita —sonrió.

—El artículo de Mireia también está casi acabado, en cuanto tengamos el folleto impreso y hayamos subido el digital a la web de la agencia, le paso el enlace para que lo incluya en el artículo y lo publique.

Mi jefa asintió y, tras despedirse de Eva y de mí, se fue a su cita médica.

Le mandé un mensaje a Mireia para ponerla al día y me envió un borrador del artículo, dijo que aún había que darle un repaso, pero que la base era esa.

Pasé el resto de la tarde hasta mi hora de salida leyendo el artículo, y le envié algunas notas de cosas que podía incluir en él sobre el viaje.

No tardó en mandarme un mensaje al móvil diciendo que eran unas notas geniales y que las incluiría.

Eva y yo estábamos recogiendo nuestras cosas para irnos, cuando vi a Gabriel en la puerta.

Al salir, sonrió y Eva me dio un leve codazo.

—¿El que te envió las flores? —preguntó en un susurro.

—Sí —sonreí.

—Menudo bombón. Saboréalo enterito esta noche, nena —me hizo un guiño y negué mientras se iba calle abajo

hasta donde tuviera el coche.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando me acerqué a él, puesto que desde el domingo cuando se marchó de mi casa, no había tenido noticias tuyas.

—Darte una sorpresa —se inclinó y me besó mientras me rodeaba por la cintura—. ¿Tienes planes ahora?

—A parte de irme a casa, cenar algo rápido después de ducharme y meterme en la cama, no —sonreí.

—Todo eso puedes hacerlo conmigo.

—¿Ducharme también? —Arqué la ceja.

—No lo descarto —hizo un guiño y me dio un beso rápido antes de acompañarme a mi coche—. Sígueme, ¿de acuerdo? —dijo una vez me puse al volante, y asentí.

Esperé a que se acercara con su coche, lo seguí, y acabamos yendo a un restaurante japonés que no conocía.

Cuando nos encontramos en la puerta entrelazó nuestras manos y así entramos.

No había mesas individuales, sino que todas estaban alrededor de unos fogones donde cuatro cocineros preparaban los platos que pedías en el momento mientras podías verlos.

—Esto es una pasada —dije cuando nos sentamos en una de ellas, viendo las llamaradas de fuego que salían del wok de uno de los cocineros.

—He venido un par de veces y la comida es buenísima, por no hablar de que en todo momento ves cómo lo preparan.

Pedimos agua para beber, los dos teníamos que conducir de vuelta a casa y no queríamos pasarnos con el alcohol.

Eché un vistazo a la carta y me apetecía comer muchos de los platos que veía, pero como no iba a decidirme por ninguno, le pedí a Gabriel que eligiera por mí.

—Vale, pues vamos a pedir varios platos para compartir, así comes un poquito de todo. A ver... *Sushi, ramen*, un tazón pequeño para cada uno.

—El *ramen* es esta especie de sopa, ¿verdad? —dije señalando la imagen de la carta.

—Sí.

—Vale, tiene buena pinta.

—*Yakitori*.

—Oh, sí, esas brochetas de pollo tienen que estar buenísimas. ¿Qué más?

—Veamos... *Okonomiyaki*, estas tortitas de aquí —señaló la carta—, rellenas de queso, cebolla, cerdo y huevo. ¿Bien?

—Perfecto —sonreí.

Pidió y no tardamos en ver al cocinero frente a nosotros preparando todo. Aprovechamos ese tiempo para hablar de cómo nos estaba yendo la semana en el trabajo, le comenté que ya teníamos el folleto de Sri Lanka listo, así como el acuerdo de colaboración en el artículo de una revista digital, y él me contó había tenido una operación que se le complicó el día anterior.

—Fueron muchas horas, era una niña de apenas un año y no podía permitirme perderla.

—¿Salió todo bien? —pregunté preocupada.

—Por suerte sí, esa niña es una luchadora con toda la vida por delante.

—Me alegro, Gabriel —dije cogiéndole la mano—, sé cuánto te involucras con esos niños.

—Me pongo en la piel de sus padres, y querría que hicieran todo lo posible por salvar a mis hijos.

—Es normal. ¿Y cómo le ha ido a tu hermano? Me envió un mensaje el lunes para tomar un café, pero al final me canceló porque tenía una operación.

—Sí, lo mencionó. Fue una operación de esas que a veces llamamos un milagro. Teníamos un paciente esperando un corazón, hacía tiempo que estaba en la lista de espera y nos avisaron el lunes de que había un donante compatible. De haber tenido que esperar más, tal vez en un mes o dos habría sido tarde.

—Bueno, entonces me plantó por una buena causa —sonreí.

—Me voy a poner celoso —arqueó la ceja—. ¿No será que te gusta mi hermano?

—Es guapo, eso no te lo voy a negar —reí.

—Vale, entonces definitivamente yo soy el feo de los dos —suspiró.

—Mira que eres bobo —le di un leve golpecito con mi hombro en el suyo—. Tú me gustas más.

—Menos mal, ya pensé que tendría que batirme en duelo con mi hermano por una mujer.

—¿Pistola o espada? Es por imaginarnos a los dos en mi mente con esos trajes de la época Victoriana...

—Mejor no nos imagines, quiero mucho a ese cabeza de chorlito como para pegarme con él por una mujer.

Seguimos cenando y debía reconocer que cada bocado que daba a uno de esos platos, me gustaba más que el anterior.

Y qué decir de Gabriel, ese hombre me tenía enamoradita perdida.

Estaba todo el tiempo pendiente de mí, de que no me faltara comida ni bebida, me colocaba el pelo detrás de la oreja o lo retiraba hacia mi espalda para que pudiera comer tranquila, me acariciaba y se acercaba a besarme constantemente.

Era un hombre de esos que se desvivía por la persona que tenía al lado, y yo me moría de ganas por pasar la noche con él.

—Me estás mirando como si fuera una brocheta de pollo —dijo con la ceja arqueada, sonreí con malicia y me acerqué a su oído.

—Digamos que esta noche me apetece disfrutar de tu brocheta —susurré.

—¿Te me estás insinuando, pequeña?

—Un poquito —sonreí.

—Así que, quieres mi brocheta —sonrió de medio lado.

—Ajá.

—Esta noche.

—Toda la noche, de hecho.

—¿Sabes que eres tan irresistible para mí, que no puedo negarte nada? —dijo mientras me acariciaba la mejilla y se inclinó para besarme— ¿Has terminado de cenar o quieres algo de postre?

—Te quiero a ti, Gabriel —respondí, pasándome la lengua por los labios—. Te deseo a ti.

—Nos vamos —contestó mientras se ponía en pie, sacó la cartera y, tras enseñarle la tarjeta al camarero, este acercó el datáfono para que pudiera pagar.

Me cogió de la mano y salimos del restaurante prácticamente corriendo, mientras yo no podía dejar de reír.

Fuimos hasta mi coche y quedamos en vernos en mi casa.

Nunca antes había hecho aquello, insinuarme a mi pareja y decir lo que me apetecía en ese momento. Pero con Gabriel se veía todo tan natural, que ni siquiera pensaba en lo que hacía, simplemente me dejaba llevar por el momento.

Y en ese momento, iba de camino a mi casa donde estaríamos a solas, sin nadie que nos privara de aquello que los dos queríamos, aquello que deseábamos, que no era otra cosa que entregarnos a la pasión, la lujuria, a la fogosidad y la ternura el uno al otro.

—Nos vamos —contestó mientras se ponía en pie, sacó la cartera y, tras enseñarle la tarjeta al camarero, este acercó el datáfono para que pudiera pagar.

Me cogió de la mano y salimos del restaurante prácticamente corriendo, mientras yo no podía dejar de reír.

Fuimos hasta mi coche y quedamos en vernos en mi casa.

Nunca antes había hecho aquello, insinuarme a mi pareja y decir lo que me apetecía en ese momento. Pero con Gabriel se veía todo tan natural, que ni siquiera pensaba en lo que hacía, simplemente me dejaba llevar por el momento.

Y en ese momento, iba de camino a mi casa donde estaríamos a solas, sin nadie que nos privara de aquello que los dos queríamos, aquello que deseábamos, que no era otra cosa que entregarnos a la pasión, la lujuria, a la fogosidad y la ternura el uno al otro.

Capítulo 24



Tenía claro que a Gabriel iba a verlo cuando su trabajo se lo permitiera, al menos esos días desde el miércoles habíamos estado hablando por mensajes.

Al fin era sábado y tras ponerme unos shorts vaqueros, las sandalias de tacón y una camiseta de tirante ancho, look que acompañé con una coleta alta y un poco de maquillaje, estaba lista para salir de casa.

Había quedado con mi hermana y Raúl para tomar una copa, insistieron en que cenara con ellos, pero preferí que fuera una velada romántica.

Cogí un taxi y fui hasta el local en el que habíamos quedado, aquello estaba lleno hasta los topes y me iba a costar la vida encontrarlos, así que le mandé un mensaje a mi hermana.

Tania: *Estoy en el bar, ¿por dónde andáis? Esto es como es como buscar una aguja en un pajar.*

Volví a echar un vistazo, pero nada, no había manera humana de verlos.

Carolina: *En la barra, al fondo a la izquierda.*

Fui hacia allí y cuando al fin los vi, ambos sonrieron.

—Más vale que no se le caiga a nadie una lentilla aquí, porque puede darla por perdida —dije tras saludarlos.

—¿Qué quieres tomar, cuñada?

—Un gin tonic.

Raúl llamó al camarero y le pidió la bebida mientras mi hermana iba dándome golpes con la cadera en la mía a ritmo de una canción.

Y empezó a cantar a todo pulmón la mar de feliz.

—Qué contenta te veo —sonreí.

—Es que estoy feliz, hermana —dijo pasándome el brazo por los hombros.

—Pues me alegro, pero, ¿puedo saber por qué, o es un secreto de Estado?

—El lunes voy con papá al juzgado, me pidió el otro día que lo ayudara con el juicio.

—Normal que estés tan contenta. Ser la ayudante de uno de los mejores abogados matrimonialistas de los juzgados de Madrid, es algo serio.

—No es que yo tenga que hacer mucho, pero... ya sabes —se encogió de hombros—. Voy a ver a papá en acción.

—Aquí tienes —Raúl apareció con mi copa y nada más cogerla le di un sorbo—. ¿Cuándo voy a conocer por fin al famoso cirujano?

—Sí, ¿cuándo vamos a salir los cuatro en una cita de parejitas, hermana?

—Bueno, primero él tiene que poder.

—Entiendo que estará ocupado entre semana, pero no los fines de semana —contestó Raúl—. Podrías haberlo invitado a venir esta noche.

—Quería pasar tiempo con vosotros, que desde que sois pareja casi no os veo el pelo. ¿Estáis todo el día enganchados como monos, o qué? —reí.

—Mira que puedes ser bruta —contestó mi hermana, muerta de risa.

Iba a protestar, pero alguien me tapó los ojos y me sobresalté.

—Adivina quién soy —dijo una voz a mi espalda que reconocí al momento, y sonreí.

—Oh, por favor, pero si es el mismísimo Johnny Deep —grité—. Ya era hora de que te dejaras ver.

—¿Conoces a Johnny Deep? —preguntó Héctor retirando ambas manos y mirándome con el ceño fruncido.

—No, pero me gustaría. Sabía que eras tú —lo abracé y él me besó la mejilla.

—¿Qué me ha delatado? Tenías los ojos cerrados.

—Esa voz que tienes, que es difícil de olvidar. ¿Has venido con Gabriel? —curioseé emocionada porque mi chico

estuviera por allí.

—No, he venido con unos amigos. Necesitaba salir de casa y despejarme, ha sido una semana frenética de operaciones.

—Haces bien, de vez en cuando hay que despejar la mente. Pero no bebas mucho, a ver si va a ser peor el remedio —reí—. Que igual mañana te levantas con una resaca de esas que hacen que parezca que estás en una noria.

—Pocas he tenido de esas, la última cuando me dejaron plantado.

—Ah, beber para olvidar —reí.

—Ciertamente.

—Héctor, ya conoces a mi hermana —me giré y ella sonrió al tiempo que lo saludaba con la mano.

—Sí, Carolina, ¿verdad?

—Esa soy yo —ella se acercó y le dio un par de besos.

—Y este es Raúl, mi mejor amigo y ahora también mi cuñado.

—Hola, colega —Raúl le estrechó la mano—. Gracias por cuidar de una de mis chicas en su viaje de Rodríguez.

—Fue un placer —Héctor sonrió y me pasó el brazo por los hombros—. De ese viaje no solo me traje recuerdos y fotos de lugares impresionantes, sino a esta increíble mujer formando parte de mi vida.

—Qué bonito eso que has dicho, voy a llorar —me pasó los dedos por debajo de los ojos como si me secara las lágrimas.

—Es verdad, aunque me aplastaras el pie con un tanque.

—Y dale —volteé los ojos riendo.

—Aun a pesar de eso, te aprecio y te quiero en mi vida.

—Yo también te aprecio, Héctor —le rodeé con mis brazos por la cintura—. Me hiciste reír mucho, que lo sepas.

—Ah, soy el payasete de la familia. Mi hermano te arrancó orgasmos, y yo, risas.

—Ey, que a veces es mejor tener a alguien que nos haga reír, los orgasmos se pueden fingir —comentó mi

hermana.

—Más vale que tú no los finjas conmigo —le dijo Raúl con la ceja arqueada.

—No, no, amor, todos mis orgasmos y gritos son absolutamente reales.

,

—Bueno, me alegro de haberte visto, vuelvo con mis colegas que estamos de despedida de soltero. Mira que le dije que no se casara, pero nada, no me ha hecho caso —suspiró—. Al menos a él de momento su chica no lo ha plantado, veremos si sigue así porque ya tengo comprado el traje para su boda dentro de dos semanas.

—Y si lo planta, siempre puedes prestarle tu bola del mundo para ver a qué lugar le lleva su dedo —reí.

—Eh, pues a mí me funcionó bien. Tenemos que probar un día a ver dónde nos lleva. ¿Te imaginas que acabamos en Alaska?

—Por Dios, ¿no había un país un poco más cálido? Que allí me congeló.

—Tranquila que me ofrezco como tu manta térmica personal para darte calor por las noches.

—Que no te oiga tu hermano que te saca los ojos —reí.

—Uf, todavía me acuerdo del día que te vi en toalla, ese hombre fue como un lobo marcando su territorio, que me veía yo como el de los X-Men, con unas gafas de por vida.

· Me eché a reír, al igual que mi hermana y Raúl, Héctor tenía cada cosa que era para morir.

Nos despedimos con un abrazo y un montón de besos que me dio en la mejilla, y regresó con sus amigos mientras yo me quedaba con mi familia.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Gabriel, quería ser la primera en decirle que había visto a su hermano, no fuera a pensar lo que no era.

Esperé por si contestaba, pero al no hacerlo, volví a guardarlo en el bolso y pasé el resto de la noche bailando y riendo como siempre que salía con mi hermana y mi mejor amigo.

Al verlos juntos se me dibujaba la sonrisa, porque habían sido tantas las veces que estuvieron así, bailando tan compenetrados, tan cerca el uno del otro, y probablemente ni ellos mismos se imaginaron que acabarían siendo pareja.

Pero como le dije a mi hermana, no veía mejor hombre que Raúl para estar con ella.

Y la noche dio paso a la madrugada y, con ella, al amanecer, y acabamos desayunando chocolate con churros antes de irnos a casa, como habíamos hecho tantas y tantas veces.

;

;

Y la noche dio paso a la madrugada y, con ella, al amanecer, y acabamos desayunando chocolate con churros antes de irnos a casa, como habíamos hecho tantas y tantas veces.

Capítulo 25



Eran las doce cuando me levanté, pero al ser domingo se me perdonaba, sobre todo después de una noche como la que había pasado con mi hermana y Raúl.

Empezaba a notar un leve dolor de cabeza por esas copas que tomamos, y le puse remedio de inmediato antes de pasarme toda la mañana lamentándolo.

Un café y una pastilla, algo que nunca fallaba.

Acababa de tomármelo cuando empezó a sonar mi móvil y vi el nombre de Gabriel en la pantalla.

—Hola —saludé.

—Hola, pequeña. ¿Qué haces?

—Acabo de tomarme un café con una pastilla para evitar la resaca.

—Ya me ha dicho Héctor que anoche lo pasaste muy bien —rió—. Perdona que no te contestara.

—Ah, tranquilo. ¿Tú que haces?

—Pensando en coger un pollo asado para comer contigo.

—Esa es una buenísima idea, no sabía qué prepararme —reí.

—Pues lo dejo encargado en el asador que hay al lado de la clínica y a las dos nos vemos.

—Perfecto, tengo un pan de leña de ayer que está buenísimo.

—No creo que esté más bueno que tú.

—Mira el doctor, qué descarado me ha salido.

—Cirujano, cirujano —volvió a reír.

Nos despedimos y aproveché esa hora y media que tenía por delante para recoger un poco la cocina y el salón, que estaba limpio, pero la noche anterior me pedí una pizza para cenar y salí de casa sin recoger los restos.

Después me di una ducha, me recogí el pelo en un moño deshecho y me puse un pantalón corto y una camiseta para estar cómoda por casa.

A las dos en punto llamó al portero y abrí, cuando lo vi salir del ascensor se me cayó la baba.

—No te imaginaba en chándal —dije cuando se acercó a mí.

—Es mi conjunto favorito para estar por casa los domingos —contestó dándome un beso.

—El mejor, sin lugar a dudas. Aunque yo soy más de pijama —sonreí.

Fuimos a la cocina y mientras yo ponía la mesa, él sirvió el pollo en los platos, acompañado de unas patatas panaderas que tenían una pinta buenísima, por no hablar de la ensaladilla rusa que había cogido como entrante.

—He pensado que así tienes comida para un par de días —dijo.

—Pues mira, ya no tengo que pasar mañana a robarle un táper a mi madre.

—¿No cocinas? —preguntó llevándose un poco de ensaladilla a la boca.

—Sí, además es algo que me gusta mucho, normalmente los domingos hago comida para toda la semana y la congelo.

—Si quieres te ayudo luego a preparar algo.

—¿Sabes cocinar? —curioseé.

—Ajá. Mi especialidad es la pasta.

—Eso tengo que probarlo —reí.

—Cuando quieras —me hizo un guiño.

Después de comer preparé café y nos sentamos en el sofá a tomarlo tranquilamente mientras veíamos una película

Gabriel me hacía sentir cómoda estando a su lado, algo que a mí misma me resultaba curioso y sorprendente, puesto que apenas hacía unas semanas que había roto con mi ex.

Bueno, que él me dejó, que así había sido la cosa.

e

Me acariciaba el brazo despacio, o el cuello, y mientras escuchaba su corazón latir, me resultaba todo de lo más relajante.

—Si sigues así voy a acabar quedándome dormida —dije cogiendo el mando para poner otra película.

—¿Quién te lo impide?

—Hombre, no quedaría bien —contesté—. Como anfitriona no puedo quedarme dormida y dejarte aquí despierto.

—Entonces tengo la solución —dijo quitándose el mando.

—¿Qué haces? —pregunté cuando se levantó y me cogió en brazos.

—Vamos a echarnos la siesta.

—No, no, no. De eso nada. Vamos a ver una peli.

—Prefiero la siesta.

—Es que sé que no vamos a dormir —reí.

—Efectivamente.

—Cirujano descarado.

Me dejó en el suelo de la habitación y se desnudó, quedándose únicamente con el bóxer.

Comenzó a quitarme la ropa y una vez que me tuvo desnuda por completo, me cogió en brazos para meterme en la cama.

—No estamos en igualdad de condiciones —protesté—. Todavía llevas ropa.

—¿Quieres que me lo quite? —preguntó.

—Exijo que lo hagas —arqueé la ceja.

l.

—¿Seguro que nunca te has planteado ser abogada? Esa cara que pones es digna del letrado más sanguinario de los juzgados.

Tras quitarse el bóxer se metió en la cama conmigo y comenzamos a besarnos.

Esa parecía ser nuestra mayor debilidad, el estar juntos y desnudos en una misma cama.

Los besos nos llevaron a esas caricias donde Gabriel parecía memorizar cada rincón de mi cuerpo mientras me miraba. A veces sentía que esa sería la última vez, pues era lo que veía en sus ojos.

Comenzó a besarme el vientre y fue bajando poco a poco hasta alcanzar esa parte que tanto le necesitaba, sentí su lengua deslizándose en mis pliegues y me abandoné al placer por completo.

Gabriel me hacía estremecer y vibrar como ningún otro lo había hecho antes, y Carolina decía que era por la gran conexión que ambos habíamos sentido desde el primer instante.

Podía recordarlo, aquella primera noche que nos conocimos en la playa del hotel, cuando esos ojos azules recorrieron con lujuriosa mirada mi cuerpo.

Cuando me miraba de ese modo no solo me imponía, sino que conseguía encenderme de tal modo, que todo mi cuerpo temblaba de anticipación a lo que fuera a hacerme.

Alcancé el clímax apenas unos minutos después, y aún con esos últimos coletazos del éxtasis en mi cuerpo, Gabriel se sentó sobre sus talones y tras hacer que me colocara a horcajadas sobre él, comencé a deslizarme hacia abajo acogiendo toda su longitud en mi vagina.

Nos abrazamos y besamos mientras nos entregábamos a ese momento de conexión y deseo, de pasión y ternura con cada una de nuestras caricias, y fue justo en ese instante cuando no pude más que confirmar que estaba completa y absolutamente enamorada de Gabriel.

Sentí un nudo en la garganta y hasta ganas de llorar, porque aquello que estábamos viviendo, y con mi historial sentimental, acabaría en algún momento, estaba convencida de ello.

^a Nos dejamos llevar al unísono, liberando el clímax con un grito desgarrador mientras nos abrazábamos.

Y así permanecimos durante unos minutos, mientras recobrábamos el aliento y nuestros corazones, latiendo a un ritmo casi frenético, recuperaban la calma.

Gabriel me estrechaba entre sus brazos y yo quería quedarme así para siempre, no quería que el tiempo siguiera pasando.

—Y ahora sí, hora de la siesta —dijo besándome la frente.

Nos recostamos en la cama, me abrazó desde atrás y de nuevo sentí ese nudo en la garganta, la presión en el pecho y las ganas de llorar.

Gabriel me besó el hombro y me acurruqué entre sus brazos, entrelazando mi mano en la suya para un mayor contacto.

Quería pedirle que se quedara a dormir esa noche, pero al día siguiente tendría que irse muy temprano para que le diera tiempo llegar al trabajo, así que suspiré y cerré los ojos en busca de ese breve sueño hasta que tuviera que despedirme de él.

—Concédeme otra noche contigo, pequeña —susurró, y por un momento pensé que podía haber dicho lo que pensaba en voz alta.

—Todas las que quieras, Gabriel —respondí y me abrazó aún más fuerte.

Me alegré de saber que no le importaba tener que levantarse muy temprano para ir a su casa y prepararse para el trabajo.

—Y ahora sí, hora de la siesta —dijo besándome la frente.

Nos recostamos en la cama, me abrazó desde atrás y de nuevo sentí ese nudo en la garganta, la presión en el pecho y las ganas de llorar.

Gabriel me besó el hombro y me acurruqué entre sus brazos, entrelazando mi mano en la suya para un mayor contacto.

Quería pedirle que se quedara a dormir esa noche, pero al día siguiente tendría que irse muy temprano para que le diera tiempo llegar al trabajo, así que suspiré y cerré los ojos en busca de ese breve sueño hasta que tuviera que despedirme de él.

—Concédeme otra noche contigo, pequeña —susurró, y por un momento pensé que podía haber dicho lo que pensaba en voz alta.

—Todas las que quieras, Gabriel —respondí y me abrazó aún más fuerte.

Me alegré de saber que no le importaba tener que levantarse muy temprano para ir a su casa y prepararse para el trabajo.

Capítulo 26



Hacia algo más de un mes que Gabriel y yo estábamos juntos desde aquel primer beso en el hotel de Ella durante nuestro viaje, y aunque ninguno de los dos había dicho esas dos palabras que toda pareja se decía, no necesitaba escucharlas para saber lo que él sentía por mí.

Era sábado y acabábamos de levantarnos de una de nuestras siestas, esas que empezaban con nosotros desnudos en la cama y acababan con una segunda ronda de sexo después de despertarnos.

Él había ido al salón a pedir pizza para la cena, íbamos a ver una maratón de una serie que habíamos descubierto que nos gustaba a los dos y queríamos empezar a ver la cuarta temporada juntos.

Pasábamos todos los fines de semana que podíamos en mi piso, y él se manejaba con todo como si estuviera en su propia casa.

Cuando fui al salón mientras me recogía el pelo en un moño para estar más cómoda, escuché que hablaba con alguien, pero un tono tan bajo que no distinguí nada. Al entrar lo vi sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas mientras parecía mirar algo muy importante en el suelo.

—Gabriel, ¿estás bien? —pregunté bajito, pues por la cara que tenía, parecía preocupado por algo.

—No, pequeña, no estoy bien —suspiró—. Estoy jodido.

—¿Qué ocurre? —Me senté a su lado y le acaricié la espalda.

—Tenemos que hablar, Tania.

Y ahí estaba, esa maldita frase, esa que tantas veces había escuchado de boca de otros.

—No sigas —murmuré mientras me levantaba, con ese nudo en la garganta que no me dejaba hablar—. No quiero escuchar lo típico de no eres tú, soy yo, que no te merezco y esas mierdas —estaba a punto de llorar.

—No es eso, Tania.

—Vale, te has cansado de mí, lo entiendo. Tú al menos solo has tardado casi dos meses, otros se dieron cuenta mucho más tarde.

Me rompí, en ese momento y de espaldas a él, me rompí por completo y empecé a llorar.

—Tania —Gabriel me abrazó desde atrás y traté de soltarme, pero no me dejaba, me mantenía entre sus brazos mientras las lágrimas caían por mis mejillas—. Te juro que he intentado por todos los medios olvidarme de ti, alejarme, pero no he podido, aunque era eso lo que debía hacer. Por eso ha habido semanas que no nos hemos visto o que ni siquiera te he escrito. Desde el principio intenté mantenerme lejos de ti, pero no podía. Héctor me lo advirtió, me dijo que si seguía solo conseguiría hacernos daño a los dos. Te juro que me mata hacer esto, pero si no lo hago ahora, después será peor.

—No entiendo nada, te juro que no entiendo qué quieres decirme.

—Cuando me conociste, había alguien.

—¿Te diste un tiempo con tu novia y yo he sido una especie de parche?

—No, pequeña —suspiró de nuevo y apoyó la frente en mi cabeza, aun abrazándome desde atrás—. Me caso dentro de tres meses.

Si cuando desperté esa mañana me hubieran dicho que la noche acabaría con esa bomba, pensaría que me estaban tomando el pelo como a una idiota.

—Me han dejado con excusas de todo tipo, pero esto, esto es una puta broma, ¿verdad? —grité apartándome de él

—No lo es, pequeña.

—No me llames así —le pedí mientras me secaba las lágrimas—. ¿Vas a casarte y has estado follando conmigo? ¿Qué clase de desgraciado hace eso? Aparte de mi ex, que me puso más cuernos que un reno de Papá Noel.

—No quería hacerte daño, y no puedo seguir engañándote.

—Hombre, gracias por tu consideración. Imagino que era con tu prometida con quien estabas hablando.

—Era mi hermano, me ha dicho que no alargue esto más.

—Otro, sabía lo que me estabas haciendo y no me dijo nada. Pero claro, la familia es la familia y yo solo una pobre imbecil a la que encontraste donde Cristo perdió las sandalias. Lo de hoy han sido los polvos de despedida,

entonces.

—Tania, por favor, no me lo pongas más difícil. No imaginas lo que me duele...

—¿Dolerte, a ti? No me hagas reír, que no estoy para chistes. Te has tenido que reír de lo lindo a mi costa, aun sabiendo por lo que había pasado cuando fui a ese viaje.

—No, Tania.

—¡Calla! No digas nada más, no quiero escucharte. ¿Has venido para pasar el último día con esta pobre tonta que se ha enamorado de ti? —grité, y Gabriel abrió mucho los ojos— Pues ya se acabó el tiempo. Vete de mi casa — señalé la puerta.

—No me voy a ir así, pequeña —se acercó a mí.

—Si te acercas, si me tocas, juro que te salto los dientes de un puñetazo —le advertí.

—No quería que esto acabara así.

—Claro, porque querías seguir follándonos a las dos, imagino. Pues no, lo siento, pero no. He pasado por eso de ser la cornuda sin saberlo, y no se lo deseo a nadie. Si eres la mitad de hombre de lo que creía que eras, cuéntale a ella esto que has hecho conmigo, dile que antes de casarte con la mujer que amas te has estado follando a otra que no tenía ni idea de que eras tan cabrón. Y temías que pudiera escoger a tu hermano —me reí con amargura—. Si hubiera sabido que tú ibas a casarte, habría tenido esta aventura desde el principio con él, que sabía que a mí me habían dejado compuesta y sin boda igual que a él.

l.—No me digas eso, por favor.

—No tienes derecho a pedirme nada. Vete de mi casa Gabriel, vete antes de que te eche yo misma o te tire por la puta ventana.

—Tania.

—¡Que te vayas, joder! —grité acercándome a él y lo empuje por el pecho haciendo que retrocediera hacia la puerta— Eres un desgraciado, un mierda que se ha reído de mí de la peor manera. Si se lo cuentas, ojalá te perdone, pero vais a ser infelices el resto de vuestra vida porque eso seguirá ahí, latente, una herida abierta y sangrante que volverá a estallar cuando menos lo esperéis.

Llegamos a la puerta y la abrí para hacer que saliera.

—Tania, por favor, no quiero dejarte así.

—¿Qué te importa cómo me quede? Tú me has puesto así, tú has hecho que se me rompa el corazón una vez más. Creí que teníamos algo, y me equivoqué. Otra vez me he vuelto a equivocar y, ahora sí, estoy más convencida de que el amor no está hecho para mí.

—Tania...

No escuché nada más, le cerré la puerta en las narices con un estruendo que debieron escucharlo en todo el edificio.

Me apoyé en la puerta y mientras lloraba, fui cayendo hasta sentarme en el suelo.

Lloré con tal dolor y una opresión tan fuerte en el pecho, que creí que acabaría teniendo una crisis de ansiedad.

¿Cómo había podido ocultarme aquello? ¿Cómo había sido capaz de esconderme una novia? Y Héctor, no entendía por qué él no me avisó de nada.

Me recompuse y fui hacia el salón donde había dejado mi móvil, me sequé las lágrimas y le mandé un mensaje a Héctor.

Tania: *Puedes quedarte tranquilo, tu hermano al fin te ha hecho caso y me lo ha contado todo. Deseo que le vaya bien con ella, y que sean felices.*

No esperé una respuesta, lo apagué y me tumbé en el sofá en posición fetal, abrazándome a mí misma y volviendo a llorar.

De todas las veces que el amor había huido de mí, aquella era sin lugar a dudas la peor de todas.

Me había enamorado de un hombre a punto de casarse, y no lo iba a poder olvidar, así como así.

—¿Qué te importa cómo me quede? Tú me has puesto así, tú has hecho que se me rompa el corazón una vez más. Creí que teníamos algo, y me equivoqué. Otra vez me he vuelto a equivocar y, ahora sí, estoy más convencida de que el amor no está hecho para mí.

—Tania...

No escuché nada más, le cerré la puerta en las narices con un estruendo que debieron escucharlo en todo el edificio.

Me apoyé en la puerta y mientras lloraba, fui cayendo hasta sentarme en el suelo.

Lloré con tal dolor y una opresión tan fuerte en el pecho, que creí que acabaría teniendo una crisis de ansiedad.

¿Cómo había podido ocultarme aquello? ¿Cómo había sido capaz de esconderme una novia? Y Héctor, no entendía por qué él no me avisó de nada.

Me recompuse y fui hacia el salón donde había dejado mi móvil, me sequé las lágrimas y le mandé un mensaje a Héctor.

Tania: *Puedes quedarte tranquilo, tu hermano al fin te ha hecho caso y me lo ha contado todo. Deseo que le vaya bien con ella, y que sean felices.*

No esperé una respuesta, lo apagué y me tumbé en el sofá en posición fetal, abrazándome a mí misma y volviendo a llorar.

De todas las veces que el amor había huido de mí, aquella era sin lugar a dudas la peor de todas.

Me había enamorado de un hombre a punto de casarse, y no lo iba a poder olvidar, así como así.

Capítulo 27



Ese lunes, dos días después de la confesión de Gabriel, seguía teniendo los ánimos por los suelos.

Mi hermana se presentó en mi casa la tarde anterior puesto que me había estado llamando toda la mañana y al darle el móvil apagado, se asustó pensando que me hubiera podido pasar algo.

Cuando le conté lo de Gabriel no se lo podía creer, y no dejó de maldecirlo en ningún momento, hasta me dijo que le iba a poner dos velas negras, como solía decir la bruja Lola, con tal de hacerme reír.

Me reí, pero también acabé llorando por el dolor que sentía en lo más profundo de mi ser.

Incluso Eva y Alba, se dieron cuenta cuando llegué esta mañana a la agencia que me pasaba algo, en mi defensa diré que las ojeras por haber dormido poco y mal los dos días anteriores tenían mucho que ver.

—Hola —miré hacia la puerta y vi a mi madre.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

—Llevarte a comer, cariño —sonrió—. Alba, ¿te importa si te la robo un poquito antes?

—No, no, se puede ir ya. Que disfrutéis.

—Gracias, jefa.

En cuanto cogí el bolso y llegué junto a mi madre, me dio un beso en la mejilla y se agarró de mi brazo.

—No sé tú, pero yo me muero por una hamburguesa —dijo cuando salimos.

—¿Una hamburguesa? —La miré extrañada.

—Sí, a ver si crees que solo me apetecen para cenar cuando hacemos barbacoas.

—Vale, vale —reí.

Fuimos a una cafetería cercana donde hacían unas hamburguesas buenísimas, y tras sentarnos y pedir una cada una, empezó a hablar del verdadero motivo que la había traído aquí.

—Carolina me contó anoche lo de ese chico con el que salías.

—No salía, solo follaba, vamos a decir las cosas como son —la corregí.

—Cariño, no te quiero ver así —me dio un apretón en la mano.

—Sabes lo peor, que ahora entiendo por qué nunca dijo que fuéramos a su casa, porque debe vivir con ella. No te preocupes por mí, ¿vale? Estoy bien, mamá —sonreí—. Estaré bien.

Ella asintió, y dejamos el escabroso tema de mi vida amorosa a un lado para hablar de mi hermana y lo feliz que la veíamos con Raúl,

Después de comer nos despedimos con un abrazo de esos que solo una madre puede dar para consolar a sus hijos, y quedé en ir a pasar el fin de semana con ellos en casa, como antes de que me independizara.

Iba camino a la agencia cuando escuché que me llamaban y, al girarme, vi a Héctor.

—Hola preciosa —dijo con una sonrisa algo triste.

—¿Qué haces aquí? Si te manda tu hermano...

—No, no me manda él. Vengo por mí mismo para contarte la verdad.

—No hay más verdad que la que ya sé, tu hermano quiso follarle a alguien antes de casarse y, ¡oh, sorpresa! Yo fui la primera gilipollas que vio.

—No es así, Tania. Vamos a tomar un café, tienes que saber la verdad.

—Es que no quiero Héctor, no quiero.

—Por favor, preciosa —me cogió de la mano y sentí las lágrimas queriendo salir—. Dame al menos unos minutos para contarte lo que él no ha sabido gestionar.

—Tienes el tiempo de que me tome un café, no más.

—Gracias.

Le mandé un mensaje a Alba para que supiera que iba a retrasarme un poco y me dijo que no me preocupara.

Entramos en la misma cafetería en la que había comido con mi madre, y tras sentarnos, pedimos dos cafés y le pedí que empezara a hablar.

—Gabriel y Samanta han estado dejándolo y volviendo, prácticamente toda la vida. Ella iba a mi clase en el instituto, se conocen desde entonces. Cuando ella tenía dieciocho años comenzaron a salir, y estuvieron juntos tres años. Ella había empezado a estudiar Bellas Artes en Italia, y en la distancia las relaciones no suelen funcionar. Ambos salieron con otras personas, pero cuando ella regresó un par de años después, se dieron cuenta de que seguían sintiendo algo, y retomaron la relación. Tres años después volvieron a dejarlo, fue una tontería, pero estuvieron separados tres años antes de volver. Y puedo seguir así hasta hace como seis meses, que, después de haberlo dejado durante un año, volvieron de nuevo y ambos decidieron casarse. Sé que los dos se quieren, pero no están enamorados, es más costumbre y no saber estar con otras personas.

a

—Pues muy bien por ellos. Te puedes tomar mi café —dije poniéndome en pie.

—Mi hermano se ha enamorado de ti, Tania —dijo, dejándome paralizada—. Ha estado con muchas mujeres durante el tiempo que no salía con Samanta, y no se enamoró de ninguna de ellas como lo ha hecho de ti.

—Y si está enamorado de mí, ¿por qué me deja? ¿Por qué me mintió, para empezar? —El maldito nudo en la garganta me tenía al borde de las lágrimas.

—Le dije que no siguiera con eso la misma noche en la que te besó.

—Pero, dijiste que no sabías que él...

—Dije que él no me lo había contado, pero sí os vi. Se lo eché en cara en la habitación y le pedí que no te hiciera ilusionarte. Fue Samanta quien le dijo que si la quería tanto como decía, que se casara con ella, que dejara eso de romper y volver constantemente porque eso solo le hacía más daño, le dolía verlo con otras, ella siempre lo ha amado y él cuando accedió sentía que era lo correcto. Samanta estuvo para él en muchos momentos malos, y de algún modo, quería devolverle todo.

—Podía haberme dicho que estaba prometido, incluso tú deberías haberlo hecho, Héctor —se me cayeron las lágrimas.

b

El camarero nos trajo los cafés y no fui capaz ni de echar el sobre de azúcar por cómo me temblaba el pulso.

—No me correspondía a mí, preciosa. Y no llores, por favor, que me mata verte.

—Me enamoré de tu hermano y me sentía mal porque hacía poco que acababa de salir de una relación de años, una relación que estuvo a punto de acabar en boda. ¿Sabes cómo me sentí cuando me dijo que se casa en tres meses? Como si no valiera nada, Héctor. Tu hermano sabía que me habían plantado tres semanas antes de la boda que me estaba siendo infiel con otras desde hacía meses, y, aun así, siguió adelante.

—Le gustaste desde la primera noche. Me lo dijo el otro día. Sus palabras fueron: *ojalá hubiese conocido a Tania antes de que Samanta volviera a mi vida, estaría planeando la boda con ella.*

s —Y a pesar de que te dijera eso, le pediste que me dejara —seguía llorando mientras pensaba en las palabras de Gabriel.

—Le pedí que acabara con esto, que, si te amaba, tuviera el valor de dejar a Samanta y seguir adelante contigo.

' —Pues no debe amarme tanto si me ha dejado a mí. Espero que sean muy felices, de verdad que sí —saqué un billete de cinco euros y lo dejé en la mesa antes de levantarme—. Debo irme al trabajo.

—Tania —me cogió de la mano evitando que me alejara—. Yo no quiero perderte, preciosa. Eres lo mejor que saqué de aquella relación que tuve. El dedo me llevó a ti, ¿recuerdas? —sonrió.

—No sé si podré, Héctor —sollocé, y él me abrazó.

—Prometo que no hablaremos de mi hermano. Ni siquiera lo mencionaré, ¿de acuerdo?

—Dame tiempo para pensarlo, ahora mismo... —suspiré— Ahora mismo no podría estar contigo como en el viaje, sabías lo que estaba haciendo tu hermano y no me dijiste nada.

—Es mi hermano, preciosa.

—Lo sé, y por eso entiendo que lo hicieras, pero me habría gustado que me avisaras. He sido una idiota todo este tiempo, Héctor. Me sentía bien con él y resulta que Gabriel estaba compartiendo las noches con otra, bueno, que yo he sido la otra.

—Lo siento mucho, Tania, de verdad. Ojalá te hubieras fijado en mí en vez de él.

—Eso le dije —me sequé las mejillas.

—¿En serio? —arqueó la ceja y asentí— Ahora entiendo que me dijera que tenía vía libre si quería salir contigo, pensé que estaba borracho o drogado, te lo juro, porque cuando yo he hablado de ti con él, ha sido siempre refiriéndome a ti como una buena amiga, nunca he pensado nada sexual contigo. Y no te ofendas, porque eres el tipo de mujer que cualquiera querría en su vida. Joder, se puso celoso que te cagas cuando le dijiste eso —rio.

—Se puso celoso por alguien a quien no va a tener, porque la eligió a ella —suspiré—. Tengo que irme, Héctor.

, —No te has tomado el café, preciosa —dijo retirándome las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—No me entra, de verdad que no. Adiós, Héctor.

—Escríbeme, por favor, llámame, aunque solo sea para decirme que estás bien, ¿sí?

—Dame tiempo, solo te pido eso.

—El que necesites, pero si antes de una semana no me has escrito, vendré a por ti.

—Así que, el que necesite —arqueé la ceja y sonreí—. Cuídate, Héctor —me puse de puntillas y lo besé en la mejilla antes de marcharme.

Había dicho que Gabriel me amaba, pero si realmente lo hacía, si se había enamorado de mí como decía, ¿por qué no había roto esa relación en la que podría haber cariño, pero no amor?

No, no me amaba, no sentía nada por mí, solo fui una aventura más de tantas las que había tenido a lo largo de los años en los que había estado saliendo y rompiendo con ella para volver con ella de nuevo.

Definitivamente el amor no estaba hecho para mí, y cuanto antes me hiciera a la idea, menos decepciones me llevaría por culpa de Cupido.

—Se puso celoso por alguien a quien no va a tener, porque la eligió a ella —suspiré—. Tengo que irme, Héctor.

—No te has tomado el café, preciosa —dijo retirándome las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—No me entra, de verdad que no. Adiós, Héctor.

—Escribeme, por favor, llámame, aunque solo sea para decirme que estás bien, ¿sí?

—Dame tiempo, solo te pido eso.

—El que necesites, pero si antes de una semana no me has escrito, vendré a por ti.

—Así que, el que necesite —arqueé la ceja y sonreí—. Cuídate, Héctor —me puse de puntillas y lo besé en la mejilla antes de marcharme.

Había dicho que Gabriel me amaba, pero si realmente lo hacía, si se había enamorado de mí como decía, ¿por qué no había roto esa relación en la que podría haber cariño, pero no amor?

No, no me amaba, no sentía nada por mí, solo fui una aventura más de tantas las que había tenido a lo largo de los años en los que había estado saliendo y rompiendo con ella para volver con ella de nuevo.

Definitivamente el amor no estaba hecho para mí, y cuanto antes me hiciera a la idea, menos decepciones me llevaría por culpa de Cupido.

Capítulo 28



Llevaba dos semanas como un alma en pena desde que supe que Gabriel iba a casarse.

Me limitaba a ir de casa al trabajo, del trabajo a casa, y tan solo salí el fin de semana anterior para pasarlo con mis padres y Carolina, no me apetecía nada más y el tiempo que estaba sola en casa lo pasaba llorando mientras pensaba en él.

Era sábado, un sábado más que no vería al hombre del que me había enamorado y que engañó de esa manera.

¿Por qué el amor era así conmigo? Si no tenía que acabar siendo feliz con una pareja, al menos que no se empeñara en ponerme en el camino a hombres de los que enamorarme como una quinceañera.

Esta vez era mucho peor que las anteriores, no tenía ánimo para nada y apenas comía, Eva decía que me veía más delgada y que si seguía así, acabaría por enfermar y muriendo de amor, como cantaba Camilo Sesto.

Esa noche me había forzado a comerme un sándwich vegetal mientras veía una película, pero debía reconocer que no le prestaba atención pues mi mente estaba en otra parte, en otros lugares y con él, siempre con él.

Me puse los *earpods* para escuchar música y me recosté en el sofá, abrazándome a mí misma como las últimas noches, y tras varias canciones empezó a sonar una cuya melodía hacía que se te formara un nudito en la garganta de esos que te apretaban hasta el corazón.

Doble vida de María Becerra, una letra con la que me identificaba totalmente en ese momento.

“Enamorarnos ha sido nuestro castigo...”

El mío al menos, pues era yo quien estaba pagando el haberme enamorado de un hombre comprometido, sin yo saberlo.

“Ya tienes a alguien que en casa te espera...”

Y tanto que la tenía, por eso nunca me invitó a ir a su casa, o me llevó a ella después de cenar para pasar la noche allí. No, siempre era aquí, en mi piso.

“Maldigo ese día en el que coincidimos... Maldito el amor, maldito el destino...”

No dejaba de llorar, y cuando acabó la canción me quité los *earpods* y fui a prepararme un té, si seguía escuchando esas canciones acabaría llorando durante el resto de la noche y eso solo haría que tuviera un terrible dolor de cabeza a la mañana siguiente.

Estaba en la cocina cuando llamaron al portero, no esperaba a nadie un sábado a las diez y media de la noche, así que lo ignoré.

Cuando regresé al salón para tomarme el té y buscar una película o cualquier documental que me distrajera de todo, escuché que se abría la puerta y fruncí el ceño.

—¿Se puede saber por qué no abrías la puerta? —dijo Carolina.

—¿Y tú, por qué tienes mis llaves?

—Mamá me hizo una copia para casos de emergencia, y puedes apostar que este lo es.

—Podrías haberla detenido —le dije a Raúl, que estaba tras ella con las manos en los bolsillos.

—Es igual que tú, no hay quien le quite una idea de la cabeza ni le lleve la contraria.

—Ya habéis visto que estoy bien, podéis iros.

—No me voy a ir en toda la noche, así que hazte a la idea. Tú eliges, o nos quedamos aquí a ver una peli contigo y comer palomitas y chuches, o te llevo a algún bar, aunque sea en pijama para que te olvides de todo.

—Quiero estar sola —me senté en el sofá con la taza de té entre las manos y apoyando la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados.

—Pues muy bien, sola y con compañía.

—Carolina, sola es justamente eso, sola, sin nadie.

—Para que te pases toda la noche llorando, ni hablar.

—No voy a llorar.

—No claro, y los ojos rojos que tienes ahora mismo es porque tienes una alergia repentina a algo —volteó los ojos y se sentó a mi lado—. Nos quedamos, y no hay más que hablar. Y lo hacemos porque no quieres salir, pero deberías. ¿Has cenado? Podemos pedir unas pizzas si quieres.

—Me he comido un sándwich vegetal.

—Es poco, pero vale. Menos mal que no te ve mamá en este momento porque te prepararía un plato de huevos con patatas y una barra de pan para ti sola. Tienes que comer más, hermana, o acabaremos por tener que pasar dos veces para verte. Si pareces la novia cadáver.

—No estoy tan delgada —protesté.

—Poco te falta. Bueno, como nos vamos a quedar a dormir aquí, mañana preparamos una buena paella que, según papá, es el mejor remedio quita penas.

—Prefiero helado de chocolate, sinceramente.

—Eso de postre. Venga, ¿qué película ibas a ver? —preguntó cogiendo el mando y Raúl apareció con un bol de palomitas y se sentó a su lado.

—No lo había decidido, quizás un documental, un programa de misterio, qué sé yo...

—Sí claro, un documental para coger el sueño y quedarte aquí toda la noche. Eres consciente de que el sofá tiene tu forma, ¿verdad? Esta noche, aunque sea de los pelos te llevo a tu cama.

—Raúl, dile algo que eres el mayor —le pedí.

✓ —Raúl es un mero espectador —me dijo—, si voy contra ella, me corta las pelotas y las aprecio mucho.

—¿En serio te tiene acojonado una niña de veinte años? —Arqué la ceja.

—Primero: no soy una niña, y segundo: no está acojonado, sabe bien que no tiene que interponerse entre una bruja y la bronca que le da a su hermana, por mucho que esta sea la mayor.

—Creo que voy a pasar del té, necesito una copa —resoplé.

—Raúl, cariño, sirve tres gin tonics que la noche empieza a ponerse interesante —le dijo mi hermana, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Espera, tu plan era hacer esto desde el principio, ¿verdad? —Fruncí el ceño.

s—¿Hacer qué?

—No, no te hagas la inocente conmigo que no cuela, Carolina. Desde pequeña lo has hecho, manipularme para conseguir algo.

—Tania, lo único que yo quiero esta noche es que te olvides de todo, pero no solo hoy, desde hoy en realidad. No me gusta verte así, hecha un asco.

—Gracias, me estás animando muchísimo —volteé los ojos.

—Es que vaya piropos le estás diciendo —dijo Raúl, mientras negaba.

—El alcohol, amor —le recordó—. Y cargadito, que es mejor un dolor de cabeza por pasarte de copas que por llorar toda la noche.

—¿De verdad no vas a irte? —dije mirando a mi hermana, cuando Raúl fue a preparar las bebidas.

—No. Voy a quedarme aquí esta noche y mañana hasta después del café.

—Quiero estar sola, Carolina, y puedo estarlo. Creo que ya he llorado suficiente y no me quedan lágrimas.

—No me vas a convencer —contestó sin mirarme, mientras buscaba una película que poner—. Esta, que es de risa y ahora mismo es lo que necesitamos, una buena comedia que nos haga acabar con dolor de tripa por las carcajadas.

—Gracias, hermanita —me dejé caer hacia ella, y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿De verdad me estás dando las gracias? ¿No voy a volver a escuchar una protesta o una petición para que me vaya?

—No —sonreí.

—Aquí está el alcohol, señoritas —dijo Raúl cuando regresó—. Cargadito para vosotras.

—Y para ti, ¿no? —preguntó mi hermana, elevando ambas cejas.

—Alguien tendrá que estar en plenas facultades para después llevaros a la cama, y mañana ir por chocolate con churros, vamos, digo yo.

—Es que un amor, está en todo, ¿te das cuenta, hermana?

—A mis chicas que no les falte de nada, preciosa —Raúl hizo un guiño y, tras acomodarnos todos en el sofá, Carolina puso la película.

En el fondo le agradecía que estuviera ahí conmigo, evitando que volviera a caer en esa espiral de llanto desgarrador que tanto me mortificaba.

Y aunque no aseguraba que fuera a dejar de pensar en Gabriel de ahora en adelante, me hice la promesa a mí misma de intentarlo.

Iba a ser un hombre casado, un hombre que no me pertenecía y cuyo amor no podría tener nunca.

—A mis chicas que no les falte de nada, preciosa —Raúl hizo un guiño y, tras acomodarnos todos en el sofá, Carolina puso la película.

En el fondo le agradecía que estuviera ahí conmigo, evitando que volviera a caer en esa espiral de llanto desgarrador que tanto me mortificaba.

Y aunque no aseguraba que fuera a dejar de pensar en Gabriel de ahora en adelante, me hice la promesa a mí misma de intentarlo.

Iba a ser un hombre casado, un hombre que no me pertenecía y cuyo amor no podría tener nunca.

Capítulo 29



Tres meses después...

Había veces en las que, como decía Freddy Mercury, teníamos que tener claro que el show debía continuar.

Y el mío debía hacerlo a pesar de todo, a pesar del dolor, de las lágrimas y de que por mucho que quisiera, nunca podría olvidarme de Gabriel.

El amor llegaba a nuestras vidas sin pedir permiso, sin preguntar si era un buen momento, si estábamos preparados para sentirlo con tanta intensidad que cuando tuviera que dejarnos, pudiéramos soportar el dolor.

No había habido un solo día en el que no pensara en él y que, como cuando estaba preparando mi propia boda, echara un vistazo al calendario diciendo que quedaba un día menos para que fuera oficial y completamente el marido de otra.

Héctor me dio mi tiempo y el espacio que necesité, no me llamó una semana después de nuestra charla, sino que esperó a que yo lo hiciera cuando estuve preparada.

Aquella noche en casa cuando mi hermana y Raúl se presentaron por sorpresa, fue ese golpe de realidad que tanto había necesitado.

Llamé a Héctor el lunes siguiente y quedamos para vernos por la tarde y tomar café.

Hablamos largo y tendido, le dije lo mal que lo había pasado y que ese dolor no me abandonaría nunca, y quedamos en vernos al menos una vez a la semana para no perder esa amistad que comenzó a casi nueve mil kilómetros de Madrid.

Solo que en el último mes y medio no lo había vuelto ver, siempre tenía una excusa para darle y no quedar, tan solo nos limitábamos a las llamadas y mensajes.

Mis padres estaban ahí, como mi hermana y Raúl, apoyándome y manteniéndome a flote desde el primer momento, ninguno de ellos permitiría que volviera a caer en ese pozo de oscuridad en el que me metí yo sola

cuando aquella devastadora confesión hizo pedazos mi corazón.

Alba y Eva, también eran un apoyo muy grande, las dos pendientes en todo momento de mí, sacándome una sonrisa y haciéndome ver que la vida era eso, caerse y levantarse con más fuerza, siempre con un objetivo, con una razón por la que seguir adelante, y yo tenía una de mucho peso.

Estaba en la agencia sola esa tarde de viernes esperando que llegara la hora de marcharme para descansar el fin de semana, cuando entró una mujer rubia de ojos marrones con una falda lápiz negra, una camisa color champán y un abrigo negro, que sonrió nada más verme.

—Buenas tardes —saludé desde mi mesa, donde aún me encontraba sentada.

—Hola.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Pues espero que en un asunto muy importante —contestó—. ¿Eres Tania?

—Sí —fruncí el ceño, pues no me sonaba de nada esa mujer.

—Bien, me alegro de encontrarte. Soy Samanta.

Aquel nombre, ese que él nunca me dijo y Héctor, sí, el que se me quedó grabado en la mente desde hacía más de tres meses, ese era el nombre que acababa de escuchar.

—Veo que sabes quién soy —sonrió.

—No tengo nada que hablar con usted —dije, volviendo a centrarme en el ordenador—. Si es tan amable de irse, por favor.

—No me voy a ir hasta que me escuches, cielo —se sentó—. Tenemos que hablar de Gabriel.

—Supongo que él le contó que estuvo conmigo y por eso ha venido, pero aquello acabó, se lo aseguro. La misma noche que me contó que iba a casarse, le pedí que se fuera y no he vuelto a saber nada de él, ni tampoco quiero —no le pasó desapercibido el hecho de que me llevara la mano al vientre, y cuando me miró, vi en sus ojos el reconocimiento de quien ha atado cabos.

—Me lo dijo dos noches después. Yo estaba de viaje ese fin de semana por mi trabajo, soy representante de pintores y tenía una exposición en Londres. Cuando llegué no me dejó ni decir hola, me hizo sentarme y me contó todo.

—Imagino que lo perdonó, así que —me encogí de hombros y señalé la puerta, pero no hizo ni siquiera el intento de levantarse.

—Desde que tengo uso de razón he querido a Gabriel, iba a clase con Héctor y eso me hacía estar muy cerca de su hermano. La primera vez que nos besamos fue...

: —Por Dios —suspíré poniéndome en pie, porque no quería escuchar aquello.

1

—Me enamoré de él y estuve muy enamorada hasta que la distancia nos mantuvo separados. No era lo mismo y decidí dejarlo. Desde ese momento la nuestra ha sido una relación de volver y dejarlo constantemente, lo quería tanto que cuando me daba cuenta, volvía a él y si no estaba con nadie, retomábamos la relación. Pero no podemos basar las relaciones en el cariño, tiene que haber algo más. De eso me he dado cuenta en los últimos meses. Gabriel y yo nos tenemos mucho cariño, hemos estado con otras personas y finalmente decidimos casarnos, más porque nos conocíamos y nos entendíamos, que por estar enamorados. Sé que ha habido muchas en el tiempo que no estábamos juntos, pero de ninguna me habló como lo hizo de ti esa noche, Tania. A ninguna la recuerda y te aseguro que, a ninguna, y apostarí a que ni siquiera a mí, la ha amado tanto como te ama a ti.

—Pero se fue, te eligió a ti y se casó contigo.

—No nos hemos casado —contestó, me giré mirándola con el ceño fruncido y se levantó de la silla—. Debíamos haberlo hecho hace unas semanas, pero no lo hicimos. Como te he dicho, te ama a ti, Tania.

—No, si de verdad me amara, esa noche no se habría ido como se fue.

—No le diste oportunidad de hablar contigo. No escuchaste lo que quería decirte. Yo lo hice, lo escuché, incluso lo perdoné y seguí con él, pero hace más de un mes que decidimos dejarlo, esta vez para siempre —dijo con una sonrisa triste.

Se me hizo un nudo en la garganta y sentí las lágrimas picando en mis ojos, esas que hacía tiempo que no me permitía derramar por él, y que no quería hacerlo delante de ella.

—Lo he visto mal, Tania, nunca antes lo había visto así. Una tarde le pedí que nos sentáramos a hablar y le pregunté si de verdad quería seguir adelante con lo nuestro, y me dijo que no, que no podría darme eso que necesitaba porque no me amaba.

—Siento que te dejara plantada antes de la boda.

—Bueno, fue de mutuo acuerdo en realidad —volvió a sonreír—. Si me permites darte un consejo, de mujer a mujer, lucha por él si aún lo amas, Tania. No pierdas a Gabriel, no lo alejes ni lo apartes de tu vida. Sé que fue poco tiempo, pero intenso para los dos. Y, saber eso, le va a hacer muy feliz —dijo señalando mi vientre.

Llevé la mano a mi vientre, ese ligeramente abultado donde crecía mi niña. Estaba embarazada de cuatro meses y me enteré un par de semanas después de una noche cenando con Héctor.

Lo vi durante todo el tiempo que pude hasta que comenzó a notarse más, de ahí mis pobres excusas para no verle.

No quise decirle nada a él y tampoco a Gabriel, iba a casarse y no quería que pudiera plantearse estar conmigo por el bebé.

Samanta se fue sin decir una sola palabra más, me senté de nuevo y sin poder evitarlo empecé a llorar.

No se había casado, Gabriel no se había casado con ella y le confesó que estaba enamorado de mí. Pero tampoco me buscó, no vino a decírmelo, así que tal vez, haciéndome caso en eso de que no quería volver a verlo, decidió pasar página.

Mi hermana me llamó en ese momento, habíamos quedado para salir a cenar los tres y cuando me escuchó llorar al descolgar, se alarmó pensando que le pasaba algo a Ella. Sí, había decidido que ese sería el nombre de mi hija, el de aquel lugar de Sri Lanka en el que todo comenzó.

—No se ha casado, Carolina —dije entre lágrimas, y no hizo falta que le dijera de quién hablaba, porque ya lo sabía más que de sobra.

Llevé la mano a mi vientre, ese ligeramente abultado donde crecía mi niña. Estaba embarazada de cuatro meses y me enteré un par de semanas después de una noche cenando con Héctor.

Lo vi durante todo el tiempo que pude hasta que comenzó a notarse más, de ahí mis pobres excusas para no verlo.

No quise decirle nada a él y tampoco a Gabriel, iba a casarse y no quería que pudiera plantearse estar conmigo por el bebé.

Samanta se fue sin decir una sola palabra más, me senté de nuevo y sin poder evitarlo empecé a llorar.

No se había casado, Gabriel no se había casado con ella y le confesó que estaba enamorado de mí. Pero tampoco me buscó, no vino a decírmelo, así que tal vez, haciéndome caso en eso de que no quería volver a verlo, decidió pasar página.

Mi hermana me llamó en ese momento, habíamos quedado para salir a cenar los tres y cuando me escuchó llorar al descolgar, se alarmó pensando que le pasaba algo a Ella. Sí, había decidido que ese sería el nombre de mi hija, el de aquel lugar de Sri Lanka en el que todo comenzó.

—No se ha casado, Carolina —dije entre lágrimas, y no hizo falta que le dijera de quién hablaba, porque ya lo sabía más que de sobra.

Capítulo 30



Me levanté ese sábado con unas ganas locas de comerme unas crepes con Nutella y plátano, aquella delicia que probé en mi viaje a Sri Lanka y que se había convertido en mi desayuno algunos fines de semana, acompañado de un café descafeinado.

Estaba deseando que naciera mi pequeña para poder volver a tomar mi dosis de cafeína diaria, era lo que más echaba de menos.

Preparé la masa para las crepes mientras escuchaba la televisión con un programa de viajes de fondo, hice el café y trocé el plátano antes de poner la masa en la sartén. Me salieron cuatro crepes que me comí con algunos gemidos al saborearlos.

Estaba recogiendo todo para dar una limpieza rápida a la casa, cuando llamaron al portero.

—¿Sí? —pregunté.

—Propaganda —contestó un chico al otro lado, y abrí.

Regresé a la cocina, metí el plato y la taza en el lavavajillas, y cuando iba hacia el salón para ir a ponerme otra ropa, pues seguía en pijama, escuché el timbre de la puerta.

Tal vez sería mi vecino, el señor Julián, que se había quedado sin leche para el desayuno de su nieta Patricia.

Pero no era mi vecino a quien encontré parado ante mi puerta, sino a Gabriel.

Sus ojos se encontraron con los míos y fueron bajando hasta mi vientre.

Por instinto me llevé la mano a él, de un modo protector temiendo que pudiera querer quitarme a mi hija.

Gabriel dio un paso al frente, yo uno atrás y, cuando vio que iba a apartarme, extendió el brazo y me cogió de la mano atrayéndome hacia él.

Me rodeó por la cintura con el brazo y sentí el calor de sus labios sobre los míos.

Hacía tanto que no lo besaba, que tenerlo de nuevo así, tan cerca y estrechándome entre sus brazos, era como un sueño.

—Pequeña —susurró apoyando la frente en la mía—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te ibas a casar —dije en apenas un hilo de voz, y las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas—. No quería que esto se interfiriera en tu futura vida.

—Dios, Tania, debiste decírmelo. Ahora entiendo por qué hace tiempo que no ves a Héctor, todo lo que has estado diciendo no eran más que excusas.

—Tampoco quería que él lo supiera y te lo dijera. Entiendo que has hablado con ella.

—Sí. Cené anoche con Samanta, quedamos para despedirnos, ella se va a Italia por un tiempo. Me dijo que había ido a verte y que te contó todo. Cuando me dijo que estabas embarazada, supe que era mío. De haber estado con otro se lo habrías dicho a Héctor, y cuando os veáis siempre me decía que te veía bien aparentemente, pero que sabía que no lo estabas.

—¿Por qué no te casaste?

—Porque no la amo, Tania, en realidad ahora entiendo que nunca la he amado, no como debería, no como te amo a ti.

—Pero la elegiste a ella —aparté la mirada—. Cuando me contaste lo de la boda, la elegiste a ella.

—No me dejaste hablar, pequeña —me acarició la mejilla—. Si no me hubieras echado de aquí como lo hiciste y me hubieras dejado hablar contigo, te habría dicho que no la elegía a ella, sino a ti. Pero me echaste y me pediste que no volviera más. Cuando hablé con ella me perdonó, dijo que me quería demasiado como para no perdonarme y que eso quedaba olvidado. Pero yo no podía olvidarte, Tania, no podía. Lo intenté, por todos los medios intenté borrarle de mi mente y me fue imposible. Ni siquiera podía acostarme con ella.

—No me hables de eso, por favor —le pedí entre lágrimas—. Cada noche cuando me metía en la cama y recordaba las veces que habíamos estado juntos ahí, me mataba saber que le hacías a otra lo mismo que me habías estado haciendo a mí.

—No voy a mentirte, mientras estuve contigo y con ella, nos acostamos alguna vez, pero no sentía nada. Y cuando te perdí, cuando me di por vencido sabiendo que nunca podría estar contigo, no fui capaz de estar con ella. Hablamos, me preguntó si estaba seguro de seguir adelante con la boda y le dije que no podía, que jamás iba a poder darle a ella, lo que quería darte a ti.

—No me has buscado en este tiempo desde entonces —murmuré.

—Y no sabes la de veces que quise hacerlo, pero recordaba lo que me dijiste y pensé que estarías mejor sin mí. Incluso Héctor me animaba a ir a la agencia, decirte que no me había casado y que te amaba a ti más que a nada, pero no pude. Estuve una vez allí, sentado en el coche observándote. Estabas atendiendo a una pareja y te veía sonriendo y feliz, no vi que estabas embarazada, de haberlo visto, te aseguro que habría entrado allí y te habría sacado en brazos.

—Como en Oficial y Caballero —volteé los ojos.

o

—Igual —sonrió.

—Gabriel, no quiero que sientas que estás obligado a nada, puedo criar a mi hija sola.

—¿Es una niña? —preguntó con los ojos vidriosos.

—Sí.

—A mis padres les va a encantar saberlo, siempre quisieron una hija. ¿Has pensado un nombre?

—¿Me estás escuchando? —Fruncí el ceño— No quiero que tú...

—Yo te quiero a ti, Tania, y a nuestra hija. Todo lo demás no me importa. Te amo, y quiero que te cases conmigo —abrí los ojos porque eso sí que no me lo esperaba—. Si me dices que sí, solo tendrás que preocuparte de buscar un vestido porque todo lo demás, ya lo tengo. Solo necesito hacer unas llamadas, y en una semana te convierto en mi mujer.

—Te has vuelto loco —reí, nerviosa.

;

—Por ti, pequeña, tú me volviste loco desde aquella primera vez que te vi en la tumbona de la playa con un cóctel en la mano.

—Ella —murmuré mirando mi vientre—. La niña se llama Ella, como el lugar donde todo empezó.

;

—No podía tener un mejor nombre que ese —dijo apoyando de nuevo su frente en la mía—. Sé que no merezco que me perdones, que fui un idiota por no contarte la verdad desde el principio, no supe gestionarlo, Tania, no podía apartarte de mi cabeza y tampoco alejarme de ti. Me enamoré, y cuando decidí dejarla a ella, me apartaste de tu vida. Pero te amo, os amo a la dos.

Cuando vi su mano sobre mi vientre las lágrimas cayeron aún más rápidas y descontroladas.

No lo había olvidado en esos más de tres meses desde que lo eché de mi casa, y nunca podría olvidarlo porque seguía amándolo tanto que dolía saber que nunca podría tenerlo en mi vida ni en la de nuestra hija.

—Claro que me caso contigo, Gabriel, no he dejado de quererte ni un solo día —contesté entre lágrimas.

Soltó el aire con un suspiro de alivio, me abrazó y volvió a besarme mientras las lágrimas caían por mis mejillas una tras otra.

Cuando se apartó nos abrazamos y yo seguí llorando en su pecho, dejando caer esas lágrimas, ahora de felicidad, que eran difíciles de contener.

—Te juro que voy a amarte cada día de mi vida, Tania, y que jamás volveré a hacer que llores, no te romperé el corazón, sino que lo cuidaré. Os voy a querer a las dos, a Ella y a ti. Os entrego mi corazón en este momento —dijo llevando mi mano sobre su pecho—, es vuestro, y aunque algún día decidas no seguir amándome, siempre será tuyo, Tania, siempre.

Me eché a llorar aún más entre sus brazos, con la frente apoyada en su pecho, mientras me acariciaba la espalda y dejaba suaves y tiernos besos en mi cabeza.

Mi corazón también sería siempre suyo, y sabía que nunca, jamás, bajo ningún concepto, iba a dejar de amar a ese hombre, el que me hizo enamorarme con intensidad y entregarme a él en cuerpo y alma aquella noche en Sri Lanka.

No lo había olvidado en esos más de tres meses desde que lo eché de mi casa, y nunca podría olvidarlo porque seguía amándolo tanto que dolía saber que nunca podría tenerlo en mi vida ni en la de nuestra hija.

—Claro que me caso contigo, Gabriel, no he dejado de quererte ni un solo día —contesté entre lágrimas.

Soltó el aire con un suspiro de alivio, me abrazó y volvió a besarme mientras las lágrimas caían por mis mejillas una tras otra.

Cuando se apartó nos abrazamos y yo seguí llorando en su pecho, dejando caer esas lágrimas, ahora de felicidad, que eran difíciles de contener.

—Te juro que voy a amarte cada día de mi vida, Tania, y que jamás volveré a hacer que llores, no te romperé el corazón, sino que lo cuidaré. Os voy a querer a las dos, a Ella y a ti. Os entrego mi corazón en este momento —dijo llevando mi mano sobre su pecho—, es vuestro, y aunque algún día decidas no seguir amándome, siempre será tuyo, Tania, siempre.

Me eché a llorar aún más entre sus brazos, con la frente apoyada en su pecho, mientras me acariciaba la espalda y dejaba suaves y tiernos besos en mi cabeza.

Mi corazón también sería siempre suyo, y sabía que nunca, jamás, bajo ningún concepto, iba a dejar de amar a ese hombre, el que me hizo enamorarme con intensidad y entregarme a él en cuerpo y alma aquella noche en Sri Lanka.

Epílogo



Cuatro años después...

¿Quién podía decir a ciencia cierta que sabía lo que el destino tenía preparado que pasaría en su vida?

Yo, desde luego que no.

Porque si cuando mi ex decidió romper conmigo tres semanas antes de la boda, alguien me hubiera dicho que un hombre viviría lo mismo que yo semanas después, y que tras girar la bola del mundo esta paró en el destino al que yo me dirigía, ocasionando que encontrara al gran amor de mi vida a casi nueve mil kilómetros de mi casa, no lo habría creído.

Pero así era el destino, caprichoso e inquieto, al igual que la casualidad, pues ese par en ocasiones caminaban de la mano por el sendero de la vida, uniendo a personas cuando menos lo esperaban.

¿Quién me iba a decir que un accidente sería el detonante para que aquel viaje, al que iba a perderme para volver a encontrarme, se convertiría una aventura de esas que querer recordar toda la vida?

Me enamoré de Gabriel sin esperarlo, y a día de hoy, más de cuatro años después, seguía enamorada de él con esa misma intensidad que él también me mostraba.

Pensé que le había perdido para siempre y finalmente él volvió a buscarme. Y sí, después de pedirme que me casara con él, en apenas una semana estaba dándole el “sí, quiero” al hombre de mi vida, con nuestra pequeña Ella en mi vientre.

Fue una boda sencilla y preciosa, teniendo en cuenta que de lo único que me encargué fue de encontrar un vestido adecuado para la época y el estado en el que estaba.

Cuando nuestros padres supieron que nos casábamos, se alegraron de saber que al fin estaríamos con esa persona a la que tanto amábamos.

Los míos recibieron a Gabriel con ese cariño que mostraban siempre hacia Raúl, y los suyos, Julio y Ana, me

acogieron en su casa como a esa hija que siempre desearon tener.

Se volcaron conmigo y la niña desde el primer momento, y es que Héctor, quien seguía siendo ese hombre y amigo especial en mi vida, les habló de mí incluso antes de que Gabriel y Samanta lo dejaran.

Nuestra pequeña Ella ya tenía tres años y medio y nos traía locos a toda la familia. Era la muñequita de cada casa.

Carolina y Raúl, se fueron a vivir juntos oficialmente el año anterior, y hacía solo dos meses que él, con mi ayuda la sorprendió durante una cena con un anillo de compromiso, y ya tenían fecha para casarse el verano siguiente.

Héctor también encontró a esa mujer capaz de hacer que todos sus cimientos se removieran, y esa mujer no era otra que mi querida compañera Eva a quien conoció el día de mi boda con Gabriel, y que perdió a su madre unos meses después.

Entre ellos el flechazo fue inmediato, como nos pasó a nosotros en aquella preciosa playa de Mirissa, lugar al que regresamos cuando Ella tenía cuatro meses para disfrutar de nuestra luna de miel. No quisimos viajar antes en mi estado porque queríamos volver a los rincones donde todo empezó y las comidas tan picantes no quería tomarlas.

² Seguía manteniendo mi trabajo en la agencia de viajes, y como Raúl trabajaba como fotógrafo freelance, había ido a algunos destinos donde le habían contratado para reportajes de un par de agencias de modelos y en sus ratos libres visitaba sitios de interés y con eso hacíamos folletos para ofertar paquetes vacacionales o de luna de miel tras contactar con algunos hoteles.

a

Mireia también escribía artículos sobre esos lugares y ponía como enlace el folleto digital de la agencia, de modo que todos salíamos beneficiados de algo que nos encantaba.

a

Gabriel era uno de los mejores cirujanos pediátricos de todo Madrid y por sus manos habían pasado niños de todas las edades, miles de vidas que seguían adelante gracias a él y su equipo de médicos y enfermeras.

A veces llegaba a casa tan tocado emocionalmente con un caso, que su consuelo era abrazar a nuestra hija y respirar su aroma a bebé.

¹ Siempre se había puesto en la piel de los padres de esos niños que debían someterse a cirugías, pero cuando se trataba de bebés con apenas unas pocas semanas de vida, era mucho más duro para todos pues empatizaban con las familias y sentían que, tener que decirles que su pequeño no había soportado la operación, era doloroso para todos.

—Hija, tu hermana está a punto de llegar —dijo mi madre entrando en la cocina de mi casa, esa que Gabriel y yo ^acompramos tras vender la suya, puesto que no queríamos empezar nuestra vida donde había vivido Samanta.

Y hablando de Samanta, ella también estuvo en nuestra boda, feliz y emocionada por su antiguo amor, y en Italia

conoció a un coleccionista de arte que le robó el corazón y con quien acabó casándose hacía ya dos años.

—Vale, ya está todo listo por aquí —contesté dejando el pastel en la encimera para que se enfriara—. Así que tenemos una abogada más en la familia —sonreí agarrándome a su brazo.

—Sí.

, —Va a ser la mejor, ya verás.

—De eso no tengo dudas, va a superar a sus maestros —volteó los ojos.

—A Gabriel lo tiene amenazado. Dice que, si alguna vez me la vuelve a jugar, se va a encargar de sacarle lo más grande para mi divorcio.

—Eso lo ha aprendido de vuestro padre —rio.

—Habéis creado el monstruo de los juzgados.

’ —Calla, calla, que solo falta que la apoden así.

Entramos en el salón donde estaba toda nuestra familia, y es que aquel era un día especial para nosotros y ni Héctor y Eva, ni mis suegros, quisieron perderse la celebración.

Mi hermana pequeña acabó la carrera de Derecho unos meses atrás, en verano, y después de tantos meses de estudios, se tomó el verano como su más que merecido descanso y ahora empezaría a ejercer como abogada matrimonialista en el bufete de nuestros padres.

s

En cuanto mi cuñado Raúl llamó al timbre, Gabriel fue a abrirles mientras todos esperábamos a la futura abogada para darle una sorpresa.

Y se la llevó, pues ella me dijo que quería contarme algo y la invité a comer, aprovechando ese momento para que todos la felicitásemos como merecía.

—¡Sorpresa! —gritamos todos al verla.

—Ay, la leche, ¡qué susto! —Se llevó la mano al pecho.

—Aquí está la mejor abogada matrimonialista que va a tener Madrid.

—El terror de los matrimonios, querrás decir, cuñada —rio Héctor.

—Chsst, te digo lo mismo que a tu hermano —le señaló Carolina—, como se la juegues a Eva, te saco lo más grande.

—Dios me libre, y menos ahora que está a punto de nacer nuestro primer hijo.

—Mejor me lo pones, que con polluelos de por medio, lo más grande hasta se me queda corto.

—Das miedo, chiquilla —Héctor hizo como que se estremecía y acabamos todos riendo.

—Hermanita, me alegro tanto de que vayas a empezar a ejercer ya.

—Y yo —sonrió—. Pero...

—Vamos, cariño, díselo —Raúl le cogió la mano y le dio un apretón, demostrándole que estaba ahí con ella hasta el final.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó mi padre, al ver la cara de mi hermana pequeña.

—Pues que en unos meses me vais a tener que dar la baja por maternidad —dijo con un suspiro.

Y se hizo el silencio, uno de esos en los que el simple aleteo de una mosca se escucharía como si estuviera pasando por delante de un megáfono.

—¡Voy a ser tía! —grité cuando salí del shock, del mismo modo que lo hizo ella, cuando les conté que sería madre soltera.

—¡Ay, mi niña! ¿Y por eso la carita de pena? Por Dios, que creí que tenías una enfermedad o algo. Pero que voy a ser abuela otra vez, ¡qué alegría!

Comenzaron los abrazos, los besos, las lágrimas y las felicitaciones.

,

—Felicidades, futura tía —susurró Gabriel, abrazándome desde atrás.

—Felicidades, futuro tío —sonreí y se inclinó para besarme.

—Oye, que he estado pensando...

—Miedo me das cuando haces eso —arqueé la ceja.

—¿Y si le damos un hermanito o hermanita a Ella? Sé que va a nacer pronto el hijo de mi hermano y Eva, y que el año que viene también estará el bebé de Carolina y Raúl, pero, uno más nuestro, me gustaría.

—Pues al igual que cuando me pediste que me casara contigo en el corto plazo de una semana, te digo que sí, mi amor, que esta misma noche puedes empezar a intentar dejarme embarazada.

—¿No puede ser ahora? Que yo echo a todos rápido de casa por una urgencia y...

—Hermano, deja de seducir a tu mujer que tienes visita —dijo Héctor, que se había acercado a nosotros—. Igual que en Sri Lanka, todo el día enganchado a ella. Ni respirar la dejas, ¿eh?

—¿Qué quieres? Esta mujer es como una sirena, me sedujo con su bello cuerpo, con su sonrisa, y ese canto del que ningún mortal puede escapar.

—Ya quiere que nos vayamos para llevarte a la cama, ¿verdad? —me preguntó y asentí— Tú y las siestas, hermano, tenéis un peligro...

Cuando volvió junto a los demás nos echamos a reír, Héctor siempre sería Héctor, y nosotros queríamos tenerle en nuestra vida para darle ese punto de locura.

—Te amo, pequeña —susurró besándome el cuello.

—Y a ti, mi amor.

Decían que todo en la vida pasaba por algo, que cada quien estaba en un momento y un lugar concretos justo cuando debía estarlo.

Yo lo estuve, años atrás, al igual que ese par de hermanos, y no había un solo día que me arrepintiese de haber hecho aquel viaje, ese donde conocí el amor a primera vista, y de donde saqué lo mejor de mi vida. Mi marido y nuestra preciosa hija Ella.

—Pues al igual que cuando me pediste que me casara contigo en el corto plazo de una semana, te digo que sí, mi amor, que esta misma noche puedes empezar a intentar dejarme embarazada.

—¿No puede ser ahora? Que yo echo a todos rápido de casa por una urgencia y...

—Hermano, deja de seducir a tu mujer que tienes visita —dijo Héctor, que se había acercado a nosotros—. Igual que en Sri Lanka, todo el día enganchado a ella. Ni respirar la dejas, ¿eh?

—¿Qué quieres? Esta mujer es como una sirena, me sedujo con su bello cuerpo, con su sonrisa, y ese canto del que ningún mortal puede escapar.

—Ya quiere que nos vayamos para llevarte a la cama, ¿verdad? —me preguntó y asentí— Tú y las siestas, hermano, tenéis un peligro...

Cuando volvió junto a los demás nos echamos a reír, Héctor siempre sería Héctor, y nosotros queríamos tenerle en nuestra vida para darle ese punto de locura.

—Te amo, pequeña —susurró besándome el cuello.

—Y a ti, mi amor.

Decían que todo en la vida pasaba por algo, que cada quien estaba en un momento y un lugar concretos justo cuando debía estarlo.

Yo lo estuve, años atrás, al igual que ese par de hermanos, y no había un solo día que me arrepintiese de haber hecho aquel viaje, ese donde conocí el amor a primera vista, y de donde saqué lo mejor de mi vida. Mi marido y nuestra preciosa hija Ella.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu